

Diez Números un peso.

LA SILFIDE.



LITERATURA I BELLAS ARTES.

TOMO PRIMERO—N.º I.



IMPRENTA CHILENA, CALLE DE SAN CARLOS.

DICIEMBRE DE 1850.

LITERATURA.

COSTUMBRES.

NOVELAS.

POESIA.

EFEMERIDES.

BELLAS ARTES.

PINTURA.

MUSICA.

TEATRO.

MODAS.



LA SILFIDE.

A LOS ARTISTAS FRANCESES.



ncantadoras Bayade-
ras, aéreas *Peris*, va-
porosas *Willis*, a vos-
otros hijos de Euterpe
i Thersicore que
buceáis nueva patria...
Salud! salud! Chile,—
esta tierra hospitalaria
de la poesía i del arte.

te,—Chile os adopta!

Graciosos intérpretes de los placeres artísticos ¡qué a tiempo llegais! Dias mas i Santiago queda desierto: todas las miradas se volvan ya hácia las risueñas campiñas de Peñaflo i las bulliciosas riberas de Valparaíso. Pero ahora, Adios alegre Puerto! Adios sombríos campos!

¡Qué nos importan las acequias pedregosas de Peñaflo i las empolvadas calles de Valparaíso!—¡qué nos importan los sedientos potreros i los áridos cerros de las haciendas!—Santiago! la indolente Santiago

es ya la ciudad deliciosa, la ciudad de la danza i del canto!—Ademas ¿qué iríamos a hacer fuera de nuestras casas espaciosas i cómodas?... ¿Nos resguardarian mejor de los calores caniculares esos techos rústicos i desmantelados de las silenciosas chacras? ¿No tenemos aquí cerca, en los caminos de *Colina* i del *Salto* frondosas alamedas en donde lucir el brio de un caballo?—No podemos acaso, por la tarde, ir a meditar dulcemente bajo los elevados álamos del *Paseo de las Delicias*?... ¡Tan linda, tan poética es nuestra cañada, cuando su risada i pómposa cabellera se estremece a los halagos de la brisa, en tanto que la pálida Reina de la Noche refleja sus cambiantes luces en el plateado manto de la Reina de los Andes!

Silfides i ruiseñores escapados de las riberas del Sena, que vuestras graciosas danzas, que vuestros alegres ritmos encanten por largo tiempo la monotonía de nuestras noches!—No os conseis de danzar i cantar, que nosotros no nos cansaremos de miraros, oiros—i aplaudiros!—

F. R.

LA SILFIDE.

Abridme la puerta hermosas
Que os traigo placer i amor
En mis alas vaporosas,

Poderosas
Como un Dios.

Soi la *Silfide*, en torno
jiro de la belleza,
i el trono de mi gloria
es la ala del amor.

Hija soi del deleite;
nací en el Paraíso
del beso delincuente
del primer pecador.

Peregrina en el mundo,
la eternidad es mia,
i durará mi imperio
mientras viva el placer.

Yo soi la que en el labio
coloco de la hermosa,
la risa, los halagos,
las palabras de miel.

El azul de los ojos,
el nacar de las frentes,
la ondulacion del seno
del sexo encantador,
son puras ilusiones
del prisma de mis alas
que estiendo ante los hombres
como banda de amor.

Yo soi la mensajera
de la lumbre del día;
los trémulos luceros
mueven su luz por mí.
Yo soi la que hácia el seno
de las húmedas flores,
llevo el pico sediento
del fugaz colibri.

Soi el canto del ave,
soi el vapor del vino,
el humo del incienso
el deleite, el amor.

Siempre estoi entre lábios
que se besan sedientos,
i en medio de los brazos
que oprimen con ardor.

Abridme la puerta hermosas
que os traigo placer i amor
en mis alas vaporosas,

Poderosas
Como un Dios.

Publicamos con la mayor satisfaccion los siguientes fragmentos inéditos del viaje universal que prosigue nuestro distinguido huésped el Sr. D. Alejandro Holinski, corresponsal de la prensa de Paris.

RECUERDOS DEL PERÚ.

PRIMER ARTÍCULO.

Chorrillos. — Los caballos peruanos. — El camino. — Concordancia de la naturaleza con las acciones humanas. — Ladrones peruanos i chilenos.

El nombre de Chorrillos resuena incessantemente en los oídos de la sociedad pe-

ruana; hai un continuo vaiven de la poblacion a aquel lugar. Chorrillos es al Perú, lo que Brighton es a la Inglaterra, Dieppe a la Francia, New-Port a los Estados- Unidos; i aun es mucho mas todavia. Cuando se vive en Lóndres, Paris o New-York, la facilidad de comunicacion hace vacilar sobre la eleccion de lugares, donde a pretesto de baños i aires de campo se encuentra de nuevo la frivola agitacion de la capital, con mas holgura.

Luego, la multiplicidad de esos *rendez-vous del far-niente* que rivalizan en esplendor, en alegría i en voga, hacen tanto mas difícil esta eleccion en Europa o en los Estados- Unidos de la América del Norte. Al principio de la estacion, cada cual se pregunta ántes de decidirse, donde podrá satisfacer con mas desahogo sus gustos, sus caprichos i aun sus pasiones. Si viviérais o creyérais vivir bajo el cielo de Lima no experimentaríais sin duda, igual perplexidad. De las dos vías mas transitables por donde se sale de la ciudad de los Reyes, la una conduce al Callao i la otra a Chorrillos. ¿A dónde se iria sin atravesar los mares o estraviarse en las cordilleras?... Forzosamente pues, la coqueta que busca adoradores, (coqueta — esta espresion comprende a todo el bello sexo de Lima, i lo hace mas adorable aun) el galan que anda a caza de conquistas, la madre que se empeña en lanzar sus hijas a los azares del matrimonio, el jugador poseido del deseo de ganar, — toda esta jente, atendida la jeografía del pais, solo puede ser dominada por un pensamiento único i este pensamiento es Chorrillos! Tantas veces me habian preguntado las señoritas limeñas si habia yo estado en Chorrillos, i tantas veces les habia contestado nó, que al fin me pareció conveniente, — aunque no fuese mas que por introducir alguna variante en mi conversacion, — añadir a mi catálogo de viajero, un pueblo mas.

Por otra parte, Chorrillos se hallaba situado sobre el camino de Pachacamac, el Heliópolis de los Incas, que yo tenia resuelto visitar.

Un amable peruano se prestó gustoso a acompañarme en esta doble escursion. Partimos a caballo, teniendo cuidado de proveernos de dos cabalgaduras que poseyesen bien la ciencia del paso. Esta cómoda marcha por medio de la cual se avanza casi con tanta rapidez como al trote, con los fatigadores sacudimientos ménos, débenla sin duda alguna los caballos peruanos a su origen árabe. Esta marcha la conservan aun los caballos de Anda-

lucia cuyos criaderos (*haras*) instituidos por los reyes moros suministraron a Pizarro i sus compañeros, sus belicosos corceles. Los caballos del resto de la Europa, esceptuando la Turquía, a pesar de sus frecuentes cruzamientos carecen, por consecuencia del clima i de la educacion, de una cualidad inapreciable, atravesando largas distancias. El paso es al trote lo que el rodado de un carruaje bien suspendido a los vaivenes de una pesada carreta.

El camino de Chorrillos, presenta como el del Callao, la imájen de la desolacion, del abandono.

Despues de atravesar algunos campos mal labrados en los alrededores de Lima, la vista busca en vano un árbol, una flor, una cenefa de verdura. Un triste desierto se prolonga hácia todos lados. Paredones de adobe perfilan la ruta, para resguardar propiedades imaginarias en el inculto estado a que han sido abandonadas. Ruinas de haciendas armonizan el cuadro sin alterar su arenoso colorido.

A pesar del espléndido sol que vivifica esta tierra la mayor parte del año, diriase que ha sido maldecida por el creador. El alma se siente acosada de siniestros pensamientos, porque es imposible imaginar una decoracion mas apropiada para el bandidaje.

Una observacion que he hecho tanto en el viejo como en el nuevo mundo es que rara vez contrasta la naturaleza con las acciones de que aquella es teatro. ¿Ofrece la Italia un paisaje mas lúgubre que la travesía de Fondi a Terracina, refugio privilegiado de los bandidos romano-napolitanos? Allí las olas del mediterráneo, de ordinario apacible i cariñosas como voluptuosas cortesanas, parecen transformarse en plañideras para exhalar un himno lúgubre, al besar las playas del crimen. En Grecia el robo i el asesinato no reinan en medio de los valles que encantan al viajero i recuerden a Vénus mas bien que a cualquier otra divinidad, sino en algunos sombríos i pantanosos desfiladeros que se presentan a la imaginacion como el vestibulo del imperio de Platon. De todas las provincias de España, la mas desagradable a la vista, es la Mancha i al mismo tiempo tambien es la peor afamada. En esas interminables sábanas de arena donde se quisiera resucitar a D. Quijote con su jovial Sancho-Panza, se pelagra de tropezar a cada paso con tropas de modernos caballeros andantes que piden la bolsa o la vida. La Vizcaya, por el contrario, cuyas verdes colinas se confunden en una sola esmeralda en la memoria,

produce infatigables soldados al paso que no produce bandidos. Los dos verdaderos jardines de las Antillas, la Guadalupe i Haíti, pueden ser recorridas en sus sitios menos explorados sin temor de desagradables aventuras, mientras que Puerto Rico i Cuba poseen en sus monótonas planicies, marrones negros i blancos...

Prevalece un extraño sistema en el Perú, i es el de dejarse robar sin resistencia. Una disposicion tan acomodaticia i la ausencia de una buena policia, deben necesariamente mantener la numerosa clase de individuos que viven de tributos arrancados a mano armada. Salteadores de profesion, bien montados i perfectamente equipados se han organizado en tropas formidables que recorren de vez en cuando los alrededores de Lima, i a quienes se ha visto repetidas ocasiones, asaltar la capital misma, como una ciudad enemiga.

Pero como estas cuadrillas trabajan por mayor, solo por intervalos, aficionados sueltos se encargan de conservar al camino de Chorrillos su triste renombre. Hé aqui cómo suceden por lo comun estas cosas: Un viajero solo, parece fácil presa a uno de estos malhechores; presenta este su machete deteniendo al caballo por la brida. Bruscamente atacado, el pasajero deja caer su dinero i prendas: *Vaya con Dios!* le grita entouces el asaltador que desaparece bajo las paredes de donde habia salido.

Los robos de este carácter son ordinariamente consumados por esclavos fujitivos i por malhechores llegados de Chile, segun se pretende en Lima. De esto deducen los peruanos una consecuencia desventajosa al carácter de sus vecinos, sin reflexionar que el ostracismo a que la sábia administracion de Chile condena a las jentes perniciosas recomienda honrosamente a esta República, en la cual impera la seguridad de los países civilizados,—i clama mas bien contra el Perú que provoca por una funesta tolerancia los delitos de los criollos como los de los extranjeros.

ALEJANDRO HOLINSKI.

(Continuará).

EN LA TUMBA DE EMILIA.

(TRADUCCION DE F. RODELLA.)

Tu alma pura voló al cielo
De la mansion del dolor,
La mía sumida en duelo
No tendrá para consuelo
Ya tu fraternal amor.

Quando el triste pensamiento
 Con sus pesares luchaba,
 Canto divino, tu acento,
 Consolaba mi tormento
 I mis lágrimas secaba.

Me decías placentera:
 « Tal vez concluya mañana
 Tu pesar, hermano,—espera!
 Yo soi tu madre, tu hermana;
 Cese el alma de jimir,
 No temas el porvenir.»

Mas, ai! un ensueño ha sido
 Que ha disipado la muerte;
 Léjos del borde querido
 Voga mi esquife batido,
 Por los vientos de la suerte.

Tu alma pura voló al cielo
 De la mansion del dolor,
 La mia sumida en duelo
 No tendrá para consuelo,
 Ya tu fraternal amor!

1845.

GUILLERMO MATTA.

BOSQUEJO FISIOLÓGICO

DE SANTIAGO.

... ¡Bien, échese V. a andar por esas calles de Santiago en busca de una fisonomía, de un cuadro, de un suceso notable en el centro de esa igualdad constante, de esa monotonía de todos los días que nos ahoga ya en este dichoso pueblo. Pregunte V. a los muchachos, a los viejos, a las niñas, a las solteras, a las casadas; a todos los círculos, a los conservadores i a los reformistas, a los mundanos i a los beatos, i en fin al diablo mismo, por un carácter, por una peculiaridad que defina distintamente nuestra manera de ser en esta bendita capital de la primera república sud-americana, i tendrá V. que desesperarse i quedarse tan satisfecho como un Beduino que no haya salido de su tienda.

I sin embargo nosotros vamos capitaneando la civilización por estos mundos privilegiados. ¡I tenemos paseos i teatros, una atmósfera transparente i diáfana como el aliento de la Providencia, un cielo azul envuelto en millares de luces, un sol abrasador i unas cordilleras sublimes.

Pero lo cierto es que con tantos elementos para hacer de Santiago un campo de lucha perenne para las grandes pasiones, para los contrastes picantes i las peripecias conmo-

vedoras, los moradores sensatos de esta ciudad flemática vivimos mui orgullosos con nuestra indolencia fatigosa i nuestro profundo sueño,

Corra V. a la alameda, el paseo favorito, i tropezará graciosamente con uno o dos corrillos de pelucones vejetes, mui rezagados, es verdad, i mui ufanos de que Dios nos mantenga tan holgada paz; con unos tres o cuatro *opositores* con sus caras amarillentas i cuchicheando a media voz de un *gran* descubrimiento político; con una o dos manietelas, hermosas como una pintura de Rafael, pero tímidas i esquivas como una sensitiva; i guárdese V. de desear mas algun día, porque apesar de nuestros ochenta mil habitantes, el pelucon tiene que saborear una *siesta* i un buen *mate*, el opositor va a meditar i combinar en su nido, la niña está cansada de no haber hecho nada i desea reposar un instante, i a mas, que mamá tiene jaqueca i es necesario pensar en la muerte que ha de venir sin hacer ruido.

Eso sí, el teatro es un espectáculo digno de un pueblo culto, pero a mamá le disgusta por ser una entretencion demasiado profana i papá apenas tiene tiempo de pensar en el trigo, i el elegante encuentra mucho mas delicioso arrojar cuatro bostezos en las narices de una que no sabe si ama a fuerza de hacerle ojitos en la visita diaria.

Vamos, el mal es crónico, i por mas que el Supremo Hacedor haya sido pródigo en regalarnos bienes infinitos, nuestra vida de marmota es mas querida que esa actividad que parece ser el elemento de felicidad para el ser racional. Estamos mui engreídos con nuestra arrastrada i pobre existencia. Nuestras bellas no son mas que imágenes preciosas, con todas las formas seductoras, pero envueltas en una inaccion continua que enmoece el corazon i mata las ilusiones i el amor. La contemplacion solitaria es su vida normal i, en este pueblo claustral, el eco de la campana del templo es la única elocuencia que las conmueve, la elocuencia de los sepuleros.

Sin duda, esa vida de recoletas de nuestras lindas niñas las cerca de temores para todo lo que es espectable i social, obligándolas a doblar sus cuellos de alabastro bajo el peso abrumador de ese espíritu de camaradería que cobijan los mantones ¿I qué hacer? mientras la pobre niña vea en cada hombre un vestigio i en cada espectáculo un crimen, habremos de resignarnos, ellas i nosotros, a morirnos de fastidio.

Marforio.

LA WILLI.

(FANTASIA.)

Mirad—¿veis aquella nube
Tan vaporosa i brillante,
I esas chispas de diamante
Que en medio luciendo están?
I ¿no veis tras de ese velo
Que el sol enciende i aviva,
Esa sombra fujitiva
Que, como jugando va?

Decid—¿no parece un ángel
Por su blancura i pureza?
¿No veis brillar su cabeza
Como si brillara el sol?
¿No veis como juguetea
Con sonrisas voluptuosas,
Cual pintada mariposa
Que vuela de flor en flor?

¿No veis cual bate sus alas
De tan preciosos colores
Entre una lluvia de flores
que alfombran su blanco pié?
¿No veis como se levanta
Esa espiritual figura
Tan radiante de hermosura
Como el ángel del placer?

I con todo..... va a ocultarse
En las sombras de occidente,
Llevando en su blanca frente
Una sonrisa de amor.....
No la dejéis que se oculte,
Que no es una sombra vana....
Tal vez no vuelva mañana
Si la abandonais por hoy!

Que esa sombra vaporosa
Que se esconde allá a lo léjos
Entre los puros reflejos
Que nos dá la última luz,
Es la Diosa de las brisas
Willi, pura i hechicera
La mas hermosa viajera
Que cruza el inmenso azul.

No la abandonéis;—dejadle
Vuestro ciclo cristalino,
Que ella siga su camino
A la luz de vuestro sol:
Mirad que es leve i lijera
como la nube en que nace
I que talvez se deshace
Mas pronto que una ilusión.

V. MAGALLANES.

HERZ.

(FANTASÍA.)

El reloj sonaba las nueve de la noche en una de estas lunas de primavera que resbalan sobre el cielo de la capital tan llenas de languidez i de silencio. Habia entónces cierta harmonía secreta entre el eco de los aires i las voces del rio, entre la tibia lumbre de los astros i el helado aspecto de las nieves del oriente, entre los espíritus que pueblan el espacio i el pensamiento que se remonta de los suelos.

Herz va a pulsar las cuerdas de su instrumento i pide al mundo admiracion i silencio. Tal vez en ese instante supremo, en que el jenio, sentado al pié del trono del Eterno hace vibrar las fibras del corazon de la humanidad, descende invisible sobre sus sienas el poderoso aliento de la creacion.

El campo de las glorias de Sivori, de Moëser i de Winen está sembrado de coronas que el tiempo no ha marchitado; el pueblo espera con ansiedad; el entusiasmo, la admiracion, los aplausos, están adormecidos bajo el ala del deseo; una sola chispa de esa ardiente inspiracion que adquirió formas bajo las nubes del Danubio i todas las pasiones jenerosas deponen su tributo de estruendo i esplendor a las plantas del grande Herz.

Magnifico es el aspecto de esa bóveda sembrada de luces que remedan los esmaltados discos del firmamento; encantador el grupo de beldades palpitantes prendido a la mitad de los resplandecientes muros; el brillo fascinador de las arañas, la sonrisa espiritual o voluptuosa de los ánjeles, los ricos perfumes de sus vestiduras de blanco i azul, los iris de las flores i lazos aromáticos, las olas de poesia, impregnadas de magnetismo, que se resisten por cada uno de los sentidos, dan vida i animacion a esa copia del paraíso en miniatura de cuyas puertas es el arte la única llave.

Herz desprende de sus manos torrentes de armonias como la divinidad de los campos derrama sobre las praderas cataratas de brillante rocío i delantales llenos de pintadas corolas. El pueblo se estrémece de placer, como las hojas de los bosques al soplo de las auras de la tarde.

Pero allí, en uno de los cien tronos de la hermosura, la virgen del pensamiento comprime las pulsaciones de su seno tembloroso, i tal vez una lágrima furtiva exprime la ovacion de su sentimiento i su ternura.

¡Cuán bella está así!.. sus rizos flotan a merced de las vibraciones, sus labios reproducen o mas bien responden a los elocuentes suspiros de las cuerdas. Herz posee la magia de divinizar a la mujer que se adora. Al lenguaje que hace oír, responde el fuego magnético que circula por las venas, i el alma permanece muda o extasiada como al estridor del trueno o como al aspecto de la noche sembrada de estrellas.

Coronas al jenio! niñas de las llanuras americanas... El mundo de los desiertos de oro recibió el bautismo de la harmonia.....!

K.

MODAS.

Paris 15 de Noviembre 1850.

Chales.—De espumilla con fondo blanco o de color, bordado a dibujos de todos matices; pagodas con figuras de personajes, aves, árboles fantásticos, bordado todo con gusto i delicadeza.—Chales sencillos de gros negro franjeado de palmas a imitación de los bordados turcos, para verano.

Vestidos.—Corpiño de talle largo con pico redondeado delante i detras para traje de paseo; estos picos se enchanan un poco hácia abajo como las chaquetas de los niños.

Los **levitas** (polkas) de tafetan chinado son mas bonitos cuando van fileteados de vuellitos de cintas. Algunas costureras mezclan las cintas con encajes de lana de color; ejemplo: una hilera de encajes i otra de cintas.

El delantal puede componerse de tres vueltos a cada lado, dos de cintas i uno de encajes al medio. El corpiño guarnecido de la misma manera, pero en forma de V, con la guarnición redondeada en torno del cuello. Estos vueltos no tienen mas que de dos o tres centímetros de alto.

GISELA O LAS WILIS.

BAILE FANTÁSTICO EN DOS ACTOS.

Por los señores de S. GEORGES, T. GAUTIER i CORALI, música del señor ADOLPHE ADAM; representado por primera vez en el teatro de la Universidad el 19 de diciembre de 1850.

REPARTO.

El duque ALBERTO de SILESIA, en traje de campesino.	Sr. PONCOT.
El príncipe de COURLANDE.	Sr. ERNEST.
WILFRID, o escudero del duque.	Sr. ADOLPHE.
HILARION, guarda-caza.	Sr. HUMBERT.
Un anciano campesino.	Sr. N.
BATILDE, novia del duque.	Sra. GUILLEMET.
GISELLE, campesina.	Sra. AURELIE DIMIER.
BERTHE, madre de GISELLE.	Sra. PONCOT.
MYRTHA, reina de las Willis.	Sra. SOLDINI.
ZULME.	Sra. GLADY.
MOYNA.	Sra. LANDELLE.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un risueño valle de la

Alemania. En el fondo se ven colinas cubiertas de viñas, un sendero conduce al valle. Viñedos en los ribazos de la Turingia.

Apénas es de día. Los viñaderos se alejan para continuar su recolección.

Hilarion aparece, mira a su alrededor, como para buscar a alguien; en seguida señala la choza de Gisela con amor, i la de Luis con cólera. En esta habita su rival. Si alguna vez puede vengarse de él lo hará con buen éxito. La puerta de la choza de Luis se abre misteriosamente, Hilarion se oculta para ver todo lo que vá a pasar.

El jóven duque Alberto de Silesia, bajo el traje i nombre de Luis, sale de su casita, acompañado de su escudero Wilfrido. Este parece aconsejar al duque que renuncie a un proyecto secreto; pero Luis persiste señalando la casa de Gisela; este sencillo techo cobija a la que él ama, al objeto de su única ternura..... Ordena a Wilfrido que le deje solo, Wilfrido vacila aun, pero a un jesto de su señor, le saluda respetuosamente i se aleja.

Hilarion queda estupefacto, viendo a un gran señor, segun aparenta serlo Wilfrido, prodigar tantas atenciones a un simple aldeano como parece ser su rival. Concibe sospechas que aclarará mas tarde.

Luis, o mas bien el duque Alberto, se aproxima a la choza de Gisela i llama piano a la puerta. Hilarion permanece siempre oculto. Gisela sale al momento i corre hácia los brazos de su amante.

Transportes, felicidad de dos enamorados. Gisela cuenta a Luis que ha soñado tener zelos de una hermosa dama a quien Luis ama i prefiere. Luis turbado la tranquiliza: no ama ni amará mas que a ella. Es que si tu me engañas, dice la niña me muero sin remedio; i lleva la mano a su corazon como para decirle que sufre mucho. Luis la tranquiliza colmándola de tiernas caricias.

Gisela coje margaritas i las deshoja para averiguar si la amaba Luis.

La prueba le sale bien i se deja caer en los brazos de su amante.

Una cuadrilla de jóvenes vendimiadores vienen en busca de Gisela para las vendimias. Está amaneciendo i este es el momento de ir a ellas, pero Gisela, loca con el baile i los placeres, detiene a sus compañeras. La danza es despues de Luis lo que mas ama en este mundo. Propone a las viñadoras que se diviertan en lugar de ir al trabajo. Baila primero sola para estimularlas. Su alegría, su entusiasmo i sus pasos llenos de seducción que mezcla con demostraciones de amor hácia Luis, son inmediatamente imitados por aquellas, quienes dejan a un lado las

canastas e instrumentos del trabajo, i gracias a Gisela, la danza no tarda en ser un delirio ruidoso i jeneral. Berta, madre de Gisela, sale entónces de su choza.

—*Eso es! ¡bailando siempre!* dice a Gisela... por la tarde... por la mañana... esta es una verdadera pasion... en vez de trabajar, de cuidar la casa.....

—*Baila tan bien!* dice Luis a Berta.

—*Es mi único placer,* responde Gisela, como él, añadió señalando a Luis, *es mi única felicidad!*

—*Bah,* dice Berta, *estoi segura que si esta loquilla muriese, se volveria wili i bailaria despues de su muerte como todas las muchachas que han gustado demasiado del baile.*

—*¿Qué decis?.....* esclaman las jóvenes viñadoras con espanto, apiñándose unas con otras.

Entónces al son de una música lúgubre parece representar una aparicion de muertos que vuelven al mundo i danzan juntos.

Oyense a lo léjos sonatas de caza. Luis inquieto a este ruido dá aceleradamente la señal de partida para las vendimias, i se lleva tras si a los aldeanos.

El príncipe i Baúlde su hija, se presentan a caballo acompañados de una numerosa comitiva de señores, damas i cazadores con alcones en la mano.

La vendimia está hecha. Un carro adornado de pámpanos i flores llega lentamente seguido de todos los aldeanos i aldeanas del valle con sus canastas llenas de racimos. Un pequeño Baco es conducido triunfalmente caballero sobre un tonel, segun la antigua tradicion del pais.

Rodean a Gisela, la declaran reina de las vendimias, i la coronan con flores i pámpanos. Luis está mas enamorado que nunca de la hermosa viñadora. La mas loca alegría se apodera de todos los aldeanos.

Se celebra la fiesta de las vendimias!.....

Gisela puede ahora entregarse a su gusto favorito; conduce de la mano a Luis en medio de la cuadrilla de viñadores, i baila con él rodeada de todo el pueblo, que no tarda en unirse a los jóvenes amantes.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una floresta sobre el borde de un estanque, un sitio húmedo i fresco en que crecen los juncos, las cañas, i multitud de flores salvajes i plantas acuáticas; abedules, pobos i sauces florones inclinan hasta el suelo sus pálidos follajes. A la izquierda debajo de un ciprés se levanta una cruz de mármol blanco en el que está grabado el nombre de Gisela. El sepulcro

está como enterrado en una vejetacion espesa i entre yerbas del campo. La luz azulada de una luna mui viva alumbra esta decoracion i la dá un aspecto frio i vaporoso.

Algunos guardas llegan por las avenidas de la floresta, i parece buscan un sitio a propósito para ponerse en acecho: van a situarse a la orilla del estanque cuando acude Hilarion. Este manifiesta el mas vivo terror adivinando los proyectos de sus camaradas: *este es un sitio maldito,* les dice, *este es el círculo de baile de las wilis.* Enséñales la tumba de Gisela... de Gisela que bailaba siempre. Reconoce que está allí por la corona de pámpanos que llevaba en la frente durante la fiesta, i que está suspendida de la cruz de mármol.

En este instante óyense sonar las doce de la noche a lo léjos; esta es la hora lúgubre en que, segun la crónica del pais, las wilis se presentan en su sala de baile.

Hilarion i sus compañeros escuchan el reloj con terror, miran temblando al rededor, porque esperan la aparicion de las ligeras fantasmas. *Huyamos* dice Hilarion *las wilis son inexorables, se apoderan de los viajeros i los hacen bailar hasta que mueren de fatiga o desaparecen en el lago que veis desde aquí.* Una música fantástica comienza entonces: los guardas palidecen, tiemblan, i huyen en distintas direcciones con las señales del mayor espanto, perseguidos por fuegos fátuos que aparecen por do quiera (1).

Un manojo de juncos marinos se entreabre entónces lentamente, i del seno del húmedo follaje se vé lanzarse a la lijera Mirta, sombra transparente i pálida; *la reina de las wilis.* Lleva consigo una claridad misteriosa que alumbra súbitamente la floresta, ahuyentando las sombras de la noche. Así sucede todas las veces que las wilis aparecen. Sobre las blancas espaldas de Mirta, palpitan i tiemblan sus alas diáfanas, en las cuales la wili puede envolverse como en un velo de gasa.

Esta aparicion inapalpable no puede estar-se quieta, i lanzándose tan pronto sobre un monton de flores, como sobre una rama de sauce, voltijea aquí i allí, corriendo de arriba a abajo i pareciendo reconocer su pequeño imperio, del que cada noche venia a tomar nueva posesion. Se baña en las aguas del lago, luego se suspende de la rama de los sauces i se columpia. Despues de un paso bailado por ella sola, toma una rama de romero i vá tocando con ella alternati-

(1) Una porcion de luces fosfóricas se ven volar por la escena con el vuelo incierto de las mariposas.

vamente las plantas, las flores i los matorrales.

A medida que el florido cetro de la reina de las wilis se detiene sobre un objeto, la planta, la flor i el matorral se entreabren i dan salida a una nueva wili que viene a su vez a agruparse graciosamente al rededor de Mirta, como las abejas al rededor de su reina. Esta, desplegando entónces sus alas azuladas sobre sus súbditas, les dá la señal del baile. Muchas wilis se presentan entónces alternativamente delante de la soberana.

Moyna la odalisca, ejecuta un paso oriental; despues Zulmé, la Bayadera, hace sus actitudes indianas; dos francesas figuran una especie de gracioso minué; despues dos alemanas walsean juntas.... finalmente la cuadrilla toda de las wilis, muertas por haber amado demasiado el baile, o muertas demasiado pronto, sin haber satisfecho bastante esa loca pasion, a la cual parecen entregarse todavia con furor bajo su graciosa metamorfosis.

A una señal de la reina cesa el baile fantástico. Anuncia una nueva hermana a sus súbditas i todas se colocan a su alrededor.

Un rayo de luna vivo i claro refleja sobre la tumba de Gisela, las flores que la cubren se levantan e inclinan sobre sus tallos como para dar paso a la blanca criatura que ellas encierran.

Gisela aparece envuelta en su ligero velo. Se adelanta hácia Mirta que la toca con su rama de romero, el velo cae.... Gisela está transformada en wili: sus alas nacen i se desarrollan.... sus pies apénas tocan al suelo. Baila o mas bien dá vueltas en el aire, como sus graciosas hermanas, recordando e indicando con alegría el paso que ha bailado en el primer acto ántes de su muerte.

Oyese un ruido lejano. Todas las wilis se dispersan i ocultan detras de las cañas.

Jóvenes campesinos que vienen de la fiesta de la aldea vecina atraviesan alegremente la escena conducidos por un anciano, van a alejarse, cuando oyen una música deliciosa, el aire del baile de las wilis; los aldeanos parece experimentar apesar suyo un extraño deseo de bailar. Las wilis no tardan en rodearlos, los enlazan i fascinan con sus posturas voluptuosas. Cada cual intenta detenerlos a su arbitrio con las figuras de su baile nativo.... los aldeanos convidados van a dejarse seducir, bailar i morir, cuando el anciano se arroja en medio de ellos, les dice espantados el peligro que corren, i se salvan todos perseguidos por las wilis, furiosas al ver que se les escapa su presa.

Sale Alberto seguido de Wilfrido su fiel escudero. El duque está triste, pálido, su

vestidura en desórden, su razon casi estraviada a consecuencia de la muerte de Gisela. Se aproxima lentamente a la cruz, parece buscar un recuerdo i querer coordinar sus ideas confusas.

Wilfrido suplica a Alberto que le siga i no se detenga cerca de este fatal sepulcro que le representa tantos pesares... Alberto le manda que se retire... Wilfrido insiste todavia, pero Alberto le ordena con tanta firmeza que le deje, que Wilfrido se ve obligado a obedecer, i sale; si bien resuelto a hacer una última tentativa para separar a su señor de este sitio funesto.

Apenas queda solo Alberto, dá rienda suelta a su dolor; su corazon se despedaza, se deshace en lágrimas, de repente palidece, sus miradas se fijan en un objeto extraño que se dibuja delante de sus ojos... queda herido de sorpresa i casi de terror al reconocer a Gisela que le mira con cariñosa dulzura.

Victima del mas violento delirio, de la mas viva ansiedad, duda aun i no se atreve a creer lo que vé, porque ya no es la linda Gisela, tal como la habia adorado, sino Gisela la wili, en su nueva i graciosa metamorfosis, siempre inmóvil delante de él. La wili parece llamarle solamente con miradas. Creyéndose Alberto bajo el imperio de una dulce ilusion, se aproxima a ella a pasos lentos i con precaucion, como un niño que quiere cojer una mariposa sobre una flor. Pero en el momento en que estiende la mano hácia Gisela, ésta, mas rápida que un relámpago, huye de él i vuela atravesando los aires como una tímida paloma para posarse en otro sitio, desde donde le dirige miradas llenas de amor.

Este paso, o mas bien este vuelo, se repite muchas veces con gran desesperacion de Alberto, que intenta inútilmente alcanzar a la wili, huyendo algunas veces por encima de él como un ligero vapor.

De vez en cuando le hace un jesto de amor, le arroja una flor que coje sobre su tallo, i le dirige un beso; pero impalpable como una nube, desaparece cuando Alberto cree que puede cojerla.

Al fin renuncia a su tentativa, se arrodilla cerca de la cruz i junta las manos delante de ella en ademan suplicante. La wili atraida por este mudo dolor, tan lleno de amor, se lanza lijeramente cerca de su amado; Alberto la toca, i ya ébrio de amor i de felicidad va a apoderarse de ella, cuando deslizándose dulcemente de entre sus brazos se desvanece en medio de las rosas i Alberto cerrando sus brazos no abraza mas que la cruz del sepulcro.

La desesperacion más profunda se apodera de él, se levanta i va a alejarse de este sitio de dolor, cuando él mas extraño espectáculo se ofrece a su vista i le fascina en términos que queda inmóvil, como petrificado i forzado a ser testigo de la extraña escena que se representa ante sus ojos.

Oculto tras de un sauce, Alberto vé aparecer al desgraciado Hilarion perseguido por toda la turba de wilis.

Pálido, temblando, casi muerto de miedo, el guarda del coto, cae al pie de un árbol, i parece implorar la piedad de sus locas enemigas. Pero tocándole con su cetro la reina de las wilis le obliga a levantarse i a imitar el movimiento de baile, que ella ejecuta en torno suyo... Hilarion impelido por una fuerza mágica, baila a pesar suyo con la hermosa wili, hasta que esta lo cede a una de sus compañeras, que a su vez lo cede tambien a otra i así sucesivamente hasta la última.

Cuando el desgraciado cree terminado su suplicio al ver fatigada a su compañera, otra la reemplaza con nuevo vigor e Hilarion agotando sus fuerzas al sonido de una música cada vez más rápida, concluye por temblar i sentirse abrumado de laxitud i dolor.

Tomando al fin un partido desesperado, trata de escaparse, pero las wilis le cercan con un vasto círculo, que se estrecha poco a poco, le encierran i se convierte en un wals rápido, al cual un poder sobrenatural le obliga a mezclarse. Un vértigo terrible se apodera entónces del guarda del coto, que sale del brazo de una bailarina para caer en los de otra.

Rodeada la victima por todas partes en esta graciosa jaula siente doblar sus rodillas. Ciérranse sus ojos, nada vé ya... i baila sin embargo con ardiente frenesí. La reina de las wilis se apodera de él i le obliga a dar vueltas i a walsear por última vez con ella, hasta que llegando el pobre diablo al borde del lago, último anillo de la cadena de las bailarinas, abre los brazos creyendo cojer una nueva, i baja rodando al abismo! Las wilis empiezan entónces una bacanal alegre, dirigida por su reina victoriosa, cuando una de ellas descubre a Alberto, i le conduce al círculo mágico, todavía aturdido de lo que acababa de presenciar.

Las wilis se muestran regocijadas por haber hallado otra victima: su tropa cruel se ajita ya en rededor de esta nueva presa; pero en el momento en que Mirta va a tocar a Alberto con su cetro encantado, Gisela se lanza i detiene el brazo de la reina levantado sobre su amante.

Huye dice Gisela a su amado, huye o mueres, como Hilarion, añade señalándole el lago.

Alberto permanece un instante sobrecogido de espanto a la idea de participar de la funesta suerte del guarda del coto. Gisela aprovecha este momento de indecision para cojer la mano de Alberto; los dos se dirijen como impelidos de una fuerza mágica hácia la cruz de mármol, indicándole Gisela este signo sagrado como su éjida, como su única salvacion.

La reina i todas las wilis le persiguen hasta la tumba; pero Alberto protegido por Gisela llega hasta la cruz i la abraza; i al momento en que Mirta va a tocarle con su cetro la rama encantada se rompe entre las manos de la reina, que se detiene así como todas las wilis, sorprendidas i asustadas.

Furiosas las wilis al verse engañadas de este modo en sus crueles esperanzas, se abalanzan muchas a él i son rechazadas por un poder superior al suyo. La reina entonces queriendo vengarse de la que le arrebató su presa, estiene la mano sobre Gisela, cuyas alas se abren inmediatamente i se pone a bailar con el mas gracioso i extraño entusiasmo, i como arrastrada por un delirio involuntario.

Alberto inmóvil la mira cansado i confundido con esta escena estravagante; pero muy luego las gracias i las actitudes encantadoras de la wili le atraen apesar suyo, que es lo que queria la reina: deja la cruz santa que le preserva de la muerte, i se aproxima a Gisela que se detiene espantada i le suplica vuelva a su talisman sagrado, pero la reina la toca de nuevo i la obliga a continuar su baile seductor.

Esta escena se renueva muchas veces, hasta que al fin cediendo a la pasion que le arrastra, abandona Alberto la cruz i se lanza hácia Gisela, coje la rama encantada i quiere morir, para unirse a la wili, para no volverse a separar mas de ella!

Alberto parece tener alas, apenas toca el suelo i voltijea al rededor de la wili, que muchas veces intenta sujetarlo. Pero arrastrada por su nueva naturaleza, Gisela cede a la necesidad de unirse con su amante, i los dos comienzan un paso rápido, aéreo, frenético como si apostasen en gracia i agilidad, muchas veces se paran para caer en los brazos el uno del otro, i en seguida la música fantástica les dá nuevas fuerzas i nuevo ardor.

Toda la cuadrilla de las wilis, se une a los dos amantes, i los cerca formando actitudes voluptuosas.

Una mortal fatiga se apodera entonces

de Alberto. Se le vé luchar todavía, pero sus fuerzas principian a abandonarle. Gisela se aproxima a él. Se detiene un momento con los ojos bañados en lágrimas; pero una señal de la reina la obliga a volar de nuevo. El baile dura algunos minutos mas, i Alberto va a perecer... de cansancio i de fatiga, cuando el día principia a aparecer i los primeros rayos del sol alumbran las ondas arjentadas del lago.

La ronda fantástica i tumultuosa de las wilis sé amortigua a medida que la noche se disipa.

Gisela parece renacer a la esperanza, viendo desvanecerse el prestigio terrible que arrastraba a Alberto a su pérdida.

Poco a poco i bajo los ardientes rayos del sol, la tropa toda de las wilis se encorva i rinde, i sucesivamente se las vé bambolearse, extinguirse i caer sobre el monton de flores o sobre el tallo que las vió nacer, como las flores de la noche que mueren al aproximarse el día.

Durante este gracioso cuadro Gisela que como sus ligeras hermanas, sufre la influencia del día, se deja ir lentamente en los brazos desfallecidos de Alberto, se aproxima al sepulcro como arrastrada por su destino.

Previendo Alberto la suerte que amenaza a Gisela, la traslada en sus brazos lejos de la tumba i la deposita en medio de un monton de flores. Arrodillase delante de ella i le dá un beso, como para comunicarle su alma i volverla a la vida.

Pero Gisela señalando el sol que brilla entónces con toda su majestad, parece decirle que debe obedecer a su suerte i separarse de él para siempre.

En este momento resuenan en el centro del bosque estrepitosas sonatas. Alberto la oye con temor i Gisela con dulce alegría.

Wilfrido acude. El fiel escudero precede al príncipe, a Batilde, i a una numerosa comitiva; los conduce cerca de Alberto esperando que sus esfuerzos serán mas poderosos que los suyos para arrancarle de este lugar de dolor.

Todos se paran al verle. Alberto se lanza hácia su escudero para detenerlo. Durante este tiempo la wili toca sus últimos instantes; ya las flores i las yerbas que la rodean se levantan sobre ella i la cubren con sus lijeros tallos... parte de la graciosa aparicion está ya oculta por ellas.

Alberto vuelve i queda sorprendido i lleno de dolor viendo a Gisela desaparecer poco a poco i lentamente en medio de este verde sepulcro. Gisela con el brazo que conserva todavía libre indica a Alberto, a la trémula Batilde arrodillada a algunos pasos

de él i tendiéndole la mano con aire suplicante.

Gisela parece decir a su amante que dé su fé i su amor a la tierna jóven... Este es su único voto, la última plegaria que hace la que ya no puede amar en este mundo; en seguida dirijiéndole un triste i eterno adios desaparece en medio de las flores que la cubren entonces enteramente.

Alberto se levanta con vivo dolor; pero la órden de la wili le parece sagrada... arranca algunas flores de las que cubren a Gisela, las pone sobre su corazon, sobre sus lábios con amor; i débil i vacilante, cae en los brazos de los que le rodean alargando la mano a Batilde.

Así concluye el baile.

DEUX MAJESTÉS.

NAPOLÉON ET TALMA.



'ÉTAIT à l'une de ces époques heureuses où l'étoile du conquérant brillait d'un éclat unique dans l'univers, alors que des monarques, vassaux obéissants, s'assayaient sur des trônes qu'il avait abattus et relevés pour eux.

C'était un de ces instans de plénitude de gloire, de force complète, où, n'ayant plus d'obstacles a renverser, l'esprit de conquête, contemplant sa puissance, se détendait en souriant à la victoire.

L'empereur donc, se délassait en s'entretenant avec un individu qui n'occupait nullement sa pensée; c'était je ne sais plus quel prince souverain, n'importe: il est bon de dire seulement que cette altesse avait une estime extraordinaire pour l'ancienneté de sa maison; qu'elle regardait la légitimité et le droit divin comme des principes sacrés, et qu'elle s'était permis un jour quelques mots sur la naissance peu illustre de Napoléon. Celui-ci le savait et n'attendait qu'une occasion pour donner une petite leçon au très noble prince. Cette occasion

s'offrit: le chambellan de service vint dire à l'empereur qu'on attendait une audience lettres ordinaires.

— Faites entrer! faites entrer! répondit-il vivement; j'attendais *sa majesté* avec impatience.

A ce mot de majesté, le petit prince saluant profondément l'empereur, demanda la permission de se retirer de peur d'être indiscret.

— Non, non, restez, dit Napoléon; c'est un roi que j'aime infiniment, et je suis bien aise que vous le connaissiez. Alors, on introduisit Talma.

La célèbre acteur s'avança noblement jusqu'à Napoléon, qu'il avait à remercier d'une faveur récente, et le dialogue suivant s'établit, à la grande surprise du petit souverain germanique dont la physionomie et la presance étaient assurément la moins royale des trois.

NAPOLÉON.

Vous me remerciez... c'est juste; mais je veux et je dois vous soutenir... Le théâtre influe sur les mœurs... Un homme comme vous est très utile à la France.

TALMA.

Ah! sire... Mes camarades et moi, nous serions bien heureux si nous avions dans l'estime publique, la part que votre majesté daigne nous attribuer.

NAPOLÉON.

Je ne l'attribue pas à tous... Mais vous avez tort de vous plaindre: le préjugé contre vous n'existe plus... Qui oserait mésestimer votre profession dans ce siècle?... Quel homme un peu en évidence n'a pas été forcé de faire du théâtre?... et pas aussi bien que vous! (Au prince qui sourit dédaigneusement): Il ne faut pas rire, M le grand-duc; nous sommes tous des comédiens... et l'on ne nous applaudit pas toujours!... (Ici le prince paraît vivement scandalisé; ce qui ajoute à la gaieté de l'empereur. Il continue.) C'est la vérité, Monsieur; et, si je voulais m'en donner la peine, je vous prouverais que, s'il y a quelque différence entre le roi d'un royaume et celui d'un théâtre, cette différence est toute à l'avantage du second. Comptons un peu le positif de notre pouvoir suprême. Entre nous trois nous pouvons parler librement. Examinons de quoi se compose notre importance réelle.

1° Les attributions royales matérielles, comme le droit de porter la couronne. Sur ce premier point (*à Talma*), c'est *votre majesté* qui la porte le plus souvent de nous trois et de meilleure grace.

2° Les monarques ont des gardes... des palais, dans un seul royaume ordinairement...; mais vous, sire (*à Talma*), il n'est guère de contrées des quatre coins du globe dont vous n'ayez ceint les diadèmes, et je dois ajouter que vos gardes vous obéissent avec une ponctualité au moins aussi dévouée que les nôtres... Bien plus: vous avez un privilège que nous n'avons que rarement; vous possédez l'art de charmer le peuple! — Etes-vous malheureux, détrôné? il pleure et gémit sur vous, et le lendemain vous vous asseyez fièrement sur un nouveau trône aux acclamations de la multitude qui, pour vous, oublie son naturel ingrat et ne vous abandonne pas dans l'infortune!

Tous trois nous levons des impôts: (*à Talma*) mais ceux qu'on paie à *votre majesté* sont volontaires; c'est à qui vous apportera son tribut!

Nous autres, monarques, nous avons dans nos cours une assez mesquine étiquette; mais quelle différence avec la vôtre, sire! D'abord, le peuple se place à vos pieds, et, chose extraordinaire, il ne s'en plaint pas! On ne vous aborde qu'avec un langage choisi: la langue des dieux est la seule permise à votre cour.

Certes, vous êtes un monarque bien véritablement puissant, et même au positif comme au figuré; car si nous comptons bien, nous trouverions que votre règne, à raison de trois heures par jour de pouvoir absolu, a duré plus que beaucoup de règnes mentionnés dans l'histoire.... Calculons: combien il y a-t-il de temps que *votre majesté* fut saluée du nom de roi pour la première fois?

TALMA.

Il y a trente six ans... que je joue, sire.

NAPOLÉON.

Que vous jouez! cela ressemble à une épigramme; songez à qui vous parlez?... Dites plutôt qu'il y a trente-six ans que vous régniez.

Eh bien! en additionnant vos heures de pouvoir absolu, je gage que vous avez au moins trois ou quatre bonnes années pendant lesquelles vous avez déployé toute l'étendue et l'énergie de la puissance! Trois ans de pouvoir absolu! combien y a-t-il de souverains qui en aient eu la centième partie? Pas un peut-être, si l'on retranche de leur règne le temps du sommeil, de leurs chasses, de leurs amours, de leurs plaisirs ou de leurs loisirs fainéants!... Trois ans d'exercice du pouvoir suprême non contesté! applaudi! C'est immense, c'est inouï! Cela ne se trouve pas dans dix régnes glo-

rieux!... Vous êtes un grand roi, Talma!... Et quand je pense aux regrets... aux soucis qui empoisonnent les félicités royales.... c'est alors que je trouve la vôtre plus royale que toutes celles qu'on envie. Sans doute, comme tous les princes, vous faites couler des larmes (pour ne rien dire de plus); mais on vous le pardonne: vous pouvez recommencer le lendemain sans danger... Votre trône se consolide avec ce qui renverse ceux des autres, et lorsqu'on supporte à peine les monarques du monde, et qu'on exige d'eux, pour leur obéir, des constitutions, des contrats sociaux, en les blâmant pour ce qu'ils font ou ne font pas, le républicain le plus farouche reconnaît votre royauté, non seulement sans peine, mais avec enthousiasme.

TALMA.

Hélas! sire, ma royauté est esclave du premier mal avisé, du premier ivrogne qui peut me détrôner... d'un coup de sifflet!

NAPOLÉON.

Il faut un poignard pour nous; c'est vrai, voilà une différence.

TALMA.

Ah! c'est la même chose, sire!

(NAPOLÉON à part.)

C'est juste... (Haut.) Tous les rois peuvent être insultés...; mais vous, c'est plus difficile... Pour jeter du mépris, il faut que le rebelle achete ce droit à votre porte... Votre honneur enfin vaut quarante-quatre sous: on siffle les autres souverains gratis.

TALMA.

Ah! sire, c'est assez rire de votre pensionnaire... et...

NAPOLÉON.

Je ne ris plus... je voulais rire d'abord... mes idées se sont échauffées... j'ai dit des vérités... Oui, les hommes qui règnent vraiment, sont ceux qui impressionnent et conduisent les autres... non par des conventions, non par la force... mais par l'intérêt ou par le plaisir... (A Talma.) Vous les gouvernez par les sensations, vous!... c'est un pouvoir!... votre métier est un art royal... qui veut du génie!... c'est un métier qu'ont estimé tous les maîtres du monde, dont plusieurs, depuis Néron jusqu'à Louis XIV, ont eu l'amour-propre de monter sur les

planches pour leur plaisir, sans parler de tant d'autres, qui, pour leur malheur, et bon gré malgré, se sont vus forcés par les circonstances à jouer de bien petits rôles devant le peuple... et sans pouvoir lui plaire. Je vous le répète, mon cher, vous êtes plus roi que la plupart des rois! Eh! que de peine! que d'études pour être applaudi (à part)... dans cette haute comédie!... (En souriant amèrement.) Nous deux nous connaissons cela... n'est-ce pas, Talma? (Se tournant subitement vers le prince.) Je vous avoue, prince, que j'estime ceux qui sont capables de conduire ou de dominer l'esprit des autres: ce n'est pas le droit divin, c'est la nature qui les a fait souverains! (A Talma en riant.) Adieu, mon frère; vous m'obligerez en me faisant entendre ce soir Auguste de Cinna.

TALMA.

L'empereur romain jouera... par ordre... sire.

REGRETS.

(POÉSIE.)

Ce soir-là j'éprouvais une horrible tristesse,
Et mon âme, n'osant contempler l'avenir,
Remontait le côteau des jours de la jeunesse
Encor tout émaillé des fleurs du souvenir.

O route parcourue avec trop de vitesse,
Et dont la pente, hélas! semblait ne pas finir,
Avec quelle lenteur et quelle noble ivresse
Vers vos sentiers connus je voudrais revenir!

Je voudrais... mais pourquoi ces étranges pensées?
Remonte-t-on du cœur les cimes abaissées?
Respire-t-on deux fois votre parfum, ô fleurs?

Je verrais au jardin de mes blondes années
L'épine se dresser sous les roses fanées,
Sur chaque souvenir je laisserais des pleurs!

ANONYME.

Director F. FERNANDEZ RODELLA.

IMPRESA CHILENA.

PRECIOS DE LA SUSCRIPCION.

SE PAGARA ADELANTADO

UN PESO POR SUSCRIPCION DE DIEZ NÚMEROS,

El número suelto un real.

LA SILFIDE, constará alternativamente de 10 a 12 páginas; se publicará de 6 a 8 veces por mes; contendrá las traducciones de Bailes i análisis de las óperas que represente la Compañía francesa.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.

En Santiago *Librería de Rivadeneyra i Ca.*—En Valparaíso *E: guerra i Gil.*

LITERATURA.

COSTUMBRES.

NOVELAS.

POESIA.

EFEMERIDES.



BELLAS ARTES.

PINTURA.

MUSICA.

TEATRO.

MODAS.

LA SILFIDE.

LA ATENAS DEL PACIFICO.



SIEMPRE que hemos tendido la vista sobre el vasto panorama de las poblaciones Sud-americanas, nos ha sucedido lo que al europeo, cuando busca en el mapa del nuevo mundo un pedazo de tierra para no morir de miseria, una ráfaga de aire libre para vivir en paz —la hemos tornado de nuevo a Chile con cierta satisfaccion en que no entra por mucho el exclusivismo nacional.

El presente es un bien mas poderoso que todas las victorias del pasado; el año cincuenta, mas fecundo para la República en progresos materiales e intelectuales, que toda la primera mitad trascurrida del presente siglo.

Pero restringjamos a la Capital, con perdon de Valparaiso i Copiapó, el movimiento fisico e intelectual del pais, porque Santiago es el compendio o resumen de todos los ti-

pos provinciales. [Santiago representa hoi el porvenir de la América del Sud. En su seno empiezan a agruparse todos los elementos civilizadores, que el Occidente desborda de sus ciudades. El movimiento se apodera de los brazos, el espíritu ajita los cerebros; el calor de la ilustracion trata de nivelarse al del clima i la elaboracion material del progreso se distingue ya sin ayuda de microscopio, i los ciegos lo palpan con las manos. Comercio, industria, filosofía, bellas artes, todo adquiere vida i actividad. La intelijencia i el saber, marchan al lado de la imajiuacion i del gusto i a las profundas civilizaciones del espíritu se suceden las bulliciosas fiestas i placeres.

Hombres eminentes, ilustraciones literarias i científicas llegan a secundar los esfuerzos de las que poseíamos.

Santiago es el árbol que absorbe todos los jugos que debian fecundar al continente entero. Salones i teatros, sociedades i corporaciones están invadidos por el elemento rejenerador, por el espíritu del siglo diez i nueve personificado en cien hombres i lustres, representantes del imperio de las luces. Bajo esta atmósfera artificial, trasplantada de las rejiones europeas, que reemplaza la pesadez de la nuestra, cunde la electricidad e inflama el espíritu nacional que se levanta virjén i creador sobre la frente de una juventud emprendedora i entusiasta por lo grande i noble.

Santiago es, *pués*, la Atenas del Pacífico. *Bello, Gorbea, Gay, Vendel-Heyl*, la instruyen en la filosofía de las ciencias.—*Pissis, Domeyko*, le dibujan su suelo con las riquezas que encierra.—*Jarrier*, le hace conocer los secretos de la maquinaria, *Sada* los de la agricultura.

Sarmiento, Gutierrez le construyen las primeras bases de su educación.—*Gomez, Mitre*, le revelan el espíritu de sus instituciones.—*Fragueiro* le enseña los medios materiales de ser feliz.—*Holinski* la entretiene con la narración de sus variados viajes al rededor del mundo.

Desmadril, el afortunado rival de Calamata, la admira con las bellísimas obras de su buril i pincel, llegando a ser el artista a quien ha honrado con mayor distinción; *Desmadril* es el pintor favorito de la novelosa Santiago.

Monvoisin, Cicarelli, Oliva, le transportan al lienzo las figuras mas interesantes de la historia.

Gillis le cuenta lo que pasa en las estrellas.

Herz, Barré, Ledesma, Desjardin, Lanza, la aduermen con sus armonías musicales i la *Dimier* la hace delirar con sus voluptuosos jiros.

Campbell le abre vías, i *Filippi* impele numerosas naves que dejan en su suelo pueblos enteros de la Europa.—*Weclurigt* la sienta en *rayls* para enriquecerla o divertirla.—*Brunet de Baines* la embellece con suntuosos edificios.—*Belin* la surte de preciosas obras tipográficas a millares por ahora, i *Griolet* i *Anina* la cubren de vistosos tejidos.

He aquí el elemento extranjero, es decir, el vapor aplicado a las máquinas americanas. Con un profesorado semejante que mantenga a la capital i al país bajo su tutela, el porvenir de los pueblos no es dudoso.

Este es un lado de la capital chileno-europea.

Recorramos el segundo, i veremos que no le cede en brillo; i si aquel aparato cuasi-mecánico de civilización viviente es la palanca del movimiento de Chile, éste lo será del movimiento jeneral de la América del Sud.

Santiago cuenta capacidades brillantes en todos los ramos del saber humano, nacidas de su seno i elevadas al soplo de las revoluciones morales que agitan al mundo, de veinte años a esta parte.

Descuellan entre sus Estadistas i Oradores, *Montt, Varas, Benavente, Mujica, Tocornal, García Reyes, Urmeneta, Lastarria, Vial (M.) Perez (J. J.)*, i como hombres de ciencia, *Solar (F. B.)*, *Bustillos*.

La literatura hace diariamente ricas adquisiciones de los talentos de *Jotabeche, Bello (C.) Godoi, Hurtado, Lindsay, Chacon, Urzúa, Espejo, Bascuñan, los Amunátegui, Vial (R.) Astaburuaga, Bilbao, Pinto, Renjifo, los Blanco, Talavera, Donoso (J. C.) Hundelach, Lavenas, Opazo, Torres (A.) Cobos (S)*—En clase de publicistas los mas conocidos son *Briseño, Gonzalez, Valdes, Bello (J.) Eyzaguirre, Toro (B.) Vicuña (P.)* obispo *Donoso*.

Como poetas distingos citaremos a *Lillo, Irisarri, los Matta, Magallanes, doña Mercedes Marin de Solar, Sanfuentes, Rojas*; i concluyendo por los artistas de mérito, nombraremos a *Guzman, Oliva, Zapiola, Newman, Escalante, Perez*.

Cerraremos este cuadro con una rápida enumeración de las celebridades militares que encierra Santiago en su seno: *Bulnes, Las-Heras, Freire, O'Brien, Prieto, Blanco, Cruz, Pinto, Aldunate, Deheza, Viel, Necochea*, cinco de ellos antiguos presidentes de la República. La mayor parte de estos viejos guerreros pertenecen a la grande época americana. Sus nombres son del dominio de la historia, i ellos, la tradición viviente que el país conserva de su independencia.

La posición social de Santiago entre las capitales sud americanas le dá sobre estas una inmensa ventaja, i confiamos que a la sombra de la paz i bajo el código de libertad que la rije, sea al fin de este siglo para la América, lo que Paris en la actualidad para la Europa.

Z. i R.

RECUERDOS DEL PERÚ.

II.

Aspecto de Chorrillos.—El Mora-Solar.—Los Ranchos.—Baños de mar.—Hidropatía.—La fiesta de San Pedro.—Un consejo de Indios.

Ningun atractivo ofrece la perspectiva de Chorrillos. Parece a un campamento en el desierto. Las casas, de las cuales algunas no carecen interiormente de comfortable, son construidas de colihue i barro, toscamente enlucidas. Pertenecen por la mayor parte a los pescadores indios que constituyen la población permanente de la aldea. Solo algunas familias de Lima, los Lafuente, los Moreira, los Palacios etc. etc. poseen en propiedad sus ranchos,—modesta denominación con que se designan todas estas

habitaciones, que no tienen siquiera un vestigio de jardín.

En medio de esta ausencia absoluta de árboles i verdura solo se vé arena, tanto en la playa como en las calles de Chorrillos, donde a veces se levantan incómodas polvaredas. El *Mora-Solar* avanzándose como un brazo de cordillera hácia el mar, está también formado de arena, desde la base a la cima. Este gigantesco promontorio defiende a Chorrillos de los vientos del sud-oeste i hace el clima de aquel punto mas benigno que el de Lima. En julio i agosto, meses de húmedas neblinas para la ciudad de los reyes, un cielo casi nunca vaporoso alumbró el asilo de los pescadores, que llega a convertirse en hospital de calenturientos, asmáticos i otros enfermos.

La moda poco cuidadosa de las ventajas de la salud, arrastra una muchedumbre de elegantes i de ociosos en otra época del año. La verdadera estación de los placeres en Chorrillos, principia en enero i concluye en abril.

Entonces es cuando las limeñas despliegan sus mas seductores atavíos, cuando se juega con frenesí desde la mañana hasta la noche, i cuando se baila, los domingos, ya en una casa, ya en otra alternativamente, porque no hai en Chorrillos una sala de reunión como en los principales baños de Europa. El mar, derramando sus olas sobre una arena caliente presenta también los mayores atractivos. Allí se bañan por grupos. No hai separación entre los sexos. El vestido de las mujeres es talvez un tanto exajerado. Consiste en un saco que baja hasta los pies, un par de pantalones i una pellerina. A pesar de su puritanismo las americanas del Norte no acostumbran estos dos últimos artículos.

Toda la ropa es de un jénero oscuro i tupido. Los hombres están obligados a vestir un uniforme, casi tan rigoroso como aquel. Indios baqueanos guian los pasos de las damas inesperas i es curioso ver a estas, trepadas sobre las espaldas de sus guías, nadar así por *procuracion*.

Aunque el Perú haya tomado mucho de la civilización europea, se notan, sin embargo, algunos vacíos en el confortable i en el lujo. En Chorrillos, las cabañas de esteras agrupadas en pelotones equivalen a nuestras casuchas de madera colocadas a respetuosa distancia, una de otra. Si os toca por suerte, lo que sucede con frecuencia, hallaros en la vecindad inmediata de una señorita, ella no puede, merced a un frágil tabique, escapar a la doble indiscreción del ojo i del oído.

La suavidad del clima de Chorrillos permite bañarse allí durante todo el año. Así es que cuando el mundo fashionable regresa a Lima, los Indios alquilan sus ranchos a la jente menos pretenciosa que llega en busca de tranquilidad, mas bien que de ruido.

El uso universal de los baños de mar solo data en el Perú de medio siglo a esta parte. Las señoritas preferían en otro tiempo los baños de agua dulce de la pila de *Piedra Lisa* situada en un extremo de la alameda de Lima.

Abandonadas un momento estas aguas límpidas recobran su voga con los progresos del sistema hidropático. Las frecuentes inmersiones salinas o simplemente frías influirán sin duda alguna sobre la salud de los habitantes i los libertarán, en cuanto a las clases menos acomodadas de la población, de las enfermedades cutáneas que las afectan i que pueden atribuirse principalmente a la negligencia de aseo por una serie de generaciones.

La fiesta de San Pedro, patron de los pescadores, es celebrada con gran pompa por los indios de Chorrillos. Tuve ocasión de asistir a ella el 29 de junio de 1850

Después de una misa solemne con acompañamiento de música por dentro de la iglesia i cohetes por afuera, es paseada en procesion la imájen del gran apóstol con un pescado vivo en la mano. Llegado a la orilla del mar, el santo, vestido en traje pontifical, pero con una aureola a guisa de tiara, se detiene un instante para escuchar los versos que se le cantan en castellano, pidiéndole que renueve la pesca milagrosa. Colocado de nuevo sobre los hombros de sus cuatro porta-andas, desciende en seguida al embarcadero.

Allí, le espera una barca donde lo instalan respetuosamente, al son de diversos instrumentos de música. Acompáñalo en su escursión marítima una turba de indios que echa sus redes al agua.

Cuando la pesca es abundante, esta buena jente da millares de gracias a su ilustre patron; en el caso contrario, le guarda cierto rencor i prometen no volver a celebrarlo. ¡Ilusoria promesa!

Como se reparten entre sí los costos de la fiesta, los indios tienen la costumbre de convocar al efecto un consejo en el cual se encontró este año un orador que llegó hasta acusar de ingratitude a San Pedro, diciendo: «que por lo comun, no les producía lo que les costaba.» El auditorio pareció vivamente impresionado por este argumento i ya estaba por la supresión de la

ceremonia, cuando otro orador exclamó: «Olvidad, si quereis al protector de los pescadores, pero temed ofender al que posee las llaves del cielo i os cerrará las puertas si llega a ofenderse de esta desercion.»

Estas palabras arrastraron todos los sufrajios i solo a la elocuencia primitiva de este hábil abogado, debo la ventaja de haber presenciado un espectáculo que no deja de sujerir al viajero curiosas reflexiones.

ALEJANDRO HOLINSKI.

LO QUE AMO EN TÍ.

(IMITACION DE F. RODELLA.)

De tus ojos adoro la mirada amorosa,
Amo de tus cabellos la ebánica negrura,
I de tu espalda morbida adoro la blancura,
Donde se esparcen ellos en onda voluptuosa.

Amo tu cútis fino i tu color de rosa,
De tu voz i tu risa la májica dulzura,
I de tu talle esbelto, la gracia i hermosura
Do ondula entre sus pliegues la brisa cariñosa.

Amo tu blanca mano que torneada parece,
Tu seno que perfuman olores i ambrosia
Donde en lechos de nácares el dulce amor se mece.

Amo el matiz purpúreo que tu beldad colora,
Amo ese pie divino, que una hada envidiaría...
Adoro todo en vos... mas no os amo señora!..

GUILLERMO MATTA.

1849.

REVISTA ARTISTICA.

Los Programas Herz—¡Pobre Monsieur Charles!—La primera representacion de Giselle.—El baile frances juzgado por Frai Gerundio.—Las Señoritas Dimier, Soldini.—Monsieur Ponçot.

¿Habeis visto, habeis oido a Herz?—¿Quién no ha visto, quién no ha oido,—quién no ha leído a Herz?... (sus programas se entienden)—Herz no es solamente un hábil improvisador de *Ollas podridas*, sino tambien un admirable compositor... de carteles.—Es el jenio del programa! Ved como esas largas cintas de papel, obra maestra de baturrillos tipográficos, ondulan, serpean, se enroscan i relucen a la luz de las lámparas del teatro!—¡Qué títulos!—qué redaccion!—qué variedad de caracteres!—qué poesia!—qué lirismo!—

Cuán patético, pintoresco, monstruoso, sorprendente es todo esto!... No, no son programas, son poemas, epopeyas con prefacio, postfacio, comentarios, viñetas, jergolíticos, etc. etc.—Son el ideal, el sublime del anuncio!

¡Pobre Monsieur Charles! Habeis partido ya! ¿I qué podiais hacer de mejor?—Vuestra abuela que os ha dado tan saludables consejos, ha debido repetirlos muchas veces que, *la razon del mas fuerte es siempre la mejor*; i ¿podiais luchar, vos, infimo Rei de la Arena, podiais luchar con esa alianza formidable de tres soberanias: la antipatia del público, la voluntad del Intendente i la poesia descriptiva de los *Programas-Herz*?—Entretanto, Herz es siempre el gran Pianista que el viejo i nuevo mundo han aplaudido.—Herz ha sido largo tiempo el soberano, el Dios del teclado. Litz, Thalberg, Chopin, Kouski, Prudent i toda la nueva i gloriosa falange de instrumentistas no han podido eclipsar el brillante pasado musical del autor de la *violeta*.

Apresurémonos a hablar del baile frances, la gran novedad del dia.—Segun las reglas de la Estética, deberiamos, ántes de relacionar la espléndida representacion del juéves, principiar nuestra análisis con una rápida disertacion sobre la coreografia francesa, que acaba de ser inaugurada en Chile con tanto brillo; mas para evitar el reproche que pudiera hacérsenos de parciales, preferimos apuntar el juicio que ha emitido sobre aquel arte el mas célebre critico español de nuestra época (Frai Gerundio.)

«Los argumentos de los bailes franceses son tan largos i tan complicados como los de una comedia, son dramas bailados; i aunque no se articula una sola palabra, tal es la expresion que saben dar al jesto i a la accion pantomimica, que el espectador se penetra de todas las situaciones, conoce todos los sentimientos, i se interesa en pro o en contra de los actores, odiosos o amables, desgraciados o crueles, virtuosos o impasibles. Dichos argumentos son tambien interesantes o por lo tierno, o por lo caprichoso. La *Tarántula*, el *Diablo amoroso*, *Giselle* ou *les Willis*, todos son fantásticos, bellos, de una ilusion indefinible.»

...¡La hora ha llegado!—Se estrechan, se codean, se pisotean en el patio.—En la galeria, una triple hilera de cabezas bronceadas se alza encima de los palcos esmaltados de rostros hermosos i de brillantes *toilettes*.—El telon se levanta.—Silencio!

¿Quién es esta cándida niña de semblante dulce i de delicadas formas?... Es Gise-

lle: es *Dimier*: mas, ¿por qué estais tan conmovida, linda tráfuga de la Opera nacional de Paris? No habeis, tantas veces, noblemente llevado el cetro de Carlota Grisi, la reina de las Bailarinas? No veis todas esas frentes benévolas, todas esas miradas inteligentes que os sonrien?... No temais. Sereis comprendida, sereis amada. No os preocupeis tanto por la inesperienza del tramoyista, ni por las hesitaciones de la orquesta: todo esto es secundario. Valor pues! Bailad i hacendos olvidar bien pronto música i tramoya.—Oís?—Qué aplausos!!!—¡Pero tambien, qué precision! Qué armonia en todos vuestros movimientos! Qué lijereza! qué gracia en todos vuestros pasos! bravo, bravísimo! Ya sois la hija mimada del público!

¡Pobre Giselle! ¿tienes que morir? ¡tan pronto!... Sí, mirad! detras de ese almáçigo de rosas, se alza una cruz adornada con una corona blanca. Hai un nombre inscrito en ella, i este nombre es el de Giselle?

¿Quién es esa fugaz aparicion que vaga por la floresta? ... La nube de gasa que la cubre se disipa, i la forma mas visible de un jenio alado, vése voltejear a las trémulas claridades de la luna. Es la Reina de las Willis, *Soldini*, esta idealizacion de la fuerza i de los contornos armoniosos. Ea, ¡flores i bravos a la Reina de las Willis! El bello plástico ha triunfado del bello ideal.—Pero, hé aqui de nuevo, a nuestra querida Giselle, que se exhala del sepulcro, mas poética, mas tierna, mas aérea que nunca.—Ya no es un jenio, no,—es una encantadora vision, una sombra alada, un suspiro de amor!...

Los espectros se evaporan, mas el público entusiasta, con sus aplausos, vuelve a dar vida a *Dimier*, a *Soldini* i a todo el vaporoso cortejo de la Reina de las Willis.

Monsieur Ponçot, el excelente mimico, el enérgico bailarín, ha tenido tambien su parte de aplausos.— El triunfo ha sido completo.

FERNANDEZ RODELLA.

¿QUÉ SERÁ?

Yo soi hija de los aires
Mi morada son las flores
Me dá el alba sus colores
Desparezco al ver el sol.
A los ojos del poeta
Soy yo perla transparente
Mas no hai bella que en su frente
No eche un velo al nacer yo.

ERA UNA ILUSION!

I.

Santiago! qué bello pais para amar! aqui donde la naturaleza se engalana con sus encantos mas bellos; aqui donde las flores guardan en sus cálices embalsamados aromas; aqui donde las brisas vuelan cargadas de perfumes i de armoniosos ruidos que encantan i embriagan el corazon: donde el sol, desde un cielo limpio i azul, como un cielo italiano, vibra sus encendidos rayos que abrasan i entusiasman!—Sin embargo, aqui donde la vara mágica de un encantador derramó tantos i tan singulares hechizos, aqui!... dá tristeza decirlo.... aqui no se ama!...

¡Las mujeres son bellas! i sus rasgados ojos negros anuncian tanta pasion! Esa hechicera sonrisa que dulcemente vaga por sus lábios dura tanto como su amor! Ellas no comprenden el amor! Se asustan de sí mismas i, aunque sedientas de esa *ilusion de un instante* que llaman *amor*, cuando por casualidad la alcanza huyen de ella i la desprecian!

Qué desgracia! Cuerpos tan bellos i tan poco corazon!... Pero es porque jamas han contemplado ese cielo ni ese sol que abrasa i enloquece; jamas han respirado esos perfumes que embriagan; jamas han sentido resbalar por su frente el purísimo aliento de las brisas!... En sus sombríos cuartos, dejan rodar insensibles las horas i adormecidas, en lánguida i continua pereza, su corazon al fin, se consume i se aletarga. ¡Aman i no saben amar! ¡Desean i no saben que desear!...

II.

Nacido en este pais, bajo el influjo ardiente de ese sol i mecido por sus brisas perfumadas, Arturo abrió su corazon al amor.— Joven i lleno de ilusiones buscaba una alma que se identificase con la suya!—Quién no ha soñado otro tanto! Quién a los 22 años no sintió latir su corazon de amor!

Carolina era hermosa! Jamas en frente mas pura habian brillado quince años! Su semblante cándido i sonrosado, como un arrebol de la tarde, sus grandes i apasionados ojos negros i su dorada cabellera que caia en perfumados rizados por su espalda, le daban el aspecto de un ángel. Pareciase a uno de esos ideales que Rafael ha inmortalizado en sus lienzos!—En todas partes Ca-

rolina era la reina de la hermosura, i en pureza e inocencia solo las flores podían competir con ella!

Arturo la vió i la 'amó!—Resonaron las cuerdas de su lira i cantóle su amor en dulces endechas!—Era su primer amor! Ambos inocentes i puros se comprendieron i se amaron.

Mútuos juramentos i promesas enlazaban sus dos almas nacidas para amarse!—Vivian en ese cielo que habian soñado tantas veces! i, en sus delirios creían su dicha eterna!...

Pasáronse algunos meses i ya Carolina no era la misma. Se fastidiaba de Arturo!—Arturo, mas amante que nunca, al ver tanta mudanza, ahogaba sus suspiros i, llorando en silencio, no se atrevía a descender el velo que ocultaba su vida o su muerte.—Ya los ojos de Carolina no se fijaban amantes en los suyos; ya aquellos ardientes besos eran de nieve!—i la que otro tiempo estaba siempre a su lado i jugaba con sus cabellos, ahora lo huía i lo abandonaba en su soledad!—Arturo temía i callaba!...

El mundo habia marchitado esa flor! El ángel se habia convertido en mujer, coqueta e insensible. El virjinal aroma de su inocencia se habia corrompido con las galanterías mentirosas de la sociedad.—Con suspiros i engañosas palabras, esos frívolos i estúpidos *elegantes*, habian ensalzado su hermosura i la *vanidad* la habia hecho *coqueta*. El amor huyó con su pureza i la *mentira* llegó con la *vanidad*.

Sin embargo, Arturo, a pesar de sus tormentos aun no desesperaba!—Necio! creía volver un cadáver a la vida!...

III.

Era una noche de baile.—Arturo buscaba en el aturdimiento, si no un alivio a sus penas, por lo ménos un instante de olvido.

La poesía i la esperanza le hacian soportable la vida. ¡Solo, i perdido entre la muchedumbre, iba buscando su ilusión, para encontrar tal vez, un eterno desengaño!

El baile empezaba.—El animado i voluptuoso *wals* tenia suspensos a todos los espectadores. Seis parejas, aéreas i graciosas recorrian el extenso salón, con tal entusiasmo i soltura que apenas tocaban con la planta el suelo.—Parecía que una flotante nube los envolvía i los hacia jirar al compás de la melodiosa música.

Arturo estaba allí.—Pero cuanto pasaba a su alrededor le era enteramente desconocido.—Apénas llegaba a sus oídos la música, como un eco desprendido del harpa celestial!...

De repente sacóle de su estupor una voz que adoraba i que sonaba para él mas grata i mas dulce que la música!

Era la voz de Carolina.—Pobre Arturo! Vete! Aquí mora el desencanto!...

Volvióse Arturo hácia donde estaba Carolina i se sintió desfallecer!...

Esa mujer, que tanto habia amado; esa mujer, por quien tanto habia sufrido, esa mujer, en medio de seis *galanes* ostentaba su desvergüenza i hacia alarde de su corrupción. ¡El ángel habia caído! Ya se habia agostado de su rostro el matiz purpúreo; sus mejillas pálidas i desencajadas indicaban el abuso de las pasiones sensuales; i sus ojos sin luz i hundidos en sus cuencas, las continuas veladas en lujuriosas orjías. Poca vida habia ya en ese cuerpo!

Arturo, al ver tan horrible espectáculo, cubrióse el rostro con las manos i, lanzando un suspiro de lo mas íntimo de su pecho, exclamó:

Es imposible.—Infeliz.—¡Era una ilusión!

Una gruesa lágrima surcó sus mejillas; dióle con los ojos el último *adios* a Carolina, i salió, para no volverla a ver mas!

IV.

Pocos dias despues en el Panteon, veíase a un hombre arrodillado sobre una tumba.—Su pálido rostro i sus cabellos desordenados indicaban que su tormento era inmenso!

Con un cincel en la mano esculpía un nombre sobre la losa.—¿Quién era ese infeliz? ¿Qué nombre esculpía en la lápida?... El de *Carolina*!—Era Arturo, el primero i el único amante que le habia sido fiel.

La infeliz Carolina habia sucumbido, estenuada por sus desarreglos!—La muerte solo habia venido a llevar un esqueleto!...

Arturo besó la losa que eternamente guardaba sus restos, i, con voz entrecortada por el llanto, exclamó:

Para siempre.—Adios.—

V.

Desde entónces Arturo, huye las pérdidas sirenas, que mienten pasión; ha jurado no volver a amar, e indiferente a cuanto le rodea, léjos del bullicio del mundo, solo la poesía es su única querida i su único consuelo!...

Ha arrojado un espeso velo sobre el pasado, deja rodar el presente i espera resignado el porvenir!....

Diciembre de 1850.

GUILLERMO MATTA.

TRINIDAD

o

LA MUJER DEL PESCADOR.

(HISTORIETA COPIAPINA.)

Como a una legua al oeste del puerto de Copiapó i a igual distancia de una i otra playa de las que forman la bahía, alza la cabeza en medio del mar una peña al parecer aislada; pero en realidad unida casi a flor de agua con un largo arrecife que se extiende hasta la costa firme. Esta roca sirve de lindo oportuno i es el extremo o cabo de este bajo peligroso. El barco que tuerce la proa al este en busca del fondeadero pasa seguro, en días serenos, tan cerca de ella que se ven los lobos marinos que duermen perezosos allí, i las aves del océano que tienen predilección por este nido solitario i seguro. De unas veinte varas de elevación será la peña, cortada casi verticalmente por todos sus costados ménos por el del sur donde se une con el arrecife. Cuando calla el viento juegan las olas mansamente en derredor suyo, mueren sin esfuerzo a sus pies; mas si arrecia el soplo, baten con furia sus costados desnudos, elevándose en columnas de espuma i hasta saltan sobre ella formando arcos de agua. Quiebra-Olla es el nombre de la roca, nombre significativo que el trascurso de largos años ha sancionado.

En una tarde de primavera del año de 1820 corría afanosa por la playa del puerto, donde se ven hoy casas de tan buen talante, la aduana i el muelle; i donde entónces no había sino una arena sutil, polvo de conchas antdiluvianas: corría aquella tarde, por esta playa, una mujer en cuyos ademanes i semblante se leía con facilidad un temor o una desgracia. Era jóven, de facciones finas i de expresión inteligente. El viento sur soplaba recio, i, al paso que desordenaba su rubio cabello, plegaba su pollera de bayeta azul, i hacía ondear un pañuelo o rebozo del mismo color. Aquella diseñaba hermosas formas i dejaba este entrever un cuello albo que los rayos del sol i aire del mar no habían tostado.

—«No llega todavía, ni llegará jamás, si Vds. no se resuelven a traerle. ¡Hazlo por tu mujer, tus hijas, hazlo por Dios! dijo la pobre sollozando.»

Antes de proseguir conviene dar a saber a quien se dirijía esta sencilla plegaria. No habiendo entónces ni aduana ni casas, faltaban por consecuencia precisa ministros, comerciantes i cargadores. Un guarda i dos marineros eran los únicos empleados públicos, i su oficina un bote, que algunas veces flotaba; pero las mas se veía ocioso, la quilla al sol, prestando sombra i abrigo a su tripulación. Los tres empleados i cuatro o cinco pescadores, que se cobijaban en las cavernas circunvecinas, formaban la totalidad de los habitantes.

A la sazón yacía debajo del bote el guarda D. Antonio: libre del viento dormitaba perezoso. De

los marineros, el uno recostado en la arena fumaba con indiferencia un cigarro de papel, i al otro se dirijía el ruego de la mujer.

—«Pero señora Trinidad ¿qué quiere V. que hagamos? el viento sopla fuerte, mire como revienta la ola. I soplará aun mas, agregó en baja voz, despues de echar una mirada al horizonte.

—Es decir, replicó ella tristemente, que mi marido se ahogará porque a Vds. les falta el valor que él ha mostrado tantas veces.

—Señora Trinidad, interpuso el compañero tirando el cabo del cigarro i despidiendo a un mismo tiempo humo i palabras. Diré a V. lo que pienso. Franco se ha desgraciado. Treinta horas con este viento i esta mar... no, imposible. Aunque fuera su balsa la mejor de toda la costa. Pero no hai que alijirse, a una viuda como Vd. no le faltarán un consuelo o un marido.»

Esta chanza inoportuna i grosera hizo correr con nueva fuerza las lágrimas de Trinidad Aguirre.

—«¡Virjen del Cármen! de estos hombres nada espero. Cuatro veces les he rogado i no me quieren oír.

—Pero señora...

—Déjenme, dijo interrumpiéndoles. ¡Marineros i tener miedo a un poco de agua salada! Fuera yo hombre algo haría pero mujer i con hijos... Los pobrecitos no verán mas a su padre, nunca mas.

No pudo proseguir, el llanto ahogó su voz. Sentóse en la arena húmeda, la cabeza apoyada en ambas manos i la nublada vista fija en el mar. El altercado despertó al guarda: bostezó dos veces, e interpuso en seguida un ¿qué hai?

Trinidad se apresuró a darle contestación.

—«Mientras V. duerme, señor, mi marido se ahoga.

—«Caspi! exclamó D. Antonio sacudiendo la pesada cobija i saliendo de prisa de debajo del bote, ¿cómo es esto?

—Señor, señor, dijo el mas indolente de los dos marineros al verle mirar azorado a todas partes, se le ha metido en la cabeza a la señora Trinidad—Otro sueño como el de anoche.

—No fue sueño, al ponerse el sol mis ojos lo vieron sobre Quiebra-Olla.

—Vamos, mujer, respondió el guarda. ni con el mejor anteojito del fragaton que cargó los cobres de D. Manuel Matta; i cuidado que habia tres abordo.

—Lo vi, señor, lo vi, replicó ella con voz quebrantada. Ande V. medio camino nada mas i se convencerá por sí mismo. Sobre Quiebra-Olla está. Hágalo V. por Dios; recuerde V., Sr. D. Antonio, que mi marido i yo le asistimos i curamos en su último ataque.»

Ha sido siempre motivo de asombro para nosotros la presteza suma, la celeridad magnética con que se eslabonan las ideas aun en el cerebro del ménos despierto. Pasma, en verdad, este vuelo de la memoria o de la imaginación que recorre rápida largos períodos del pasado o las dilatadas rejiones del porvenir. Un solo momento estuvo D. Antonio pensativo, i él le bastó para recordar las largas noches de desvelo i de dolor, los accesos de fiebre, los cuidados esmerosos de Franco i su mujer, i las privaciones de la convalescencia. No paró aquí, subió al origen de su mal, causado por una debilidad, una alición sobrado

comun entre los hombres de su ejercicio, i hecho este recuerdo, pidió de beber.

—«El frasco, Juan, fué la respuesta inesperada que logró Trinidad. Cabizbaja le dejó, acariciando la ancha i cuadrada vasija de cristal que apelidaba su dueño como dejamos dicho, i que con ambas manos levantó a la luz: le dejó i paso entre paso se encamina a una elevacion cercana. —Sentada allí enjugaba de cuando en cuando una lágrima con su burdo pañuelo, i, aunque el viento silbaba en derredor suyo i reventaban las olas a sus pies, no sentia el soplo frío, ni veia bullir la espuma; porque engolfaba su ser todo entero un pensamiento fijo i penoso.

(Continuará).

C. B.

M. PASSE-PARTOUT.



Est mort dernièrement à Paris un singulier personnage. C'était un Italien réfugié, galant malgré son âge, pique-assiette comme un Romain, spirituel comme un Florentin, amateur

du macaroni comme un Napolitain. Ce Monsieur qu'on avait surnommé *Passe-Partout*, avait trouvé moyen de se faire présenter dans tous les salons grands et petits... surtout dans ceux où l'on soupe.

M. *Passe-Partout* entra également à tous les spectacles... sans payer, bien entendu. Grâce à la façon dont il se hérissait les cheveux d'un coup de main, dont il se tournait le nez à volonté, avec un sourire on le prenait successivement pour M. Paul Foucher ou M. Lucas; et comme ces honorables écrivains ont leurs entrées partout, notre Italien passait pour eux. Si bien qu'un jour M. Lucas s'étant présenté, nous ne savons plus à quel contrôle, on l'arrêta net en lui disant: — «Mille pardons, Monsieur Lucas, nous ne pouvons vous laisser passer. — Et pourquoi, s'il vous plaît, reprit l'auteur de *l'Etoile de Séville*? — Parce que vous êtes déjà entré. — Bon, s'écrie M. Lucas, je tiens mon Sosie.» Et s'étant fait reconnaître, il pénétra dans la salle; mais psst... *Passe-Partout* avait changé son nez de place, pris un autre sourire de contrefaçon, et dans ce

moment il était peut-être vous ou moi. — M. Lucas n'y vit que du feu.

On cite de M. *Passe-Partout* une foule de mots et d'aventures.

Un soir, il se présente à l'Opéra, tenant un ami sous le bras, et il dit au contrôleur d'un air de connaissance et de protection: — «Monsieur est avec moi.» Le contrôleur, ébouriffé, salue; puis, se ravisant, il crie: «Et vous? — Moi, réplique l'Italien, je suis avec Monsieur.» Et il passe.

Une autre fois, il suivait Frédéric-Lemaître qui entrait au théâtre de la Porte-Saint-Martin, et qui en entrant dit au contrôle: «Frédéric-Lemaître. — Et moi aussi, répète l'Italien.» Et il passe.

Une autre fois, pour entrer au Vaudeville, il crie gravement au contrôleur: — «Feu Désaugiers!» Et il passe.

Enfin, si on lui disait en courant après lui: — «Monsieur, on ne passe pas. — Vous voyez bien que si,» reprenait-il déjà bien loin. Et il passait outre.

Cependant ces bons tours là commençaient à passer... de mode, et la police inquiétait ce pauvre *Passe-Partout*. Il est mort à temps: mais, afin de continuer son rôle jusqu'au bout, il a refusé, à ses derniers moments, de recevoir M. le curé des Petits-Pères, qu'un de ses amis lui avait adressé, en disant qu'il voulait mourir païen.

— Pourquoi cela, Monsieur, lui répliqua son domestique?

— A fin de passer l'Achéron, répondit-il.

CE QUE J'AIME EN VOUS.

J'aime de vos regards l'ineffable tendresse,
Qui nage dans l'azur, sous l'éclair du bonheur;
J'aime ce sein qui veut frémir sous la caresse,
Blanche voile gonflée à la brise du cœur.

J'aime de votre col la charmante mollesse;
J'aime de votre front la pudique noblesse
Et le doux abandon qui préside à vos pas...
J'aime ce pied mignon, — j'aime cette main blanche
Et ce corps gracieux comme un lys qui se penche;
J'aime... tout, en vous... mais... je ne vous aime pas.

F. R.

Director F. FERNANDEZ RODELLA.

IMPRENTA CHILENA.

EL CHALET [1].

ÓPERA CÓMICA EN UN ACTO, — PALABRAS DE
SCRIBE I MELESVILLE — MÚSICA DE
ADAM.

INTERLOCUTORES.

DANIEL, aldeano jóven. Mr. EMOND.
BETTLY, hermana de. SRITA ANITA.
MAX, soldado suizo. Mr. DESVEAUX.
Coro de soldados, paisanos i aldeanas.

La escena pasa en Suiza, en el Canton de Apenzel.—El teatro representa el interior de una quesería.—Dos puertas laterales; una al fondo que se abre sobre el campo i permite ver en lontananza las montañas de Apenzel.

—Aparece el coro de paisanos de ámbos sexos en marcha hácia la ciudad i cantando una letrilla campestre. Las niñas echan de n.évos a Bettly i los jóvenes buscan en vano a Daniel para divertirse a su costa, pero notando que el sol se levanta, emprenden de nuevo su marcha al son de la cancióneta.

—Las jóvenes divisan entónces a Daniel bajando del monte i los paisanos rien entre sí del aire satisfecho de aquel, por haber recibido un billete falso a nombre de Bettly. Daniel entre tanto manifiesta el placer mas vivo, creyéndose correspondido de su amada, i convida a sus amigos para bodas que se celebrarán en la misma noche. La parte masculina del coro se mofa de él i la femenina lo compadece. Parten todos quedando de asistir a la noche.

—Daniel lee la supuesta carta: *Sr. Daniel, yo os amo i esta noche seré vuestra esposa; se admira de que la jóven le conceda su mano cuando siempre le ha desdeñado, pero lo atribuye a capricho o reflexion de conveniencia.*

—Bettly se presenta i sorprendida inquiere a Daniel la causa de hallarse en aquel sitio; este le devuelve la pregunta, responde ella que ha ido en busca de una carta que supone de su hermano. Recae la conversacion sobre Mr. Max quince años hacia separado de su hermana, quien habia prometido a Bettly asistir a sus bodas. Daniel interrumpe de mui buena fé: *yo no me tomaré el trabajo de esperar su regreso para celebrar nuestro casamiento.*—*¡Nuestro casamiento!* replica Bettly sorprendida. El jóven contesta manifestándole la carta que ha recibido de su mano. Bettly se admira, Daniel se descon-

cierta, i concluye aquella protestando la firma puesta que no sabe leer ni escribir. En medio de su desesperacion, el infeliz amante conoce la burla; piensa luego en arrojarse al lago, representa a la ingrata todos los sacrificios que ha hecho por ella i los preparativos que iban a frustrarse. El desgraciado se cree perdido, deshonrado para siempre.—La niña se conmueve.—Daniel le propone el partido de volverles la chanza, casándose de veras.—Bettly rehusa exponiendo que ama sobre todo la libertad.—Aquel emplea entónces otras razones para hacerla cejar de su propósito, que esta refuta victoriosamente. Por fin Bettly le pide que le lea la carta de su hermano: Max, espera un cuñado para venir a abrazar a su hermana, i siente no encontrar a su llegada un enjambre de sobrinitos: en resumen le aconseja que se case con Daniel.—Bettly se encoleriza. El jóven confiesa su pecado de haber solicitado la intervencion de Max, por cuyo motivo la niña le ordena decididamente no poner mas los pies en su casa. Ella se marcha.

—Daniel se queda solo, pensando en tirarse al lago o desbarrancarse del monte, cuando oye una marcha militar i divisa tropas. Grita a los soldados i les señala el camino, introduciéndolos en la habitacion. Entra Max con su compañía.

—Max arenga a sus soldados i los manda descansar.

—Entablan conversacion Max i Daniel, en que este dice su nombre al sarjento quien se alegra del hallazgo.—Daniel le declara la intencion de enrolarse en la tropa a causa de su amor desgraciado. Max, sin descubrir su nombre deja contar al jóven sus cuitas i le manda presentarse al día siguiente para ver a Bettly. Sale Daniel con alguna esperanza.

—Max piensa ir a abrazar a su hermana. Pero se le ocurre una idea. Ordena a sus soldados entregar todo el pillaje bajo su responsabilidad. Los soldados se apresuran a ejecutar la órden.

—Betly se presenta en medio del estrago de la despensa; trata de contenerlos; ellos piden de comer i continúan el pillaje; ella corre tras ellos i ellos se burlan de ella. El sarjento, siempre desconocido, manifiesta intenciones mas invasoras, Bettly protesta quejarse a los majistrados. La burla prosigue i los soldados se marchan a comer, manifestando la resolusion de pasar la noche en casa de la jóven.

—Bettly queda sola, pensando a donde huir; ¿A casa de Daniel?—El vecino no es casado; i por otra parte teme que los sol-

(1) Chalet se llama una casa de aldeano situada en los montes de la Suiza.

dados prendan fuego a la qutería al retirarse.

—Daniel entra en este instante, en busca del sarjento i dice a Bettly sus intenciones de hacerse soldado. Recorre sus papeles i le presenta uno; es el testamento.—Trata de alejarse, pero la niña lo retiene; la esperanza vuelve al corazón del amante i se retira prometiéndole acudir a la primer necesidad que tenga de él. Bettly siente ruido i llama a Daniel; este acude i consiente en acompañarla toda la noche desde una poltrona. Daniel se queda dormido.

—Sale Max de la pieza contigua, afectando embriaguez i se dirige a Bettly que huye asustada. Pide a esta un beso con perdon de su marido (señalando a Daniel dormido). Bettly protesta no ser casada. El soldado arguye esto mismo en su favor i se obstina en conseguir su solicitud.—La muchacha dá gritos i despierta Daniel, quien traba con Max una acalorada disputa, i no teniendo aquel derecho que hacer valer para constituirse en defensor de la niña, resiste sin embargo a salir de la pieza, a pesar del mandato del sarjento.—Max afirma que Daniel es amante favorecido de Bettly i que por tanto no saldrá sin arreglarse con él. Bettly se retira.

—El soldado pide a Daniel le ceda su querida o se bata con él. Daniel elije el segundo partido, i a pesar de su miedo consiente en batirse sin testigos dentro de media hora. Max sale a esperarlo.

—Entra Bettly.—Daniel le asegura de hallarse ya fuera de peligro, i le anuncia que va a partir. La niña trata de retenerlo. El jóven insiste. Ella llora.—Daniel pide un beso por despedida i su amada lo concede por hacerle olvidar la hora del combate.

—Max entra de súbito i los sorprende. Recuerda a Daniel su compromiso con ironía. Daniel sale pesaroso.

—Bettly corre hácia Max i le suplica no mate a Daniel, *tan buen muchacho, i cuyos dias son tan preciosos.*

—El soldado responde que no teniendo familia, a nadie hace falta—*pero si tuviese una mujer, eso es otra cosa... un hombre casado hace falta a su mujer i a todos los suyos.*

—*Si no es mas que eso,* replica Bettly, *os juro que Daniel es casado.*

—A este tiempo vuelve Daniel preparado al combate, pero Max le tiende una mano de olvido, puesto que es hombre casado. El arrendatario se admira i no comprende. Max insiste en saber el nombre de su mujer i Bettly declara el suyo, añadiendo al oído de Daniel que solo es por salvarlo i no de veras. El gozo del jóven se cambia en tristeza. Max les ordena tratarse de tú i darse un abrazo; luego quiere ver el contrato de matrimonio; Bettly lo presenta firmado de su mano, pero añade al oído de Daniel; *no es mas que un ardid, puesto que falta la firma de mi hermano, de quien dependo...* Entretanto se acerca el sarjento a una mesa i firma. Pasa la escritura a Daniel que en medio de su sorpresa reconoce a su cuñado. Ambos esposos se abrazan con el soldado i mutuamente se perdonan sus ardidés.

—En este momento llegan los paisanos i aldeanas, seguidos de los soldados de Max; quedan todos sorprendidos de este cambio de papeles que Daniel explica en estos términos:

De moi vous vouliez rire.

Et je me ris de vous.

(Traducido i extractado para la SH.FIDE.)

LITERATURA.

COSTUMBRES.

NOVELAS.

POESIA.

EFEMERIDES.

BELLAS ARTES.

PINTURA.

MUSICA.

TEATRO.

MODAS.



LA SILFIDE.

REVISTA ARTISTICA.

PALINGENESIA MUSICAL.—L'OPERA BUFFA, L'OPERA COMIQUE.—PRIMERA REPRESENTACION DEL CHALLET.—MR. EMON.—M^{lle} ANITA.—MR. DESVEAUX.—M^{lle} DIMIER.—LOS PUÑOS DE MR. PONÇOT.



ossini, Bellini! Verdi—
Jenios soberanos de la
harmonia, volveos a las
esferas celestes!—Bastante tiempo habeis
recojido nuestras adoraciones.—Lo sublime es como el rei de los astros, fatiga, cie-

ga, cuando se le contempla demasiado—l
ademas todo cambia, todo se agota, todo se
olvida en este mundo.—Os olvidamos ahora
grandes maestros, porque nacemos ingratos;
os llamaremos de nuevo talvez, porque
somos inconstantes. Nuestros corazones,

nuestras inteligencias están cansados de
vibrar ¡con tanta fuerza. Necesitamos
sensaciones mas suaves, mas intimas. Queremos
rendir adoraciones a un jenio mas amable,
mas risueño, mas adecuado a nuestros
sentimientos i gustos,—al jenio de la
música francesa.—

—Qué decis?—Acaso existe una música
francesa?—A no ser que llameis música esas
boberias sentimentales ribeteadas de melodia,
que se cantan en los salones con guñadas
de ojos.—*Rendez moi mon léger bâteau!*—
Petite fleur des bois!—

La Romance? ¡qué lesura!

Sin embargo, si quisiérais tomaros el trabajo
de estudiar el movimiento artistico de la
Europa, fácil os seria convenceros de que desde
quince o veinte años a esta parte, la música
francesa ha hecho en los dominios del arte
conquistas que le ha valido la admiracion de
todos los pueblos civilizados. La Inglaterra, la
Alemania, la España i aun la Italia misma,
han dado, desde largo tiempo el bautismo de
gloria a los creadores del lirismo frances.
Los nombres de Aubert, de Herold, de Halévy,
de Adam, de Boeldieu, han sido saludados
con entusiasmo en los primeros prospe-
nicios del mundo. A la Italia pertenece el
pasado; pero el porvenir es de la Alemania
i de la Francia, que tienen ya una parte tan
hermosa en el presente.

Como seria inoportuno hablar aquí de la
música seria de los alemanes i de los fran-

ceses, nos limitaremos a calificar el género que la Compañía lírica de Mr. Emon nos ha revelado esta semana.

Dase en Francia el nombre de Ópera cómica, a las obras escénicas en que alterna el canto con el diálogo hablado. Tales composiciones no tienen la menor analogía con la ópera bufa de los Italianos, que al revés de los franceses, no dan importancia alguna a las palabras del libreto. Desde la aparición de la Dama Blanca, de Boeldieu, ha adquirido la ópera cómica, un carácter de distinción i de buen gusto, que en vano se buscaría en la *ópera buffa*, en que el rol que debería ser de un gracioso noble, dejenera casi siempre en chocarrero. Lo que caracteriza a la ópera cómica son melodías ligeras, fáciles, una instrumentación animada, brillante i sobretodo, un fondo inagotable de alegría que nunca desciende hasta la trivialidad.

Al establecer distinciones entre el estilo francés i el italiano, no hemos pensado en dar la palma al primero; no, nuestra conciencia no sabría transijir con las predilecciones de nuestro gusto. Aunque no trepidásemos en proclamar al *Chalet*, apesar de la exigüidad de su cuadro, como una obra maestra de orijinalidad i de gracia, siempre nos inclinaremos con respeto ante el *Barbero de Sevilla* esta ópera bufa tan rica de melodía, de espíritu i de ciencia.

El Domingo, los honores de la función han sido para el *Chalet*. Arias, coros, duos, todo ha sido aplaudido con entusiasmo. El señor Emon, en el rol de Daniel, encantó a su auditorio, por la dulzura de su voz, la pureza de su método, i la perfección de su mímica.—La jóven cantatriz ha recibido tambien del público una brillante acojida. La señorita Anita, discípula de la célebre Dama moreau Cinti es una rubia i fresca niña de 17 años, llena de distinción i de gracia, que canta i representa como si hubiese cantado i representado durante 10 años; es una flor de vida, es un arbolillo lleno de savia que nos brinda ya los mas sabrosos frutos. M. Desveaux, en el rol de Max, nos ha sorprendido por la extensión, belleza i fuerza de su voz.

Esa misma noche la Sta. Dimier hizo rica cosecha de aplausos i de flores, Pero, — ¡oh pero despiadado!—Nosotros que quisiéramos siempre tributar elojios, solo elojios a los artistas, sentimos que se escapan de nuestra pluma,—a propósito de la Sta. Dimier—ciertas advertencias a M. Ponçot.

Hemos sido los primeros en admirar la energía i elasticidad de los trenzados del primer bailarín, pero deseáramos que con-

tuviese esa exuberancia de fuerza en sus diálogos mimicos con la Sta. Dimier. Giselle, segun la leyenda alemana, es una criatura delicada, etérea, i nos parece que el Duque Alberto palpa demasiado ese ser impalpable. Estregando con demasiada rudeza las alas i la gasa que se ajitan al rededor de ese puro espíritu de la fantasía de Gauthier, el señor Ponçot entrega i destruye nuestra ilusión.

El arte de la coreografía no tiene nada de comun con la gimnástica.

Los puños del señor Ponçot no son raquetas, i la señorita Dimier no es un volante.

Ademas nuestros púdicos rigoristas se alarman, de esos vuelos—insignificantes despues de todo para un público que en vez de fijar exclusivamente su atención en las piernas de las bailarinas, solo debiera dar importancia a la gracia, la expresión i agilidad de sus danzas.

FERNANDEZ RODELLA.

EL DIA DOMINGO.

Como de primavera
Las gotas puras que en el campo brillan,
Brillaron en la esfera
Al santo fiat de tu voz los mundos,
Mi Dios que maravillan.
Mares inquietos, pérfidos, profundos,
Con peces variados,
Con rojizo coral, con perlas albas,
Diste por linda al globo.—Coronados
Fueron los montes en sus frentes calvas
Por tu dedo, Señor, con fuego vivo;
La llama del volcan con nubes bellas;
I el leve ambiente que en azul se baña
Con guirnaldas de estrellas.

En los piños, senor, de la montaña
El blando nido del pinchon colgaste,
I a los cachorros de la tigre uraña
En los robustos troncos abrigaste.

Entre las flores del Eden perdido,
Pusiste al hombre tu postrera hechura,
I en maliciosos pliegues escondido
Al primer seductor de la hermosa.

I viendo que era bueno
Cuanto tu mente creó, sublime gozo
Iluminó tu faz, cundió en tu seno:
Entonces descansando,
En medio al universo que nacía,
Consagraste al reposo
Las horas de este día.

G. z.

LA CACHUCHA.

Lo creeríais! esta quijotesca ciudad de tan perverso humor, tan soñolienta, tan posmarrona se encuentra ahora en una de esas crisis capaces de hacer dudar de todas las invenciones científicas con que los sábios investigadores de los fenómenos sociales se complacen en regalarnos día tras día. Si algún extraño se presentase en este momento entre nosotros i observase la alegría en todos los semblantes, i como los muchachos se rien, i proyectan i se afanan, i como los viejos llevan cierta soltura de niño travieso, i las preciosas niñas un airecillo de deliciosa ansiedad, creería que nuestra vida normal es la sucesion de las emociones mas agradables, i acaso nos envidiaría como a un pueblo lleno de poesia i de placeres, i se engañaría mui lindamente.

Es verdad, Santiago está en revolucion, fuera de sí, loco. Su manera de ser actual es completamente escepcional, es el efecto instantáneo de un bello accidente. Es que tenemos entre nosotros una señorita Dimier con las gracias de la mujer que inspira los arrebatos del poeta i despedaza la razon de hielo; i que en sus velos de hada i en las actitudes voluptuosas de su baile fantástico juega con el corazon de los imprudentes que la ven, como los magos de otro tiempo jugaban con los destinos del mundo oriental.

En la última funcion de la compañía francesa nos hemos persuadido de todo el poder del jenio artistico de esta encantadora criatura i hemos comprendido perfectamente la maravillosa animacion de nuestra mohina sociedad. La cachucha, este baile de nuestra raza, tan popular, tan elocuente para nuestros hábitos semi-españoles i nuestras costumbres sencillas i francas, fué ejecutado por la señorita Dimier, no solo con toda la perfeccion del estilo peculiar, sino a mas con esa delicadeza, esa suavidad, esa finura de la escuela francesa, que va tan bien en la figura vaporosa, aérea de la hábil artista. Las ondulaciones arrebatadoras de la cachucha aprisionadas entre los jiros transparentes i espirituales propios de la escuela de la señorita Dimier, produjeron todo su efecto. El público transportado prorrumpió en una explosion atronadora de aplausos i llovieron las coronas i los rami-

lletes de perfumadas flores a los pies de la deidad.

La señorita Soldani, estrella brillante i adorable, ha electrizado merecidamente en su gran paso de la estrella con un talento inponderable.

La segunda exhibicion del Chalet ha sido tan lucida como la primera i la señorita Anita los señores Emont i Desveaux han hecho profundas impresiones con el agradable acento de su canto.

Apesar de tan halagüeño preámbulo ¿cuánto tiempo durará el milagro que ha obrado en esta sociedad la estimable compañía francesa? Yo no me atrevo a contestar.

MARFORIO.

EL FUEGO I LA MARIPOSA.

FUEGO.

Delicada mariposa,
No llegues a mí tus alas,
Porque perderás tus galas
I tu existencia preciosa.

Aléjate,—que a mi lado
Placer ninguno se alcanza;
Aléjate,—la esperanza
Para mí nunca ha brillado:

Que yo mismo consumiendo
Mi existencia día a día,
En una lenta agonía
Voi tras mis horas corriendo.

MARIPOSA.

Tú sabes lo que es la vida
Cuando con pasión se ama,
Sabes también que en tu llama
Mi felicidad se amada;

Tú sabes cuanto te adoro,
Cuanto desprecio mi suerte...
Si en amarte hallo la muerte,..
En la muerte hallo un tesoro.

FUEGO.

Pero si amas con delirio,
Amame así desde lejos,—
Ama mis tristes reflejos
I no busques tu martirio.

Brillen tus suaves colores
Con mi llama trasparente...
No hagas de mi seno ardiente
La tumba de tus amores.

MARIPOSA.

Oh!—yo no siento morir,
Ni perder todas mis galas
Si al fin, quemando mis alas
Hallo un bello porvenir.

Yo sé que mi triste aliento
Con un beso se evapora,
Pero bésame tú ahora
I despues venga el tormento...

FUEGO.

Mariposa sin piedad,
Cúmplase, pues, tu destino,
Pero arrastra en tu camino
Mi eterna fatalidad.

Si la vida está en la muerte
I el placer en los dolores,
Llévate, pues, mis amores...
Sigamos la misma suerte.

Si ambos la dicha buscamos
I hallamos solo veneno,
Ven,—estréchate a mi seno
I juntos los dos muramos.

V. MAGALLANES.

LA SILFIDE I YO.

Pláceme charlar, linda moradora de los aires, con las almas del mundo alto; replega un instante tus alas tornasoles i permíteme sentarme a tus pies. Charlaremos de todo i a solas. Eh! qué importa, tu papá es europeo i por consiguiente mas tolerante que nuestras buenas *mamitas*. Por otra parte, las preocupaciones i costumbres antídiluvianas van pasando de moda en Santiago. No lo crees así?

—Talvez... pero....

—Vamos, mueve ese lindo pico sin temor que no se trata de política para ocultar la verdad.—Cuéntame tu recepcion en el mundo social.

—Pues bien, escucha curioso i pese a tu locura si me haces decir de tu sexo, lo que el mio siente i calla.—Lo primero que he visto ha sido el teatro. El teatro es el espejo de las costumbres de los pueblos. El de Santiago acababa de despertar al ruido del piano de Herz i de la danza de la Dimier, despues de un penoso letargo. Las niñas me acogieron risueñas i cariñosas en sus guantecitos de cabritilla perfumados. *Qué mona! qué viva i elegante!* exclamaban. *Conoce usted*

a las bailarinas?—Ola! tambien ha visitado el Perú? Veamos como nos fisiolojiza usted, pica-rona; bravo! lindos versos de presentacion! Ultimas modas! si es un dije el anjelito! Tam-bien parla usted frances? Voas serez donc no-tre amie. Las niñas de Santiago me aturdie-ron a preguntas, i a mas de una dije el nombre i pensamientos de su querido. Tienen tanta imaginacion i tanto espiritu que pron-to ofuscan la intelijencia de los hombres; i he aquí porque me han adoptado por confi-dente suya.

—Apostara, hermosa mia, que los hom-bres han picado tu amor propio pues que los tratas tan mal.

—Es verdad. Desearia que los santiaguinos tuvieran una sola aspiracion amorosa para hallársela de un golpe con mi pié. Es-cucha: el amor no se hizo en Santiago sino para la mujer, la poesia, las bellas-artes tie-nen un nido en su corazon, i cuanto Dios puso de bueno sobre la tierra se ha refujia-do en ese santuario de la belleza. Los hom-bres, ah! los hombres asesinan a la humani-dad femenina. El juicio, la reflexion, el excepticismo predominan en esas almas in-dolentes i apáticas que no se curan de los encantos que las rodean.—No piensan mas que en politica, finanzas i otras materias de que entienden tanto como yo. *Cuál es su candidato? cuál es su partido de V?*

—Mi candidato es el placer i mi partido el de las niñas.

—Bravo! hermosa habitadora de los aires! Eres el eco de la juventud femenina. Bien! hostiliza a esos indolentes holgazanes de las tertulias, de los teatros, de los paseos. El bello sexo se pondrá de tu parte, i dia lle-gará en que ellos abjurando sus pecados te tiendan una mano de amigos decididos. ¡Gue-rra eterna al sexo indiferente!

—Los jóvenes sienten i hablan, como tú pero en particular; guárdanse bien de emi-tir estas ideas al oido de una mujer, pues en el campo de los hechos perecen tales teo-rias.—He paseado en el puente, en la alame-da, bellissimo terreno para la elaboracion de los amores, pero donde no campea un solo pensamiento de poesia, de inspiracion, a pe-sar de esos paisajes encantadores, de esas brisas refrescantes, de esas Giselles vaporo-sas i espirituales. Oh! esas malditas cordille-ras, absorven toda la electricidad destinada a los cerebros i arterias varoniles.—Si Dios me hubiera concedido la suerte de las Wil-lis, habitales tomado por la cintura i hécho-les bailar, moverse, electrizarse, delirar i morir de amor, ahogándolos en seguida en las olas del Mapocho.—He sido presentada en las tertulias; qué de picante curiosidad des-

pertaban mis cuentecillos! cuántos literatos presuntos i versistas poeticidas, miraban hechas sus susceptibilidades en esa maldita nomenclatura de *talentos atenienses!* He despertado el estímulo, i hecho rabiar i reir. Esta es mi mision. Les he parecido una enemiga peligrosa.—Pero veo que nuestra charla se estiende demasiado, faltando a las condiciones de laconismo que me he impuesto. Adios que mis bellas me aguardan en sus palcos.

—Adios, picante charladora: guárdate de la venganza de los hombres!

—Librense de la revolucion que voi a promover contra ellos entre mis protectoras!

PASQUINO.

¿QUÉ SERÁ?

Es, bellas, mi primera
la que señala el símbolo,
que el Dios de los amores
un día es dulce i pérfido
vase, i deja dolores
en el pecho que hirió.

Con mi segunda nombras
el sexo hermoso i débil
que habita los jardines
de la rejion Asiática;
que en juegos i festines
al Pérsico venció.

Es un lugar mi todo,
donde las tardes férvidas
mil i mil hermosuras,
mas que los cielos, nitidas
mas que las auras, puras,
ostentan su beldad.

La palabra de la última enigma es ROCIO.

MODAS.

Paris 14 de octubre.

LA CERRITO I LA CAPITA A LA NEPAUL.

Se sigue haciendo mucha bulla en Paris con la munificencia del embajador del Nepal, i es verdaderamente la noticia política mas importante, porque la Asamblea legislativa está siempre en vacaciones. Así la moda, para reconocer la jenerosidad del principe indio con la *Cerrito*, acaba de crear una capita a la *Nepaul*. Antes de describir esta pieza destinada para salir del baile o del teatro, hablemos de las pulseras que el galante embajador ha regalado a la reina de

la ópera: son unos aros de plata, anchos, gruesos i lisos, cuyo interior esmaltado de azul forma una especie de arabesco bizantino. La sencillez de la superficie está realzada por una cantidad de piedras finas de toda especie i valor; así, al lado de una ágata se ve un hermosísimo diamante, entre dos turquesas pulidas en pedacitos i una amatista comun se nota un rubí de mucho precio, i al lado de perlas muertas i verdaderas piedras finas se ostentan unos soberbios zafiros. En una palabra, es el mas espléndido i orijinal conjunto de piedras finas que imaginarse puede; esto no es cosa del arte, tal como lo comprendemos en Francia, i ciertamente que hai una grande diferencia entre los broches de piedras finas i el engaste de los diamantes i los rubies, que adornan las lindas muestras de *A. Raby*, pero no se puede negar a las pulseras indias una elegancia indefinible i un sello excepcional.

De consiguiente, no se nos diga que ya no hai principes!

Peró veamos si esa capita *Nepaul* merece bien el nombre que la moda le ha dado. ¿Es tan esplendente i tan rica como su dueño?... Si, ciertamente; es *Nepaul* de pura raza. Es de cachemira blanca, forrada de raso morado, con un fleco de 40 centímetros alrededor i cayendo sobre el fondo blanco. El fleco se compone de sedas de varios colores subidos, mezclados con hilos de oro i plata. Encima de ese fleco ondulan galones de oro i púrpura. Las mangas, de cachemira blanca abiertas a lo oriental, estan adornadas con flecos i galones, i tienen dos bellotas de oro i púrpura. El capuchon, de forma de albornoz por detras, cae en forma de pañoleta por delante, i está recubierto de tres filas de flecos de diez centímetros, separados por galones de oro i púrpura. De la punta del capuchon i de los delanteros del fichu pende una bellota de oro i púrpura.

¿No es hechicero? i representaos con esa capa a la *Nepaul* una linda parisiense en vestido de crespon blanco con triple falda, rizada cada una con cinco espirales de tul, alrededor de las cuales serpentea un flequillo musgo. Luego recoje del lado derecho cada falda, con peonias purpúreas mezcladas con flores de pavo, i conchitas de Italia; colocad sobre unos cabellos negros i lustrosos una corona de esas mismas flores abiertas entre los agraciados dedos de madama *Garcin Brunet*, i tendreis una vision adorable, i el mas delicioso traje de baile que una coqueta puede desear.

LE PANIER FLEURI.

ÓPERA CÓMICA EN UN ACTO.

MUSICA DE A. THOMAS.

BEAUSOLEIL, husar.	M. F.	EMON.
ROBICHON		GUILLET.
ROLAND, propietario		DESVEAUX.
FRANCOIS, mozo de taberna.		HUMBER.
ANGÉLIQUE, mujer de Beausoleil.	M. me	EMON.

—Un grupo de militares, mercaderes, señores etc.; unos beben cerca de las mesas,

otros juegan a la baraja, Francisco va i viene sirviendo a todo el mundo. Cantan en coro en honor de la ama de casa.—Anjélica aparece, la rodean i cada uno le declara su amor; ella los rechaza manifestando las cualidades que debe tener su preferido. Se oye sonar los ocho.

—Entra una ronda de jendarmes precedida de un sarjento, quien manda despejar la sala i cerrar el figon. Todos escuchan la órden con disgusto, pero la ronda insiste; los señores i los militares, tiran de sus espadas, los mercaderes cojen taburetes i se preparan a resistir. Tumulto jeneral.

—Al ruido entra Robichon, empleado del cabildo. Anjélica i los asistentes le piden su intervencion; pero aquel les aconseja obedecer a la órden. La jóven interpone sus ruegos, i Robichon le promete en voz baja conseguir un *avenimiento* con la policía si acepta sus pretensiones. Anjélica accede i Robichon sale, pidiendo en voz alta respeto a la lei; hace un signo de inteligencia a la jóven, i manda a los concurrentes i a la ronda retirarse.

—Francisco pregunta a Anjélica si cerrará la taberna i esta responde que hasta las diez. El muchacho manifiesta temor de infringir la lei, Anjélica sale.

—Entra Beausoleil mirando la tabla del *Panier Fleuri*; inquiere de Francisco noticias de la viuda Anjélica de Beausoleil, i éste le refiere, sin conocer a su interlocutor, la historia de la jóven i el carácter de su marido, muerto en la campaña del mariscal Saxe. El difunto no fué llorado mucho tiempo, porque su falta era mas ventajosa que su presencia.—El húsar manda a Francisco decir a su ama que traiga un vaso de vino

—El húsar queda solo i reflexiona sobre su estado de difunto. Entra Anjélica con un vaso i una botella en la mano.

—La jóven reconoce a su marido i va a abrazarlo; pero éste la rechaza, i le pregunta la razon de haber puesto en la tabla—*viuda de Beausoleil*; la jóven contesta que el titulo de viuda es una recomendacion de mas para sus parroquianos. Beausoleil se deja convencer; pero se presenta otra dificultad, el soldado quiere vivir al lado de su mujer. Anjélica rehusa haciéndole presente que su mal jéniu desterraría a los parroquianos. Aquel insiste i esta finje capitular bajo la condicion de que si cualquiera de sus parroquianos la enamora, el marido presenciará i permitirá todo sin manifestar celos. En este instante atraviesa la calle Mr. Roland, la jóven lo llama i viene a Beausoleil que es uno de sus adora-

dores mas tenaces. Beausoleil le promete dejarlo que la enamore.

—Roland trae un ramo de flores que presenta a Anjélica con palabras llenas de galanteria; la jóven lo acepta con coqueteria. Beausoleil arde de impaciencia. Anjélica hace maliciosamente subir de punto la galanteria de Roland que la abraza. El soldado dá un golpe estruendoso sobre la mesa. Anjélica pide a su amante que hable mas bajo, este lo hace, picando cada vez mas la paciencia del húsar. Roland sale por fin despues de prometer a Anjélica traerle, como propietario que es de su habitacion, una contrata ventajosa, en cambio de la cena con que le esperará.

—Anjélica responde a Beausoleil por la conducta que ha usado despues de su promesa, manifestándole el peligro en que la ha puesto de perder las ventajas del propietario de la taberna. Beausoleil se disculpa i declara su firme intencion de quedarse pidiendo al efecto a Anjélica cincuenta luis para pagar un personero en el ejército durante su ausencia. Anjélica se escapa dando al diablo la determinacion de su marido.

—Beausoleil queda solo, i piensa en su desgraciada suerte.

—Entra Robichon, en busca de la viuda. Beausoleil los asecha.

—Roland se introduce con el mismo objeto, sin ver a los dos personajes anteriores. Roland i Robichon se aperciben i despues de un corto diálogo se manifiestan supuestos motivos de su encuentro allí i se despiden.

—Beausoleil queda solo; un instante despues vé entrar de nuevo a Roland i sucesivamente a Robichon. El soldado se oculta. Ambos rivales se encuentran otra vez i no valiendo supuestos motivos declaran el verdadero que los trae, Beausoleil se presenta i es nombrado juez por los contendores. Cada cual jura ser el preferido i enumera los favores que ha obtenido de la bella. En tal aprieto Beausoleil cree que el mejor partido es dar la razon a uno i otro, obligándolos a reñir; consigue su objeto, i Robichon se marcha a traer su espada.

—Beausoleil aplaude a Roland su valor, pero el paisano tiene miedo, i no se batirá. El soldado ofrece batirse en su lugar, por treinta luis. Roland los tira i sale precipitadamente.

—Robichon de vuelta, no vé a su rival i echa plantas. Beausoleil lo contiene, revelándole las pruebas de valor que ha dado Roland i de que él mismo es testigo, i concluye asegurándole que éste lo espera ya con impaciencia. Robichon entra en miedo.

Beausoleil le propone batirse en su lugar por veinte luises. El empleado de cabildo acepta i sale satisfecho.

—Beausoleil ha obtenido su rescate del ejército a costa del bolsillo de los enamorados de su mujer, i piensa pasar tranquilamente su vida al lado de Anjélica.—Sale.

—Anjélica aparece i manda a Francisco colocar los cubiertos que deberán servir a la cena prometida.

—Entra Roland inquieto i pregunta por el soldado. Anjélica responde que ha sido aprendido por haberse batido en un duelo. Roland contento se aproxima a la jóven. Esta pide la contrata de la taberna ante todo. Roland la entrega, a tiempo que Robichon golpea la puerta.—El propietario se esconde i la jóven abre al rival.

—Robichon pregunta por el soldado i Anjélica le dá la misma respuesta que a Roland. El empleado se sienta a cenar. Anjélica pide la órden de policía para su taberna, pero Roland no la entregará hasta despues de la cena. Se sienten golpes a la puerta. Es Beausoleil. Robichon se esconde en otro gabinete.

—Anjélica responde a su marido que no abrirá la puerta hasta haber obtenido la órden de policía que le entregará Robichon. El soldado se introduce por la puerta del jardín.

—Beausoleil quiere cenar con su mujer; la jóven no sabe qué hacer con sus encerrados. El húsar va a cojer un plato, pero la jóven lo detiene, diciéndole que la mesa está preparada para un gran señor, que espera en el gabinete de la izquierda; (el de Robichon). Beausoleil quiere asegurarse por sí mismo, i la jóven le dice que es el duque de Biron su coronel. El soldado desiste de su empeño i se resigna a permanecer en el sitio.

—Roland saca la cabeza por la ventana sofocado por el calor, otro tanto hace Robichon consumado de impaciencia.—Entra Anjélica con un plato en el gabinete de éste i consigue al fin el deseado permiso de policía.—Robichon reclama su importe en amor. La jóven hace una señal convenida con su marido i éste ajita la campanilla. Anjélica se arranca de las manos de Robichon i corre a la mesa donde se pone a cenar tranquilamente. Entretanto los dos encerrados salen de sus gabinetes hartos de esperar; se reconocen i se sorprenden. Anjélica entrega al soldado los papeles. Los rivales descubren toda la trama i arremeten con Beausoleil. Ambos reclaman su dinero. El soldado por toda respuesta los desafía i amedrenta. Anjélica les aclara el misterio

del soldado, iuvitándolos a olvidar la chanza en los placeres de una buena cena. Todos se sientan a la mesa en la mejor armonía.

(Traducido i extractado para la SILFIDE.)

TRINIDAD

o

LA MUJER DEL PESCADOR.

(CONTINUACION.)

¡Lo que son las faces variadas de la vida! Solazábase el guarda entre tanto con largos i repetidos tragos, i liberal^o convidó tambien a sus ansiosos compañeros. Tenia buen corazón, a su modo; comprendía i exajeraba quizá el sufrimiento de los que con la garganta seca son testigos de la dicha de quien bebe. Comprendía i aliviaba este pesar, al paso que corrían en vano las lágrimas de la aflijida mujer del pescador.

Mas, sea que el buen aguardiente apresurando la circulación de la sangre la hiciese pasar de tropel al corazón, asiento de todo esfuerzo animoso; o bien que satisfecha su afición pensase ya en las palabras que ántes desoyó; ello es, que hizo notar a sus subalternos que el viento no soplabá tan recio, i que el mar tambien se aquietaba. Tengo para mí, i apesar del asentimiento de los marinos, que todo permanecía en el mismo estado; todo ménos las cabezas de los tres interlocutores.

—«I siendo así ¿tienen Vds. ánimo para echar el bote i buscar a este maldito Franco?»

—Somos hombres para todo, dijo Juan, quitándose la chaqueta, lo que con ménos prisa hizo tambien su compañero.

—Sea, pues.—Manos a la obra, que poca tarde nos queda.

La difícil tarea de echar el bote sin que embarcase alguna agua al entrar en la tasca le detuvo algunos instantes; pero aprovechando esa corta tregua entre la ola que revienta i la que tras ella se rehace, bogó sin contratiempo con su tripulación dentro.

Los gritos con que a una empujaban el bote distrajeron a la aflijida mujer: apenas pudo dar crédito a sus ojos, corriendo vino a la playa.—¡Virjen santa, exclamó, has escuchado a tu devota!—Señor D. Antonio, a Quiebra-Olla, señor.

No dió el guarda muestras de haberla oído, ni los marineros, sobrado entretenidos con su empresa. En efecto, era de ver a estos tres hombres un rato hace tan perezosos, al parecer tan indiferentes a cuanto pasaba a su alrededor, luchar ahora bizarros con el embravecido mar. Los remos se arqueaban al impulso de los fornidos brazos que los manejaban, i la fina proa dividía la ola al trepar sobre ella, dejando atrás lijera estela que borraba al punto la reventazon. El ti-

monel era diestro i con el movimiento de su cuerpo parecia ayudar al andar de su embarcacion. Pero dejemos a los hombres de mar que batallen con su elemento: no sopla tan recio que deje de entreverse alguna esperanza de que lleven a cabo feliz su aventura.

Trinidad quedó un rato estática, luego murmuró una Ave María, besó con devocion un escapulario que traia al cuello i en seguida, como perdiere de vista el bote que doblaba la primera lengüeta que sobresale; trepó con agilidad la altura que la domina i echó a andar con paso lento, la vista fija en la embarcacion i sin curarse de la quebrada senda que seguia. Poco mas de un cuarto de hora bastó para llevarla de este modo a la altura llamada el Veladero. Detengámonos un instante, que este punto lo merece.

Baja desde la altura con pendiente rápida hasta la playa una capa de limpia i finísima arena que el viento reinante ha acumulado. Una pequeña ensenada en forma de herradura, cuyos dos extremos son peñas desnudas de un color verde oscuro, le deslindan con las aguas. La vegetacion del océano, esas yerbas parásitas, no logran prenderse de ellas, que las baten las olas con demasiada fuerza. A uno de los extremos, sobre todo, en que las rocas tienen mayor elevacion i avanzan un tanto mas en el mar; allí en todo tiempo se ve contrastar la espuma que se levanta muchos pies con la negra roca que se le opone. La labor constante de las aguas ha dejado aquí rastros eternos: hai cavernas espaciosas obra de siglos. Una, especialmente llama la atencion. Es tanta la regularidad de su forma, lo liso de su muralla de roca, tan gayos i variados los colores de las bruñidas piedras que le sirven de tapiz, que casi se duda de que tan solo las olas la hayan hecho i ataviado. Crece de punto la admiracion al levantar la vista a la bóveda, de donde desciende una suave luz que deja entrever infinitas cristalizaciones incrustadas en ella. Esta luz penetra por una lumbrera o respiradero formado tambien por la naturaleza: no sabré decir como ni cuando, pero las aguas del Pacifico que alguna vez cubrieron gran parte de la costa de Copiapó, i que desde algunas leguas tierra adentro han dejado señales indelebiles de su descenso, hicieron tambien esta perforacion. Pero dejemos este antiguo retréte de las aguas para entrar un momento en otro mas apartado de la playa que erá la morada de Franco i su familia.

De mas reducidas dimensiones que la cueva de la lumbrera i laboreada con menos primor, tiene no obstante un aspecto mas doméstico, por decirlo así: la piedra que forma sus paredes i parte del cielo o techo es blanquecina i refleja mejor los escasos rayos de la luz, que penetran en ella. Aquí i allí habia, i aun en el día existen, trozos irregulares de lo que a primera vista se habria creído yeso o alguna sustancia cáliza; examinadas de cerca son los restos de un inmenso esqueleto de ballena o mamuth. No hai todavía entre nosotros aficionados a la ictiolojia para sacarnos de dudas. El hecho es que el industrioso Franco supo sacar provecho de ellos. A fuerza de sierra separó algunos pedazos grandes que dedicó desde luego a usos domésticos. Allí habia una como mesa, i un asiento al lado, i otro largo sostenia una red tendida para reno-

var algunas de sus rotas mallas. Una balsa de secha i harto remendada, una paleta o remo i alguna leña se hallaban en un rincon, i al opuesto dos pobres lechos, al parecer limpios i abrigados tendidos sobre una tarima, que si bien descansaba sobre grandes piedras, lo que poco decia en favor de su blandura, daba al ménos a conocer que se mantenian libres de la humedad. A la cabecera colgada se veia una cruz de madera negra, a su lado una mala estampa de la virgen del Càrmen, i no tan lejos quiza como debiera, un pedazo triangular de espejo. Atravesaba de esquina a esquina una sogá que ostentaba ropa de todos tamaños i de diversos colores; i para completar la escena, cerca de una de las camas, reia un chico como de tres años, entretenido con un gato jugueton que saltaba sobre unos tizones apagados i una olla algo apartada del lugar donde en otros dias chisporroteaba el fuego alegremente. Tal era la morada de Franco.

Mas no se crea que la madre acosada por su dolor abandonase solo a su hijo; le dejó a cargo de una hermana unos cuatro años mayor, que dormitaba a la sazón. Al acercarse Trinidad a la habitacion esforzando su voz por dos veces la llamó: ¡Laura corriendo por la rápida senda que conduce a la altura acudió a su lado. Allí se sentaron, la madre con la vista en Quiebra-Olla, esa peña negra que a lo lejos se columbra, la hija jugando contenta con puñados de esa fina arena de que ántes hemos hablado.

Gruesa estaba la mar i el buen bote trepaba sobre ella i desaparecia alternativamente, como alguna negra pluma que desprendida del ala de un cuervo marino vaga siempre boyante. Mas veamos la tripulacion. De haber previsto los peligros i fatigas de su empresa, es probable que no le dieran principio; que apenas hubieron andado milla i media mar afuera, cuando sobrevino una ráfaga que aumentó el alboroto de las olas. Corria el sudor por la frente de los marineros, el remo arqueado vibraba al enderezarse fuera del agua, pero el impulso que comunicaba al bote, le resistia obstinado el mar. Don Antonio conoció su situacion; que con viento i mar por la proa poco se hace: frunció las cejas, lanzó una mirada inquisitorial sobre la peña i como nada descubriese redobló su ceño i mal humor.

—Tambien es buena necesidad creer en sueños de mujeres, dijo pasado un rato i entre dientes. Diez minutos mas, muchachos, i viaremos por redondo.

—No es fácil con esta mar, interpuso Pedro, el mas experimentado de los dos remeros, una ola que embarquemos basta i sobra.

—Eso es si le presento el costado—corre de mi cuenta. Pero halen a una. ¡Cáspita! ¿No les digo que halen a una? Todos tres recibieron el rocío espeso del mar.

—¿Qué es eso a proa? preguntó el guarda: la balsa ni mas ni menos.

—Casi llena de agua, dijo Juan; apenas boyó. ¡Pobre Franco!

C. B.

(Continuará.)

Director F. FERNANDEZ RODELLA.

IMPRENTA CHILENA.

LITERATURA.
 COSTUMBRES.
 NOVELAS.
 POESIA.
EFEMERIDES.



BELLAS ARTES.
 PINTURA.
 MUSICA.
 TEATRO.
MODAS.

LA SILFIDE.

BOLETIN TEATRAL.

LE PANIER FLEURI.—LA FILLE MAL GARDÉE.—
 EL PROVIDOR I LAS BAILARINAS.



a revolucion lirica se opera visiblemente en el gusto de la bella sociedad de la capital. No es ya la compañia francesa, idolo de una noche, por quien se cubren de espectadores patio i galerias; es la música francesa, alegre, burlona, espiritual, quien mantiene el movimiento i responde a las exigencias de nuestro carácter artistico.

El Chalet vino a darnos la solucion de ese desconocido *por qué*, de la decadencia de la ópera seria entre nosotros. No siempre se acepta lo sentimental i severo por mucho tiempo; nunca cansa lo festivo i variado.—Las notas dulces de Bellini hacian

mas profundo nuestro sueño, las picantes de Adam nos despiertan con la sonrisa en los lábios.

Pero no todos los sonidos de esta cuerda hieren el alma con igual vivacidad. La lira de Thomas es menos afortunada que la de Adam. Tiene el *Panier Fleuri* por otra parte la desventaja de haberse exhibido con posterioridad, i faltar, talvez, de alguna condicion indispensable a su éxito dramático; la gracia de su estilo, sin embargo, i la animacion del diálogo no han sido del todo oscurecidas por aquellas circunstancias.

Hémos ya al frente de la aerea Dimier; siempre la Willi fantástica, la aparicion de los sueños teatrales, a pesar de su disfraz pastoral de *Fille mal gardée*; si nos fuera dado trazar estas lineas con el perfil de sus jiros cadenciosos, aun nos atreviéramos a hablarla despues del bautismo de coronas i de nombres que ha recibido de la literatura i del público.

Con perdon de Vd., señor Humbert, saltaremos por encima de su graciosa soltura de facciones i de piernas, para saludar a Soldini, la odaliscia escapada de los jardines orientales.—Si la Dimier es el ángel de las noches de luna, la ondina que juega en las aguas de un manso rio, la Soldini es la maga de las tardes de estío, la divinidad mitológica que surge de la espuma del mar.

I la risueña Gladý? Es una avejilla que pronto remontará el vuelo. Timida aun,

columbia las pintadas alitas sobre una atmósfera cargada de aplausos i de flores.

Pues bien, todo ese bello cuadro de ánjeles, ondinas, magas, divinidades i pajaritos va a cambiar de decoracion al golpe de la vara mágica del señor Provisor. Figuraos que esta noche aparecerá todo el coro danzante con las alas cortadas i bailará una cachucha con *basquiña de cola i manto* sin diferencia alguna de como se bailaba en España bajo el reinado de la santa Inquisicion (a quien Dios guarde).

Pobre Paquita! qué traje te hubiera recetado el señor Provisor, si su señoría hubiera tenido entónces la gana de dar un vistazo a la escena?—Sin duda un san Benito para ese torneado cuello i hechiceras piernas.

El anti-danzante celo del señor Provisor ha sido provocado por *la sociedad entera de la capital que durante cuatro noches ha protestado de cuerpo presente en el teatro* contra el traje de las bailarinas.

Gracioso será de ver a los anjelitos convertidos en murciélagos; i culpa será del señor Provisor, si infringimos esta noche el bando de intendencia que prohíbe silbar el desempeño o *los trajes*.

MASCARILLE.

EL NIDO DESIERTO.

(TRADUCCION DE F. RODELLA).

Pobres niños, adios; para vosotros,
No habrá familia ya; esa dulce antorcha
Que brilla pura, en mi sombría tarde
Con vosotros llevad!

Pobres aves adios; ya no se escucha
Mecerse al viento, vuestro dulce canto,
I huérfano, quedó desierto el nido,
Por la atroz tempestad!

Huid, llevad vuestra cancion alegre
Que cada día en éxtasis radiante,
Mecía el alma, del afan cansada
I el duro trabajar....

No mas gritos, no mas voces queridas.
Ya no tendré la mano cariñosa,
Que secaba del rostro macilento
El llanto del pesar!

Ah! no me abandoneis! el alma mía
Soportar no podría tanta pena;
Ai! esa muda soledad me espanta:
I temo el porvenir!

Ai! ya no besaré sus castas bocas!

Ya no vendrán, en mis rodillas plácidos
A jugar risueños! Ya sus frentes
No podré bendecir!

Mas ¡ai! partieron ya! Consigo llevan
Mi familia, mi amor! Yo quedo solo,
Sin esa antorcha que en la tarde brilla
Con suave claridad!

Mas ai! adios, partieron! Ya no se oye
De sus cantos, la dulce melodía!
I huérfano, quedó desierto el nido
Por la atroz tempestad!....

GUILLERMO MATTA.

¡BELLA PASCUA ADIOS!

La *Noche buena* es la espresion afectuosa con que los cristianos designan la noche del nacimiento del Mesías. Diez i nueve siglos trascurridos desde la fecha de este acontecimiento no han podido borrar aun de la memoria de los pueblos las fiestas inocentes con que la humanidad recibió, en el reinado de los Césares, al Niño Divino. Los pitos, cuernos i matracas con que los niños de los campos remedan el canto de las aves i gritos de alegría de los brutos; la algazara de los mozos que dan animacion a las ciudades; los templos iluminados i sus ministros entonando el alegre aleluya en medio de los cantos i música solemne del órgano religioso i del repique festivo de las campanas: todo nos recuerda el día en que el universo se puso en movimiento i saludó la venida a la tierra del Salvador del mundo.

Por fortuna Chile conserva todavía un resto de esas costumbres patriarcales, llenas de poesía religiosa, i de profunda filosofía. que serán arrebatadas por el torpente de las ideas de la época. Antes que desaparezcan enviémosles un religioso adios.

Todavía vemos en las calles de la capital preciosas bandas de niñas i de jóvenes que se dirijen al mercado a tomar las primicias de flores i de frutos con que los habitantes de los campos, como los pastores de Belen, vienen a saludar i festejar la Pascua de Navidad. Todavía vemos acudir presurosos, a la misa de media noche, devotos sinceros o grupos de curiosos. ¡Pocas generaciones habrán pasado, i estas fiestas inocentes no quedarán sino como el recuerdo de los tiempos antiguos con que los jóvenes divierten la senectud de sus abuelos! ¡Terrible lei es la lei del progreso! Todo fenece, pero es para re-

vivir bajo otra forma mas bella i mas perfecta. Esta es la sola idea de consuelo que da la intelijencia del filósofo al corazon del poeta que lamenta el rápido cambio de las creencias, de las costumbres i de las instituciones de los pueblos.

La aurora de la Pascua brilla, i sorprende por las calles i plazas, coros andantes de preciosas niñas, Willis de la noche marchitas por el alba, que cargadas de frutas i coronadas de flores van a sepultar en un sueño dorado las bellas ilusiones de la *noche buena*. Miétras tanto las virjenes prudentes que han guardado su lecho se levantan llenas de vida i lozania, i suceden en las calles i plazas a las alegres virjenes que han pernoctado i se retiran pálidas i bellas.

A medida que el sol va alumbrando con una luz mas viva estas escenas hermosas de la familia cristiana, crecen tambien la agitacion i el ruido. Elegantes cabalgatas de airoas amazonas atraviesan las calles i hacen resonar el pavimento de las ciudades: parece que las bestias comprenden el gran día i se encargan de acentuar con sus cascos herrados las notas de placer que vibran en los corazones de sus amos. Los magníficos i rápidos carruajes de la aristocracia cruzan como el viento i contrastan con las pesadas carretas de la democracia cubiertas de vistosas cortinas que presentan a la imaginacion el aspecto de buques envelados. Toda esta brillante emigracion, en tan variados locomotivos, se dirige a los vecinos campos, donde se entregan al sonido del harpa i la vihuela, a todas las emociones del placer i del amor. ¡Viva la pascua! es el grito de los emigrantes; ¡viva la pascua! es el grito de los bailarines; ¡viva la pascua! es el grito que anima la mesa del festin.

¡Costumbres populares, tristes vestijios de la época de las leyendas, ¡adios! El último día de este siglo será el último de vuestra existencia!

¡Miradores feudales de la campaña, imágenes descoloridas de los castillos que los hombres de armas de otros tiempos hacian resonar con la algazara de los brindis i de los cantos de Gesta. ¡Adios! El último día de este siglo será el último de vuestra existencia.

¡Bella pascua! ¡adios! El siglo venidero te volverá a encontrar, es cierto, pero como la viuda de la Escritura triste i desamparada, en cuyo rostro no brilla ya el encanto i la alegría. ¡Bella pascua, adios! tu vivirás, sí, pero arinconada en los calendarios de la vieja Iglesia, hasta que la reaccion religiosa haya vuelto a conducir a la humanidad a la

via de la fé. Entónces revivirás brillante i transfigurada, como el niño en el templo, como Jesus en el Tabor. Adios, Adios!

EL HERMITAÑO.

DESEO.

Deten el vuelo inquieta mariposa
Aquí en el tallo de esta fresca flor;
Punzante espina de apartada rosa
Puede robarte el fúljido esplendor.

«Adónde vas a desafiar las brisas,
Las gotas de agua, el pájaro voraz?
Tú que naciste en medio de las risas
En una aurora de silencio i paz!

«Ven a mi mano insecto vagoroso,
Ven, en mi copa apurarás la miel,
I entre vidrieras de cristal lujoso
Nido hallarás en hojas de clavel.

«Tuyos serán desde que aclare el cielo,
La luz primera i el primer calor,
I en tu mansion para apoyar tu vuelo
Hilos dorados dispondrá mi amor»

Así una primavera
Jugando en la ladera,
Al insecto decia
La cándida María;
Bella mas que la misma mariposa
Cuando en alfómbra de violeta posa.

I el insecto jiraba;
Ya la yerba tocaba,
Ya remontaba el vuelo,
I fósforo del cielo
Remedaba en sus jiros inconstantes,
Derramando a la luz ricos cambiantes.

«Gracias te doimi tierna seductora,
La mariposa huyendo susurró:
Entre las flores que la luz colora
Es donde encuentro los placeres yo.

«Si el viento abate sus flexibles tallos,
Las alas doblo i me repliego en mi;
I cuando queman de la luz los rayos
Vuelo a las sombras i me acojo allí.

«Quieres ¡oh bella! aprisionar mis galas
Mi polvo de oro i micleste tul?
Son impalpables mis sedosas alas
Como del aire el trasparente azul.

Fuera en tus manos polvo deslucido,
Humo en el aire, ensueño, una ilusion:
Deseo vano en nada convertido
Que te hiciera doler el corazon.»

Así una primavera
Vagando en la ladera
Dijo la mariposa
A la cándida hermosa,

I estubo cabilando todo el día
En los deseos de su amor María.

Doliente preguntaba
Si cuanto se deseaba,
Al tocarse perdía
Toda su lozanía;

I el frío sí de la esperiencia lleno
Mil ilusiones apagó en su seno.

G. z.

LA ÚLTIMA PÁJINA DE UN ALBUM.

I.

Pobre Myrta! Cuán pálida i marchita la volví a encontrar!

¡Yo que al partir la habia dejado tan fresca i tan losana bajo su blanco i delicado velo de novia!

¡Cuanto debió haber sufrido i llorado, la pobre Myrta!

¡Tan radiante de juventud de amor i de esperanza que la dejé al partir.—Myrta la bella entre todas las bellas! Tan llena de vida i de felicidad que la dejé, en medio de una fiesta, apoyada al brazo de su bien amado!

¡Cuán puro i tranquilo era el pasado! Cuán hermoso i risueño el porvenir!... Qué feliz era Myrta—la bella entre todas las bellas!

¡Pobre Myrta!... ¡venir! a encontrar tan pálida i marchita!

II.

Una noche que vagaba en el cementerio de Hyères, vi una fantasma alzarse tras de esa tumba querida donde acostumbra recogerme i llorar: era Myrta!—La pobre Myrta, que habia venido a buscar el olvido, tal vez la vida en Hyères, ese oasis de la muerte, donde tantas pobres tísicas van a hacer su última estacion!—El aire es tan puro, tan azul el cielo en ese Hyères perfumado por las ricas exhalaciones de los frondosos naranjeros! Allí se muere ménos pronto, tal vez; pero ai! tambien allí la muerte arranca de su tallo tiernas flores de vida!

¡Pobre Myrta! Nos separamos en medio de las danzas,... nos encontramos en medio de las tumbas.

¡Cuán pálida i marchita volví a encontrarla, a esa que llamaban la bella entre todas las bellas!

III.

Una noche velaba a la cabezera del lecho de Myrta. Me miraba i sonreía. —¡Cuán dulce la sonrisa de Myrta! Su mirada era tranquila como un himno de paz.—¡Cuán bella la mirada de Myrta!

Un tinte de rosa vino a iluminar su rostro mas blanco que el alabastro. La triste planta casi agostada por la desesperacion, parecia reverdecer bajo el rocío del consuelo.

Mi esperanza se reanimó. Creí que Myrta volvia a la vida. Ella me comprendió. Una lágrima rodó por sus mejillas, movió tristemente su cabeza, i me dijo:—No, no esperéis, amigo mio;—voi a dejaros para siempre.... mirad.... en ese cofrecillo.... ese album.... tomadlo,... ya os pertenece... mi alma toda ha quedado gravada en esas pájinas.... leedlas a menudo.... allí vereis cuanta amargura puede encerrar el corazon de una mujer... oh! no améis jamas, amigo mio...se sufre demasiado!.. eso mata!..Dónde estais?... ya no os veo... acercaos.... oh! ven.... ven.... estrecha.... mi mano!...

I vi una llama misteriosa que vagaba entre los labios de Myrta.... era el alma de la bella entre todas las bellas que volaba a los cielos.

ÚLTIMA PÁJINA DEL ALBUM DE MYRTA.

—Oh! sí, me ama todavía!—Ahora sé cuán rico de esperanzas es el corazon de la mujer que ama! Cuántas puñaladas se necesita para matarlo!—Ama i vierte sangre hasta el último momento.

—¿Por qué no amarme ya?—Será porque yo le he dejado sentir toda la fuerza de mi amor? Pude yo acaso contener mi corazon? eso hubiera sido cálculo, egoismo, no amor.

—He dudado bastante; ya es preciso convencerme... En adelante mi vida será una lenta agonía.

—¿Para que esforzarme en reanimar esta llama apagada para siempre?—Es inútil, no hai un grano de piedad en el corazon de un hombre que ha dejado de amar.

—Ya nada quiero, nada amo. El ángel del dolor se asentó sobre las ruinas de mi corazón, i arrancó la flor parásita de los recuerdos.

—Pero, porque su imájen viene todavía a ocupar mi pensamiento? es que pronto voi a morir!—Muerdo sin cólera, porque es el quien me mata, no siento morir porque ya no me ama.

IV.

Así es como mueren esos pobres ánjeles espatriados que vienen a amar en la tierra como se ama en el cielo.

F. RODELLA.

MI VECINA.

Las casas de Santiago, están, como en todo pueblo que se le parece, situadas de manera que puede uno contar con una linda vecinita en cualquiera de los puntos cardinales adonde miran. No tenerla al frente, ni a los costados o espalda, sería una gran desgracia, sería vivir en un desierto, i eternamente condenado a tener por horizontes murallas desiguales i carcomidas, en cuyas ventanas asomase al caer la noche, la cabeza de una bruja octojenaria o alguno de esos envoltorios negros, llamados *beatas*, que al toque de oraciones, trotan por las calles en bandadas hácia los templos. Es una felicidad pues no tener casa propia, si en sus contornos no existe un ser a quien se pueda dar sin repugnancia el dulce nombre de vecina.

Convencido de esta verdad, es que el autor del pensamiento en cuestion, remuda casas al año como camisas a la semana; i no sea esto decir que ande con el lecho a cuestas por espíritu variable o descontentadizo, ni porque en la capital escasee la beldad a punto de escudriñarla con la linterna de Diójenes. Nada de eso. Mas ya que el prurito de meterme en cosas de mujeres, me ha traído a punto de echar flores en materia de belleza, perdóneme Dios el mal pensamiento de anatomizar a mi vecina, que en mala hora tuvo la desgracia de inspirarme este artículo.

Mi donosa *vis-a-vis* es una muchacha de diez i ocho años, aunque la mamá le echa cuatro menos, de cara oval i rosada como una guinda en punto de dar tentacion a un tordo, alegre como toda chiquilla que dá incesante ocupacion a su tijera, i de un cuerpo graciosamente acostumbrado a las peripecias del desden. Es la niña mas decidida por las modas, lo que le dá sobre sus amigas el prestigio de una *Leona de barrio*. Cuando se adoptó la moda de los talles largos, mi vecina se apresuró a hacer creer que la naturaleza no le habia dado barriga sino un talle recto desde el pescuezo hasta las rodillas; nada ménos sucedió con la introduccion del color pálido i facciones lánguidas i espirituales: la mamá recordaba siempre con horror esta época en que su hija casi se habia dado calentura a fuerza de zahumarse los carrillos con humo de yerba-mate o dejar de comer i dormir los cuatro días precedentes a su aparicion en un baile. Pues a pesar de los años i desengaños continúa impertérrita en materia de modas; desde que amanece hasta que cae la noche, mi vecina se sienta a la ventana adornada con sus *cuernecitos* en la cabeza bien peinados i rellenos de algodón negro. Mientras ella cose i descose a imitacion de el tejido de Penélope, cuatro adoradores bien finchados i armados de dos pares de *cuernos* retorcidos sobre los lábios a guisa de bigotes, se pasean mostrando los dientes; delante de sus ventanas i apenas tocando el suelo con la puntita de los pies.

Quien no ha visto a estos *Willos* de las calles de Santiago, que hablan mas con sus dengues que con la boca, i que al oído de las niñas no saben pronunciar sino una sola palabra agradable la primera vez, indiferente la segunda i fastidiosa todas las demas: *hermosa, hermosa i hermosa*. A estos cuclillos encorcelados se refirió sin duda Iriarte cuando puso en sus lábios aquel conocido

Cucú cucú i mas cucú
I siempre una misma cosa.

Como mi vecina ama con delirio las modas, preciso es que sea una mujer de moda; es decir una mujer a quien un circulo constante de adoradores obliga a permanecer soltera la mas bella época de su vida, i a vestir santos en sus maduros veranos. Si sale a la iglesia es escoltada por un grupo de dandis de variado cuño i librea, amen del que la espera al pié de la pila de agua bendita; en el teatro, en la filarmónica, su comitiva adquiere proporciones disformes; i

finalmente a su tertulia ocurren una docena de rivales pero no de capa i espada, ¡veinte mosqueteros que hacen guardia en el zaguán o ventanas del patio, sin contar con la prolongada cola que arrastra en el paseo de las Delicias o en el puente.

Por estas i otras consideraciones tuve miedo en mucho tiempo de entablar conocimiento con un corazón tan inciensado, pero observando las frecuentes evoluciones de las persianas, las risitas i miradas furtivas lanzadas por detrás de un librito que por lo ménos era una novela de Dumas, eché mis escrúpulos a un lado i arrojé la capa al toro.—En veinte días hice toda una campaña de amor, habia conseguido la victoria de un—*yo te amo*.

Bendito sea un laconismo tan decididor, pero mil veces malditos los amores platónicos que envolvía.

Mi bella era demasiado material, pero estaba de moda el platonismo.

Al poco tiempo mi desgraciado amor habia sido reemplazado por otro mas adecuado a sus idealidades, i así sucesivamente pasaron por detrás de mí un ejército de preferidos, segun el color del pensamiento dominante.

Un día mui de mañana paró a su puerta un birlocho. Desde entonces las cortinas de su ventana no volvieron a abrirse ni a entreabrirse para mí ni para nadie.

Inaudita clausura! lo creeréis?—Su marido habia llegado; era casada... adios platonismo... adios santos desnudos que yo esperaba ver vestidos por esas espirituales manos!

K.

NI AUSENTE.

Abrazada a un árbol
La flor del aire,
Se inclinaba a un arroyo
Para besarle;

Mientras con ámbar
A los vientos livianos
Enamoraba.

Yo no sé porqué al verla
Lancé un suspiro,
I al pensar en mi ausente
Sentí martirio:

Flores del aire,
En fragancia, en belleza
I en lo mudable.

MARFORIO A PASQUINO. (I)

¡Bravo, señor Pasquino! ¿Con que habeis tenido la peregrina ocurrencia de abandonar a las infelices hijas de la tierra por iros a charlar con las almas del mundo alto? Mui bien, sois espiritualista por demas, amigo mio, i o aseguro que por ese camino hareis una maldita fortuna en este pueblo edificado con la mas fea i tosca materia.

¿I qué os ha dicho ese ser fantástico, esa Silfide moradora de los aires? Os ha hablado acaso de nuestros leones de por acá, triste remedo de los de allende los mares? Os ha contado sus amorios monótonos i sus pobres figuras? ¿Os ha dicho la *mística* pasion de nuestras chicas, con sus deseos prosaicos i sus temores pueriles? No, seguramente no! Habituada a vagar por las rejiones vacías entre neblina i rocío, sin tocar jamas ni los sayales de nuestras devotas ni oír los chismecillos de sus envidias, os ha pintado a la niña sensible i pura, ardiente i franca, i sin tratar de política os ha espetado la mentirilla mas guapa.

Al oír las apacibles niñas de mi pueblo que alzábais la voz en su defensa, sacudieron un instante su languidez de siempre, i luego cayeron mas yertas que nunca; porque vuestra Silfide os engañaba, no las pintaba a ellas, sino a las compañeras divinas de vuestra interlocutora. Solo esos seres quiméricos pueden promover *revolucion* contra los pecadores barbudos de este mundo.

Nuestras chicas saben mui bien que la indiferencia, la frialdad, el hastío está en esos mantos espesos que absorben sus suspiros, en esa falsa contemplacion a que viven condenadas, en el rigorismo suspicaz en que se educan, en esa vanidad superficial que beben desde la primera edad, en ese cálculo frio i mezquino de los papás, en la dependencia lugareña que esclaviza sus acciones mas intimas, en la violenta inaccion i sedentaria misantropia que las esconde.

Desengañaos, señor Pasquino, esos holgazanes, escépticos, que decís, tienen necesidad de algo para alimentar su pesada vida, i cuando a su sed de amor i de emociones solo se ofrecen la soledad de los paseos, la pequeñez de los *escrúpulos* i el callado estimamiento de un triste salón, su entusiasmo busca otro elemento en donde desarrollarse. Por eso los veis con un aspecto de unos

(Z)

(1) Véase el número anterior.

ligres de raza purísima i lleno el corazón de desaliento i cansancio. ¿Quereis todavía otra revolucion mas cruel? ¿Quereis acaso que nos despedasen con alfilerazos i muequitas desdeñosas, las aconsejais que tomen un *partido* abandonándonos i agrupándose entre ellas!

Pero las condenais a un suplicio. Ellas solitas, se morirán de dolor, i nosotros no podremos oponer jamas a sus tiros mortales sino redescillas de seda i perfumes. ¿Creeis que nos vengzan? Os figurais que tengán tanto espíritu, tanta imaginacion que deshagan estas baterias?

Aconséjales, amigo Pasquino, que dejen esa guerra de emboscadas, que se dejen aproximar francamente, que no se alarmen i griten a la policia si admiramos su flexibilidad i su viveza, que aprendan a no ver una falta en nuestra agitacion, i entonces nos entenderemos. Pero si les haceis creer que para avasallar nuestra apatía opongán otra mayor, solo os faltaria que elevaseis una gran cruz sobre este hondo sepulcro de Santiago. ¿Teneis por nosotros un cariño tan inmenso como la amable policia, que nos prohíbe correr para que no tropesemos en las trampas de nuestras calles, i que para que no decline nuestra perezosa robustez nos despide tempranito de los espectáculos? Decidlo francamente para saber a que atenemos i corresponderos con una andanada de agasajos.

MARPORIO.

LA FLOR I LA TUMBA.

(TRADUCIDA DE V. H.)

Dime flor, en qué conviertes
Las lágrimas de la aurora,
Que guardas dentro del cáliz
I brillan sobre tus hojas?—
Yo las convierto en neclar i perfume,

I tú, dime, a que reduces,
Tumba eterna i pavorosa,
El alma que arroja el mundo
Al quieto umbral de tu fosa?—
Vuélvola un ángel i a los cielos sube.

G. Z.

TRINIDAD

o

LA MUJER DEL PESCADOR.

(Continuacion.)

—Que me emplumen sino es él, exclamó D. Antonio, allí sobre la peña—miren ahora que baja la ola.

—El es, él es, gritaron simultáneamente.

Mas por atender al pescador se descuidaron nuevamente i una porcion de agua rompió contra el costado de babor, bañándolos de pies a cabeza.

No es nada, dijo el guarda sacudiéndose. Agua salada no constipa. ¡Avante muchachos, hala adelante! Trinidad tenia razon.

Sobre Quiebra-Olla, a no caber duda, estaba Franco, agazapado i fuertemente asido de la roca. Se incorporó un rato, despues de mirar con cautela a barlovento: levantó la cabeza e hizo señales, i al verle así bogaron los remeros con nuevos bríos. Amainó el viento oportunamente i aprovechando esta coyuntura avanzó con tanta prisa el barquichuelo que en pocos minutos se hallaba solo a sesenta brazas del pie de la peña.

Gritaba Franco; pero el estruendo de las aguas ahogó su voz: hacia señales; pero no se comprendian.

—Creo que grita a sotavento, dijo Juan.

—¡Cía, a babor! exclamó el guarda azorado—cía!

A tiempo fué la voz de mando que avanzaba tras ellos una montaña de agua. D. Antonio se apoyó con toda su fuerza contra la caña del timon, cargando tambien el peso de su cuerpo. De no hacerlo con tanta destreza, es probable que cobrase Quiebra-Olla en aquel instante nueva nombradía. Por fortuna tenia el bote buen gobierno i aunque pasó levantado en la cresta de la ola, casi rozando con la peña, un momento despues estaba relativamente seguro, abrigado por ella misma.

¡Buena escapada! dijo el guarda limpiando el sudor de su frente.

—Un poco mas, señor, no queda costilla entera.

—I a santos nos hubiéramos dado, Juan, en hacer compañía a aquel que está allí arriba. Mírale.

La ola que hiciera peligrar el bote chocó contra la roca con el estruendo que hace una bomba marina al reventar, i como ella descargó una columna de agua i espuma sobre nuestro pobre pescador; otra vino detras, i sea que azotase con ménos fuerza o mas cerca de la cima, resbaló sobre la peña formando un estendido arco. A ambas, resistió valiente i mañoso el buen Franco, i los que venian en su rescate le animaron con su victoreo.

Para la vista perspicaz de un marino, aun

cuando se hallaba Franco vivo sobre Quebra-Olla i un bote con tres hombres de mar dispuestos i valientes al pié de ella, quedaba por vencer una gran dificultad. ¿Cómo bajar de su encumbrado albergue? Lavada la roca por espacio de siglos, presenta costados lisos i talados casi verticalmente; tan solo por la parte del Este en que la ata el arrecife a la costa firme, existe un descenso ménos rápido; pero por este lado bullen constantemente las olas: ora surjen, ora se retiran inquietas, de forma que cualquiera tentativa por este lado pudiera mirarse como desesperada. Mas ¿cómo trepó a la altura? Solo pudiera contestar Franco mismo, i no son momentos favorables para interrogarle.

—¿Hai un cabo? gritó.

El guarda al punto echó mano de uno i formando un rollo con la destreza de un viejo marinero, hizo acercarse el bote cuanto era posible, i cimbrando con fuerte empuje, lo despidió. Rozó la peña i cayó al mar. Repitió su tentativa con resultado igual. Franco tendido sobre el borde de la roca vió con sentimiento que tocaba muchas varas mas abajo. Perplejo se mostró D. Antonio, i los suyos no acertaban con expediente racional. El sol despedía sus últimos reflejos i era fuerza tomar una resolucion. Nuestro Franco era hombre para ello. Examinó cuidadosamente la parte mas peinada de Quebra-Olla, retiróse algunos pasos mirando con ansiedad hacia las olas que avanzaban; cruzó en seguida los brazos, levantó la vista al cielo, permaneciendo un punto inmóvil.

Visto desde el bote, colocado contra la luz, resaltaba su figura vigorosa del fondo rojo i encendido que en estos momentos mostró el horizonte. Semejaba una estátua de bronce sobre una base colosal i desproporcionada. Inmóvil estuvo así un instante, santiguóse en seguida, i aunque corta su oracion no es difícil adivinar que fuese ardorosa i sincera. Se encontraba en uno de esos momentos azarosos en que el hombre habla cara a cara con su Hacedor. En vez de ser barrido por las aguas luego que se debilitasen algo mas sus fuerzas, habia resuelto lanzarse desde la elevada roca a las profundidades del mar. En efecto, un momento despues prendió la carrera sobre la roca resbaladiza i desigual, i llegado al borde estendió los brazos sobre la cabeza, dobló el cuerpo hacia adelante, i temerario se precipitó.

Los tres hombres que le miraban lanzaron un grito simultáneo.—Franco desapareció, i hasta el pequeño remolino que dejara al sumejirse lo borró la ola que pasa.

Era menester corazones mas duros que los suyos para que no palpasen ajitados al ser testigos de este acto de arrojo. Un solo desliz al emprender su carrera, una punta oculta a flor de agua era suficiente para que feneciese nuestro pescador. Quiso su suerte que fuera de otra manera, su temeridad le salvó, i mientras que los interesados espectadores contenian absortos el aliento, i fija la vista en el punto donde habia desaparecido, Franco sacó la cabeza a pocas varas del costado del bote. Respiró con avidez el aire, con un sacudón separó su largo i mojado cabello de los ojos i de la frente, i bofeteando con valentia las aguas vino hasta el bote aun antes que hubiese podido enderezar la proa hacia

él. Un momento mas i estaba en salvo, recostado en el fondo; pero esta última prueba le rindió, le sobrevino un desmayo de que sin el auxilio de aquella panacea de que tanto uso hacia el guarda, no se recobrará tan presto.

El viaje de vuelta fué rápido i feliz, viento i mar le favorecian. En la playa esperaba Trinidad ansiosa, el chico en sus brazos i Laura de una mano: al tocar la quilla Franco saltó el primero, el agua hasta la cintura, despues de vadear dos o tres pasos se halló en brazos de su mujer que no le aguardaba melindrosa, con pie enjuto. Salido de la tasca tomó a uno i otro de sus hijos i con el revez de su ancha mano enjugó una lágrima, la primera que derramaba. Quiso arriar su hombro a fin de sacar el bote en seco; mas el héroe del dia tiene sus fueros, no se lo permitieron; por otro lado Trinidad le instaba a que participase de algunos viveres que tenia apercibidos i de que era grande su necesidad.

No seguiremos paso a paso a Franco i su mujer, los esposos despues de algun tiempo de separacion, que un peligro ha hecho mas largo, gustan de la soledad.

A las ocho de la noche chisporroteaba en el mismo hogar por la mañana tan descuidado, un fuego que iluminaba con vistosa i juguetona llama unas cuantas caras, ya conocidas de nosotros. Sentado estaba D. Antonio, a su lado Franco, i sobre sus rodillas Laura; seguian los dos marineros i otros tantos pescadores. Afanada se hallaba Trinidad con los preparativos de una cena frugal, pero sabrosa; i la distraía de vez en cuando de sus hacendosos cuidados, el chico que con la numerosa concurrencia i su continuada charla no queria tomar el sueño. Entre el alegre grupo que circundaba el hogar pasaba de mano en mano sin distincion de jerarquias, el espirituoso contenido de una jarra que tres años ántes obsequió a Franco el contra-maestro de una fragata.

CARLOS BELLO.

(Concluirá).

¿QUÉ SERÁ?

Soi alma universal de cuanto anima,
I eterna causa de placer i males:
Cambie las letras quien mi nombre escriba,
I hallarán los mortales,
Recuerdo, gloria, i alta nombradía.

El enigma del número anterior significa
ALAMEDA.

Director F. FERNANDEZ RODELLA.

IMPRENTA CHILENA.

LITERATURA.

COSTUMBRES.

NOVELAS.

POESIA.

EFEMERIDES.

BELLAS ARTES.

PINTURA.

MUSICA.

TEATRO.

MODAS.



LA SILFIDE.

LA PAJARERA ENCANTADA.

(CUENTECILLO EN EL AIRE.)



rase una vez, señora, en una pajarera encantada, un enjambre de avecillas, tan bonitas, tan alegres, que ajitaban con tanta gracia sus alitas tachonadas de esmeraldas i amatistas, que uno no se cansaba de admirarlas.

Un dia la *Intolerancia*, bajo la forma de un buitre, rosó con sus alas negras el enrejado de la pajarera encantada, en torno de la cual jugueteaba otra banda de pajaritos.

Buenas ganas tenia el buitre de cebar el pico en ese pueblecillo de alados bailarines; pero las delicadas rejas de la pajarera eran demasiado estrechas para dejarle introdu-

cir sus toscas garras. ¿Qué hizo el buitre? — Ocurriósele ir a exhumar de un vetusto cofre ultramontano el pañuelo anti-libidinoso del buen señor *Tartufo* (1), con el cual envolvió la jaula encantada.

I las pobres avecillas, que tenian tanta necesidad de aire i de sol, replegaron tristemente sus alas esperando la muerte.

Pero los pajaritos que revoloteaban en torno se indignaron, i llamando en su ayuda al *Buen Sentido*, hicieron añicos a picotones el pañuelo del buen señor *Tartufo*.

Moral. — Se la encontrará en el suplemento que ha sido agregado esta semana al diccionario de la academia.

Letra P—Pudor (véase la letra C) Calzones.
Letra C—Calzones (véase la letra P) Pudor.

MASCARILLE.

(1) Personaje de comedia creado por Molière.

A LA SILFIDE.

I.

Silfide bella
Que en la parda noche,
Entre las brumas jiras,
O de una rosa

En el pomposo broche
Amorosa suspiras;

Tú a quien las brisas
Con alegre arrullo,
Por el espacio mecen;
Tú a quien eleva
La onda su murmullo
I las flores guarecen;

Dime, ese mundo
Es ilusion mentida?
Hai como aqui dolores?
Tambien es triste
Como aqui la vida?
Delirios los amores?

Dime, tan solo
De la mente inquieta,
Serán vanos diseños?
No podrá nunca
El infeliz poeta
Realizar sus sueños?

Aí que los cantos
De feliz ventura
Son fugaces engaños!
De la inocencia
Seca la flor pura,
Llegan los desengaños!

II.

Silfide bella
Que en la azul mañana,
Con el rocío vienes,
I una aureola
De záfiro i grana,
Ostentas en las sienes;

Tú que soltando
El nitido cabello
Sobre la blanca espalda,
A cada paso
Dejas un destello
Esmaltado de gualda;

Silfide bella
Bajo tu áureo manto,
Cobija a un desgraciado.
I de este mundo
Llévalo de llanto
A ese mundo soñado.

Allí entre cantos,
Danzas i festines
Renacerán las flores:
I en muelle lecho
De ámbar i jazmines
Dormirán los amores.

Allí las penas,
Al olvido dando,
Tendrá el alma consuelo.
I en dulces trovas
Vivirá cantando
Las dichas de ese cielo!

GUILLERMO MATTA.

PASQUINO A MARFORIO.

Os he pillado infraganti, querido. ¿Conque al primer descarte confesais sin rodeos que vuestros patrocinados hijos de Adán, son unos materialistas incorregibles? He aquí una confesion tan explicita como rara, en vosotros que de ordinario echais llave a los sentidos para conversar con el alma; pero desciudadamente se os escapa ahora una puntita de la verdad por la principal cerradura de la tosca materia.—Sofista artificioso, ya os cortaré la lengua con el filo de vuestros propios argumentos.

Acusais al bello sexo de inaccion, de frialdad?—Tended la vista a los dominios del placer i de la alegría; qué veiais en los sofás de la Filarmónica?—Lindas cabecitas tachonadas de camelias que se fastidiaban de su aislamiento, grupos de apuestos garzones estirados a la negligé allá por los flancos de un sillón o de un espejo, ni mas ni ménos que, como me contaba mi abuelita, debian hallarse los habitantes del cielo, léjos, mui léjos, los hombres de las mujeres. La filarmónica fué una víctima sacrificada al capricho de las noches masculinas.—Recorred las arcadas del teatro i las hallareis sin cesar, resplandecientes de miradas imantadas i de risitas compasivas por la suerte de esos infelices escaños vacios que se estienen abajo, a manera de nichos funerarios. I respondednos en seguida si la juventud de bigotes no tiene un carácter eminentemente destructor, i capaz de condenar al suicidio a la mas adorable chica de nuestros altos salones.

Le acusais de pueril misticismo?—Dios mio! i qué dejais para esos santos cenobitas que, como el Hermitaño de la pascua, creen ver una *lei terrible* en la lei del progreso? Creéis que el anatema fulminado sobre el baile de fantasía no haya arrancado risas sonoras, i picantes alusiones de esas boquitas de coral? A propósito de esto os diré al oído, señor Marforio, que la jente de frac, tiene mas miedo a las excomuniones que la de faldas; que si en esta hai alguna dosis de misticismo bajo el manto de iglesia, eu aquella hai mucha de supersticion bajo su capa eterna de indiferentismo. El manto, por otra parte es un arma en mano de nuestras bellas, tan temible como gobernado airosamente por una limeña; por entre los pliegues negros del manto os dirijen tiros mas

traidores i confiados que por entre las ramas del abanico.

Por último les imputais cierta vanidad superficial que si es verdad que existe, la deben exclusivamente al trato de nuestros Adonis. Vos mismo tal vez habeis formado muchas veces parte del numeroso círculo que se agrupa en torno de una belleza recién salida al gran mundo, para arrebatarle en mil jirones su sentimiento naciente a fuerza de mentirla i lisonjearla, acostumbrándola en lo sucesivo a escuchar solo el ruido de las palabras i no el ruido de las pasiones dedicadas.

Vamos, amigo mio, solo os queda una cosa por confesar, i es que la educación social de los jóvenes está plagada de resabios escolásticos i se resiente de ciertos instintos patriarcales que unidos a la fatal tendencia de remedar cuanta moral i física necesidad nos traen las modas ultramarinas, pone a vuestros protegidos en el caso de echar a perder al diablo mismo en figura de mujer.

En resúmen, no os queda, amigo Marforio, sino un partido para obtener el perdón de vuestras bellas enemigas, renunciar en nombre de la juventud barbuda a todos los derechos de soberanía espiritual, so pena de que os pongan en estado de sitio u os manden a habitar con las ninfas de alguna desierto vecino. Ya lo veis, ellas estan en el poder.

PASQUINO.

DONES DE LO ALTO.

Mujer, amor i beldad,
Son flores que Dios creó
En su infinita bondad,
Suave perfume las dió
I dijo al mundo: «gozad.»

G.

BOSTEZO DE ABURRIDO.

Pueblos i ciudades tienen su atmósfera propia en la cual, por decirlo así, entra una mayor parte de ellos. Paris tiene su incesante actividad en las ciencias i las artes, en la teoría i la práctica de la vida de un pueblo. —

Londres su industria con la riqueza i el pauperismo hijos de esta. — San Petersburgo su febril agitación por hacer creer al mundo que ha dejado de ser un país inculto. — La Italia entera tiene el recuerdo de su gloria inmensa, universal. — La Alemania sus sueños de esperanza en el porvenir. — La España su agitación cicatrizando la guerra civil de ayer i temiendo la de mañana. — Los Estados-Unidos la lucha del espíritu con la materia, la de la libertad con la esclavitud; i Santiago, nuestra Santiago, tiene la monotonía, hija de la indolencia i madre del aburrimiento.

En ella todos se aburren, aun divirtiéndose, porque es preciso divertirse a hora fija, en días determinados, en lugar fijo i dejar de hacerlo con las mismas condiciones de exactitud i arreglo, lo que no impide que nuestra ciudad sea la mas monótonamente desarreglada.

Qué prevision podrá realizarse seguramente en este reino de las reglas fijas?

Creeis que en el teatro se divierten con el canto i el baile? No tal, se escandalizan.

Creeis que estén disgustadas? no tal, van al teatro como ciertas avecillas fascinadas por las serpientes.

I bien qué es entónces lo que sucede, si ni se divierten, ni se disgustan? Se aburren i hablan de aburridos i hasta aburridos de escándalos, quisicosas, presunciones; de todo, ménos de una cosa que entretenga. — Me equivoco, los hombres hablan de política; i esta es una farsa, que no se encuentra tan divertida quizás, porque entrando todos en ella, creen que es preciso declararla por sería, mui sería. Pero tambien uno se aburre con ella i hombre conozco yo que llega, de puro aburrido, hasta indignarse i desear que otro Aristófanes venga a escribir de nuevo los *Caballeros* i los *Acarucos*, sin el menor recelo de que entre nosotros encuentre un Sócrates que le haga cargar con una mancha fea i criminal. Oh! qué campo tan bueno tendria! ... — Pero alto ahí, que ese no es campo sino pantano del cual es preciso alejarse lo mas pronto posible.

El aburrimiento lo domina todo aquí, teatros, (inclusas las cámaras que no son el mejor de ellos segun se asegura), paseos, calles, tertulias, cuartos de dormir, camas i hasta esta pájina que estoy escribiendo i que concluyo de repente, dejándome en el tintero lo principal, porque ya me ha aburrido lo suficiente para que vosotros os aburrais un poco, leyéndome con ansias de salir del tédio que os domina i del cual esta columna es un verdadero reflejo.

Pero, ántes de dar esto por concluido,

quiero hacer una reflexion para que todo vaya en regla, como debe hacerse en un pais donde hai fuera de las de tantos carpinteros i albañiles, reglas de tantos conventos, i tantas, para todo lo que no hemos de hacer; mas vuelvo a mi reflexion, i es que si ahora (i no me echeis la culpa a mí) no estais aburridos lo estareis pronto, porque el aburrimiento es la atmósfera que nos envuelve.

Quiera Dios ... concludid con un bostezo i quedaremos iguales autor i lectores, esperando el año nuevo que será... tan largo como el que hoi concluye.

Diciembre 31.

MARCOS-BOMBA.

EN UN ALBUM.

Aquí posó la vista un peregrino
I el mas bello fragmento de su historia
Le desgajó la mano del destino.....
El prosiguió, señora, su camino:
Consagrad un recuerdo a su memoria.

K.

LAS ALHAJAS DE LA SEÑORITA DIMIER.

La aparicion de la señorita Dimier en la capital de Chile, lo ha puesto todo en movimiento: no hai conversacion en que no intervenga o en que la encantadora danzarina no sea el asunto principal. Es pasion, es furor. Unos estan por la Dimier, otros por la Soldini: hai *Dimieristas* i *Soldinistas* como hubo Güelfos i Guibelinos. El partido de la Dimier, se compone de la jente que se pierde en lo vaporoso, que es elegante i sentimental. Los materialistas sueñan con la reina de las Willis. Este antagonismo es casi la guerra de las *dos rosas*; pero que se hace con palabras i con afectos, no con sangre, como aquella que devoró a la Inglaterra. Está Santiago desconocido: hai en él una animacion febril; una excitacion nerviosa que le exaspera como la infusion del té. Los especuladores mismos se inclinan a veces a la materia, a la moda; i no falta quien interrogado sobre el estado de la cosecha, responde que es hecha a torno la garganta del pié de la Dimier. Esposo hai a quien si se le pregunta por la salud interesante de su señora contesta que las piernas ágiles i arqueaditas de Aurelia le quitan el sueño de sus siestas i de sus noches. Es aquello una cacofonia jeneral, una cadena no interrumpida de *quipro-*

quos en la cual todos los estabones son de una misma forma, de un mismo sonido, de un mismo nombre:—

Dimier, Dimier, i mas Dimier
I siempre una misma cosa.

Dicen que hai un proyecto presentado a la municipalidad para dar el nombre de la Terpsicore francesa a la primera calle nueva que se abra en Santiago.

I en efecto, difícil seria permanecer con sangre fria, sin apasionarse, ante esas actitudes agraciadas, lijeras, que imitan con tanta propiedad a las de la afamada Guimard. La Dimier, apenas toca el piso i esto es encantador para los aficionados a la agilidad; si se quiere gracia, la Dimier la pone en todos sus movimientos i con tanta naturalidad, que arrebatada, hechizada i nos encierra irresistiblemente dentro de su círculo magnético.

El buen éxito de esta artista, no ha empezado en Chile. En todas partes donde ha residido ha exitado igual entusiasmo. Así tan jóven como nos parece, i lo es en realidad, la vida de esa interesante criatura ha sido un sendero de rosas, sin una espina siquiera. Paris la vió por la primera vez, i Paris, tan delicado como es en materias de gusto i de arte, nos la envia con excelentes certificados. El autor de estas lineas debe a una indiscrecion, que la interesada le perdonará, el conocimiento de algunos pensamientos inspirados a los criticos parisienses, jente que no elojia facilmente como todo el mundo sabe. La belleza, la verdad han conmovido a aquellos aristarcos; bajo la dulce i suave impresion que sabe producir la deliciosa niña, han escrito las siguientes lineas que tomamos de las pájinas de un álbum precioso. Agradézcanos los lectores, que le vamos a abrir esta caja de alhajas, que la modestia se empeñaba en mantener bajo de llave.

« Desde su aparicion en la ópera, en el mes de Octubre de 1845, la señorita Dimier no ha cesado de cojer coronas i aplausos. En ninguna de sus peregrinaciones le han faltado las flores que se siembran a las gracias. En Nueva York, cuando trabajó en el baile de la *niña mal guardada*, se presentó, dice un diarista de aquella ciudad: «Con esa aureola de la juventud que solo dura un dia, i ese perfume de inocencia que solo exala la primavera de la vida. La manera de bailar, casta, correcta, muestra claramente que la Dimier es una de esas flores recién abiertas al calor artístico de la ópera parisiense.»

Otro periódico de Nueva Orleans, decia: «La Dimier nos ha parecido uno de esos ramilletes de flores que embriagan, atraen i que quisiéramos estar respirando constantemente. En todas partes donde baila, la escena se convierte en jardin, tantas son las flores que el entusiasmo le arroja. Como cómica, como bailarina, como mujer, provoca, fascina, atrae. Una noche en que la Dimier estaba inquieta porque ya era hora de salir al tablado i todavía no tenia las alas con que representa a Giselle, le envió uno de los admiradores la cuarteta siguiente:

Pourquoi pauvre Willi pleurer ainsi vos ailes?
Pour planer dans les airs en avez vous besoin?
Moi j'en ai peur, car avec elles
Vous vous envoleriez trop loin.

B. D.

EL BOLERO.

Quién lo creyera! La novedad de nuestra semana dramática ha sido un *bolero*. Un *bolero* bailado con toda la sal, con toda la zandunga andaluza por dos damiselas francesas; gracias al héroe que fué con sus ejércitos hasta Madrid para transplantar al otro lado de los Pirineos los *boleros* i las cachuchas. He allí, lo único que queda a la Francia de la conquista de la Península. El *bolero* ha sobrevivido al vencedor de las Pirámides i de Austerlitz. Oh gloria!

A propósito de gloria; Dimier, Soldini! Cuántas flores a vuestros pies! Cuidado pues, sevillanas, con tropezar en esas coronas de *trinitaria* i de claveles que os dicen en lenguaje del harem, que no pensamos sino en vosotras i que sois fragantes como la canela de Ceilan. Bravo! Bravo! Nos habeis enloquecido. Giselle, en dónde habeis aprendido esos movimientos que nos permiten pensar en la mujer, vos, espíritu aéreo que bajais en un rayo de la luna desde la patria de los espíritus? Bravo! qué dulce es también la realidad! Sois una mujer, i una mujer como nosotros las soñamos, de ojos negros, de cabello de ébano, de mirada que quema, como la porcion de luz que se reúne en el centro de un vidrio ustorio; — Giselle ha abandonado la mansion de los bosques frecuentados por las nocturnas Wilis. Ha vuelto al mundo bajo las formas de las imágenes de Velazquez i de Murillo: viva España! La parisiense ha tomado ciudadanía a las orillas del Manzanares o del Tajo. La Dimier baila el *bolero*! Oh quién tuviera la lira de Herrera para cantaros un himno en el lenguaje mas puro de la lengua española.

Sin embargo, aprensión o no, nos parece que la danza española ha tomado bajo la proteccion de la Dimier un tinte fraúces. Una gota de melancolia ha caido en ese volcan de los sentidos en que se enlazan i trenzan, con nombre de *bolero* todos los deseos, todas las aspiraciones de la porcion perecedera de nuestra especie. El arte ha sabumado las impurezas de la inspiracion. La Dimier ha hecho con las *Castañuelas* lividonasas lo que David con el harpa de sus mocedades.

Las *castañuelas* a la francesa no recuerdan el calor de las siestas pasadas por las *sulamitas* de Sevilla a la sombra de los Oliva-

res. La melancolia de los amores graves suenan en ella, encantando a un tiempo los sentidos i la imaginacion. Ellas hablan al corazon i al alma.

Bis!! bis! El aire, las campanas, todos los ruidos i voces de Santiago pidan la repetición del *bolero*. Otra vez, otra vez!!

El Silfo.

PACHACAMAC.

(RECUERDOS DEL PERÚ)

Habiendo tomado un guía en Chorrillos, me diriji con mi compañero a Pachacamac. Despues de haber marchado por un camino arenoso, caimos en un bosquecillo, donde los árboles crecen en una tierra sin verdura. Sea lo que sea, este umbroso asilo ofrece un punto agradable de *pic-nics* a los huéspedes de Chorrillos, abrigándoles contra los rayos ardientes del sol, i recordándoles la existencia de la vegetacion. Al salir del bosquecillo se entra en una rica plantacion de cañas. Es la hacienda conocida bajo el nombre de *Villa*: pertenece a la familia Lavalle, una de las mas opulentas del Perú.

La *Villa* con su bello caserío, su imponente Iglesia, i los demas edificios pertenecientes a la fábrica de Azúcar, presenta el aspecto de una pequeña ciudad. Sin embargo no es mas que un Oasis, porque de allí entramos de nuevo en el desierto. Dos vias conducian a nuestro destino: una al traves de una sucesion de áridas colinas, la otra por la llanura arenosa de la orilla del mar. Casimiro, nuestro guía, prefirió la última por ser la ménos frecuentada i presentar ménos riesgos de encuentros desagradables. En efecto, ¿qué podrian hacer los ladrones en medio de una completa soledad donde solo encontramos en una penosa marcha de tres leguas dos negros arreando cinco borricos? Para distraernos teniamos verdaderos Congresos de pájaros, que espiaban en la playa restos de animales, una barca de pescadores a lo léjos, i sobre todo el *miraje*, que me trasportó quince años atras cuando recorria las costas del mar Rojo. Como en Arabia, algunos copos de verdura tomaban a cierta distancia las gigantescas proporciones de un inmenso bosque.

Dejando a un lado a Pachacamac fuimos a

pasar la noche en la hacienda de San Pedro. propiedad de la Cofradía de la O. Los quinientos negros que fecundan con un trabajo riguroso sus fértiles campos, me han parecido, si es posible, mas infelices todavía que los de la Isla de Cuba. La fábrica de azúcar corre de día i de noche.

El hermoso valle donde estábamos es conocido bajo el nombre de Lurin, villa de pescadores a un cuarto de legua de la hacienda. Por todas partes una brillante vejetacion esmalta un terreno accidentado, que ofrece sitios verdaderamente encantadores. Yo los hubiera contemplado con sumo placer si la aflictiva imájen de la esclavitud, la mas espantosa de todas las iniquidades sociales, no hubiese estendido su negro crespon sobre los paisajes que la naturaleza se habia complacido en alegrar.

Al otro día volvimos a montar a caballo i al fin de un cuarto de hora de camino el desierto habia recobrado su imperio.

Trepábamos con trabajo montecillos de arena; trozos de paredes parduzcas aparecian por todas partes a nuestra vista. Se hubiera dicho las ruinas de una ciudad demantelada, saqueada, destruida mas bien por la mano del hombre que por la del tiempo. Luego i como de repente surgió una ruina gigantesca semejante a la de una ciudadela. *El castillo!* exclamó Casimiro. En verdad, al ver el punto culminante que nos indicaba, los colosales adoves elevados unos sobre otros, la union visible aun entre las diversas partes del edificio que ocupaba la vasta circunferencia de una colina entera, se sentia lo bien aplicado del titulo de Castillo, en toda la acepcion de la palabra, como se comprendia en la edad media. El jéno popular desdeña la perifrasis i pinta los objetos con exactitud, inspirándose con la analogia.

El castillo ante el cual quedábamos absortos en una melancólica contemplacion, era el templo mas venerable i mas venerado del Imperio de los Faraones de la América. Ademas del Sol, padre de la dinastia que ocupaba el trono, divinidad cuyo culto poético se estendia con las armas, los antiguos peruanos reconocian un Ser Supremo creador i Soberano del Universo que llamaban Pachacamac o Viracocha. Este no tenia mas que un solo santuario, mientras que su radiante teniente contaba tantos templos cuantos pueblos estaban sometidos a los Incas. Bien se comprende que estos propagasen con preferencia una creencia ménos filosófica pero mas útil a su dominacion. Debian naturalmente apasionarse por una

religion, puesto que ceñia su frente con una aureola divina.

A. HOLINSKI.

(Concluirá).

FANTASÍA

EL POETA I LA ILUSION.

(A MI AMIGO F. FERNÁNDEZ ROSELLA.)

EL POETA.

(Sumido en un sueño ajitado;—al desplegar sus alas la Ilusion, despierta.)

¡Qué me quereis, perdidas ambiciones,
Vanos fantasmas del delirio mio,
Sombras de amor, ridiculas visiones,
Esperanza falaz de un desvario!

¡Qué me quereis aun!—sobre mí frente
Ya pesan demasiado los dolores...
Quiero ser de una vez indiferente
I negar la esperanza a mis amores.

Que yo bien sé que el mundo i sus placeres
Son fantasmas que alienta la esperanza,
Que ese bello ideal de las mujeres
Es una sombra que a nacer no alcanza...
(se duerme.)

LA ILUSION.

¡Pobre, infeliz peregrino,
Lanzado al mundo a sufrir
I entregado a tu destino,
Para cruzar un camino
Que no tiene porvenir!

Duermete,—que así dormido
Seras feliz en tu pena,
I no llegará a tu oído
Ese espantoso ruido
De tu pesada cadena...

Vive, pues, siempre soñando
A la luz de tus deseos;
Vive así, siempre cantando,
Tu corazon engañando
Con tus dulces devaneos.

EL POETA.

(Delirando).

Venid a mí, queridas ambiciones,
Dulces fantasmas del delirio mio,

Sombras de amor, anjélicas visiones,
Iluminad mi corazón sombrío...

Ángel de amor que velas a mi lado
Toma esa flor tan pura i tan hermosa,
Mi corazón en ella va encerrado.....
Mira cuán linda es..... qué vaporosa!

No le muestres la luz, porque su vida
Solo en las sombras infeliz alcanza;
Mira como en sus hojas va prendida
La mas dulce ambición de mi esperanza...

(cae en un sueño profundo)

LA ILUSION,

(cubriéndole con sus alas.)

Duerme, infeliz peregrino,
Lanzado al mundo a sufrir;
Duerme al lado del destino
I no sigas tu camino
En busca de un porvenir:

Duerme, ya que condenado
Vives cantando el dolor,
Que yo velaré a tu lado
Como ese ángel adorado
De tus ensueños de amor.

Yo te llevaré dormido
Al campo de tus deseos,
Te alejaré del olvido
I hallarás tu bien perdido
I tus dulces devaneos.

Te daré cuanto ambiciona
Ese corazón sediento;
I, si el mundo te abandona,
Yo te daré una corona
I un trono en el firmamento!

V. MAGALLANES.

TRINIDAD

o

LA MUJER DEL PESCADOR.

(Conclusion.)

Infinitos fueron los naufragios peligrosos, los presentimientos i aventuras que los huéspedes se creyeron en el deber de referir durante la cena, i que Laura escuchó crédula i atónita. Nos ceñiremos a transcribir la narración de Franco, la mas verídica sin duda, sirviéndonos en cuanto podamos de sus propias palabras.

Salió ayer de mañana, como todos salen, a re-

cojer la red de la vuelta afuera de Quebra-Olla. Tan lejos la tendí, porque he notado que en la primavera el congrio se aleja mucho de la costa. El viento soplabá a ráfagas, pero calculé concluir mi faena i abrigarme en alguna ensenada ántes que arreceiese demasiado: i así fuese, si la mar no hubiera alejado la boya de donde la dejé. Perdí un buen cuarto de hora en buscarla. Recojía de prisa la red cuando sentí como un fuerte encontrón contra la pierna derecha de mi balsa, un momento despues otro. Un peje-espada o tiburón la habian roto i casi se sumerjía conmigo. Grande era el aprieto, pero meneando la paleta trató de ganar la tierra—estaba demasiado lejos i metido yo en el agua hasta la cintura. No habia remedio; fuerte era la reventazon: sin embargo enderezo para Quebra-Olla; i me propongo trepar la roca con peligro de caer en ella i hacerme mil pedazos. Anduve feliz, una gran ola elevó mi balsa sobre la parte del sud, doi un brinco i quedo en seco; era sin embargo falsa mi situacion, un golpe de mar me arrolló i conocí que para estar un tanto seguro debia subir hasta la cima. Mas de una vez al dar un resbalon, estuve a un dedo de la muerte, pero logré al fin mi objeto. Fuerte sopló al entrar el sol, i no tardaron las olas en perseguirme hasta en lo mas elevado de la roca; en seguida vino la noche. Entónces pensé en tí, mujer, pensé en mis hijos, i pensé en Dios. El Dios de los mares miró con misericordia al pobre pescador i su frágil balsa, i creo que los que hemos navegado i que pasamos gran parte de la vida viendo lo mas grande i mas fuerte que él ha criado, le conocemos tambien mejor que los que viven allá tierra adentro. Nunca han visto ellos las olas que crecen como elevados cerros i pelean unas con otras, ni aplanarse un poco despues hasta parecer un verde llano.—Pero fué terrible esta noche, verme solo sobre la roca, en medio de la oscuridad, las aguas me bañaban a cada paso azotándome contra la piedra dura i fria, apenas tuve tiempo para pensar en otra cosa que en mi propio peligro; pero me acordé de tí, Laura, i de todos. Vds. saben lo demas, Vd. D. Antonio i sus dos muchachos. Miéntas Franco tenga un hueso bueno en el cuerpo i un pan que partir, no les faltará un buen amigo ni un mal bocado.»

No se retiraron los huéspedes tan presto como desearan Franco i su mujer a quienes los sufrimientos de cuerpo i alma tenían en una urgente necesidad de reposo. La noche que él estuvo ausente, ella veló a orillas del mar; pero todo tiene su fin. Trinidad dió en bostezar mui a menudo, i los huéspedes se dieron por entendidos i se despidieron. Nosotros haremos otro tanto, no sea que bostecen tambien nuestros lectores.

Veinte i tantos años han trascurrido desde entónces. Franco i Trinidad viven aun, no ya en la gruta, sino en una cómoda casita fruto de su trabajo i ahorros. Una larga i honrada familia ha crecido a su lado; he visto a Laura guapa, casada i madre de varios hijos. Tio Franco, así se llamaba, diez años hace, de vez en cuando, en las grandes ocasiones, echa todavia sus lances, es decir: tiende su red. La buena Trinidad ha redoblado su devota predileccion por nuestra Señora del Carmen.

Sentado en el Veladero, sobre la blanca arena

que le reviste, Quiebra-Olla se divisa, punto negro e inmóvil entre el cielo i el mar. Allí tiene asiento, como una idea lejana, un recuerdo fijo i penoso, sobre el horizonte de la memoria.—Sentado allí he pasado mas de una tarde aguardando el vapor que debía conducirme a playas ménos áridas.—Perdida la esperanza, en una de estas veces, escuché con resignacion la sencilla historia que he referido.

CÁRLOS BELLO.

PAQUERETTE.

CONTE.

I.

Qu'elle était mignonnette
La blanche Paquerette,
Quand près de sa couchette
Elle priait le soir!...
Quand chastement baissée
Sa paupière lassée
Se refermait bercée
Par les songes d'espoir.

Enfant insoucieuse,
Toujours folle et riieuse,
Elle foulait, joyeuse,
Les fleurs du beau chemin
Où s'égarait sa vie;—
Sans remords sans envie,
Jamais l'enfant ravie
Ne songeait a demain.

Un lendemain sa mère
Pour toujours lui manqua....
Longtemps, seule sur terre,
Longtemps elle pleura:
Chaque soir la pauvrete
Dans sa triste chambrette
Pour sa mère pria.

II.

Mais il lui vint à l'âme
Ardent désir d'aimer...
Hélas! Dieu fit la femme,
Trop facile à charmer.
Lorsque l'amour la plonge
Dans un divin sommeil,
Son âme croit au songe
Et jamais au réveil!

III.

Une nuit Paquerette,
—Toute une nuit—pleura;
Et sans prier, sa tête
De honte se courba.

Oubliant la prière,
Son enfance et sa mère...
Aussi Dieu l'oublia!

La pauvre fleur fanée
Se brisa sans pardon;
Elle fut condamnée
Au cruel abandon.

Oh! de vos pures âmes,
Vierges, gardez l'encens;—
N'en livrez point les flammes
Aux caprices des sens.

N'allez point, fascinées,
Pour quelques mots menteurs,
Souiller de vos années
Les parfums enchanteurs.

IV.

Bientôt dans sa chambrette,
Comme un lys qui s'endort
Le front de Paquerette
Se pencha sous la mort!

Qu'elle était mignonnette
La pauvre Paquerette,
Quand près de sa couchette,
Elle priait, le soir!—
Par la douleur baissée
Sa paupière lassée
Se referma glacée
Au vent du désespoir!....

Mais Dieu, dit-on, pardonne
Quand les jours sont de fiel;
Au repentir il donne
Tous les bonheurs du ciel!

FERNANDEZ RODELLA.—1845.

¿QUÉ SERÁ?

Combinando las letras de mi nombre
Varias palabras formarás distintas,
Ya un árbol conocido en todo Chile,
Ya un antiguo apellido de familia,
Ya un mal con que al paciente el cielo prueba,
Ya la pesca mas noble que el mar cria,
Ya un rio que fecunda nuestros campos,
Ya de la culta lengua de Castilla
Dos verbos, que en sus modos i personas
Dos cosas diferentes significan.
Compon de cinco letras estas cosas
I ya podrás decir que me adivinas.

La palabra del enigma anterior es amor.

Director F. FERNANDEZ RODELLA.

IMPRENTA CHILENA.

LA ESTRELLA DEL MARINO.

BAILE PANTOMÍMICO EN DOS ACTOS.

PALABRAS DE M. LEROUGE, MÚSICA DE MOREL.

PERSONAJES.

ACTORES.

PEDRO, jóven marino.....	SEÑOR PONZOT.
MATEO, grumete.....	SEÑOR HUMBER.
Un oficial de marina.....	SEÑOR ADOLPHÉ.
El Príncipe.....	SEÑOR DESVEAUX.
El Jefe de las guardias.....	SEÑOR BOYER.
MARIA.....	SRIITA. SOLDINI.
NANETTE.....	SRIITA. GLADI.
La madre de Pedro.....	SEÑORA PONZOT.
La Sultana Favorita.....	SEÑORA PROSPER.
Comparsas de Marineros, Guardias del Príncipe i Bayadetas.	

ACTO PRIMERO. *Primer cuadro.* (Cabañas de pescadores a derecha e izquierda: mesas. Al fondo e izquierda un camino que pasa por las rocas. A derecha, el mar hacia el fondo). —Pedro, Mateo, Maria, Naneta, pescadores i pescadoras. —Al levantarse el telon todos los pescadores se ven reunidos, unos juegan al naípe, otros beben, algunos se ejercitan en diversos juegos i ejercicio de armas, i otros bailan. —Durante el baile, Pedro juega i gana sin interrupcion. Mateo, ménos feliz pierde sin cesar. Pedro se halla sentado cerca de Maria a quien ama i de quien es correspondido. Mateo, por el contrario se esfuerza en agradar a Nanette que lo desdeña. —Se oye tañido de campanas. Mujeres i niños vuelven de la iglesia. Entre ellos llega la madre de Pedro. Este aparece delante de ella con Maria. Empieza el baile. Mateo invita a otra jóven en desquite de la indiferencia de Nanette. Pedro baila con Maria. Diversion jeneral. —De repente suena el tambor. Llega un oficial de marina seguído de marineros. Uno de ellos deseevuelve a los ojos de los paisanos un gran cartel, sobre el cual se lee en gruesos caracteres la órden de partida. Todos los marinos deben volver a la fragata que está a vista de las costas al amanecer. Un cañonazo dará la señal de partida. Consternacion jeneral. Las mujeres lloran a sus maridos, las madres a sus hijos, las muchachas a sus amantes. Maria, para consolar a Pedro le jura amarlo i esperarlo siempre. Cuando Mateo pide a Nanette le haga igual promesa, esta responde que no se compromete a nada. —Decididamente el pobre Mateo no tiene sucesos en amores. Consuélese sin embargo cojiendo una botella que acaricia con los ojos: en adelante no amarà mas que a ella. Cada cual se aleja para hacer los preparativos. La madre de Pedro vuelve a entrar tristemente en la cabaña. Durante el fin de esta escena la noche ha descendido. —Pedro ha quedado solo. Piensa con dolor en su anciana madre i su jóven novia de quien va a alejarse. —A cuántos peligros está expuesta la vida de un marino. Si pereciere talvez!... De improviso aperci-be una estrella mas resplandeciente que las demas. Serà tal vez la suya?.. Prostérnase relijiosamente ante ella, i la suplica velar sobre él i protegerlo! Mas calmado entónces, vuelve a sentarse cerca de la cabaña que pron-

to debe abandonar; piensa en sus amores, en la dicha que le espera a su regreso i luego se queda dormido. —En este instante la estrella se desprende de los cielos, corta los aires i desaparece detras de una roca, al mismo tiempo que Maria, aparece i resbala hasta el suelo vestida de lijera gaza una estrella brilla sobre su cabeza. Acércase a Pedro que duerme i sueña. Ella ha escuchado su ruego, i la estrella que en adelante velará sobre él, será su querida—ella misma! Inclínase hacia él, i deposita un débil beso sobre su frente; en seguida se lanza hacia la roca, desaparece i de nuevo se vé a la estrella cortar los aires i tomar su antiguo sitio entre los astros. —Oyese un cañonazo i el alba empieza a nacer. —Pedro se despierta bajo la impresion del sueño dichoso que acababa de adormecerlo, i cuenta a Mateo, que llega con su maleta a la espalda, Mateo tambien ha soñado ver una estrella; era Nanette; pero ella no le ha prometido mas que cosas horribles. Pedro ha nacido bajo una buena estrella, Mateo bajo una mala. —Llegan todos los paisanos. Se despiden, van a partir. Nanette no está del todo triste, pero Maria llora desolada. Pedro la consuela; luego la aproxima de la mano a su madre, que los une i los bendice de nuevo. —Ha llegado el momento de embarcarse. —Abrazanse por última vez; los marineros se arrojan en seguida a una chalupa que los espera. —Cuadro.

ACTO SEGUNDO. *Cuadro segundo.* (Una casa indiana (kiosque). Jardin al fondo). *El príncipe, un oficial, mujeres del Serrallo, guardias.* Al levantarse el telon se ve al príncipe tendido sobre cojines; dos esclavos le abanicán. Las mujeres del serrallo, forman diversos grupos al fondo. —Un oficial de palacio mira a lo léjos con un antejo. —El príncipe parece absorto en sus meditaciones. —El oficial deja repentinamente la ventana, se acerca al príncipe i hace una profunda venia. —El príncipe se incorpora i le hace señal de explicarse. —Entónces el oficial indica la ventana i mostrando el antejo, hace comprender al príncipe que extranjeros marinos se acercan con una bandera i tomando a las mujeres tres cintas, una blanca, otra roja, i la última azul, manifesta, juntándolas que la bandera es tricolor. —Entónces el príncipe se levanta i aproxima a la ventana i expresa su cólera ordenando a las mujeres acercársele. —Avanzan estas siempre bailando, pero él las detiene bruscamente, e inclínanse temblorosas ante su señor. —El las conduce hacia la ventana i ellas manifiestan sorpresa i alegria. —El príncipe las conduce entónces al medio de la escena. Les esplica que esos extranjeros van a venir i que es preciso recibirlos con cariño, ofrecerles frutas, refresco i licores. —Las mujeres están locas de contento, mas, miéntras ellas atestiguan su satisfaccion, el príncipe dice al oido de su confidente una palabra que indica los culpables proyectos que ha concebido. —Oyese música militar.

El príncipe da orden de conducir a los extranjerios.

Los mismos, Pedro, Mateo, marineros i soldados.—Pedro llega vestido con traje de aspirante de marina; Mateo de simple marinero.—Los franceses son recibidos con grandes muestras de amistad. El Príncipe indica hallarse encantado de su presencia, i que pueden disponer de su palacio, como propio.—Mateo, recorre a las mujeres con ojo codicioso. Se les invita a descansar. Entónces Pedro dá a sus soldados orden de retirarse, no quedando sino Mateo i sus compañeros de marina.—Pipas i frutas son presentadas a los franceses por esclavas.—La fiesta dá principio.—Paso de mujeres.—Vuelven estas i toman a los franceses por la mano.—Una negrita escoje por pareja a Mateo que hace ascos; mala fortuna tiene.—Después de este paso, una belleza velada se acerca a Pedro que no había bailado; le toma de la mano i se empeña en persuadirlo. Este se deja al fin arrastrar; la suplica de levantarse el velo, i ella accede; el marino hace entónces un movimiento de sorpresa, porque encuentra en esta mujer encantadora las facciones de la que ama i brilla sobre su cabeza una soberbia estrella de diamantes. El no trepida mas; baila con ella.—Paso de Pedro i la Estrella, que concluye por un conjunto jeneral, i grupos que llenan a los franceses de embriaguez.—Entónces se trae a los franceses, a una señal del príncipe, ricas copas llenas de vino.—Ellos beben; pero en el instante en que Pedro lleva la suya a sus labios, la jóven Bayadera se la arranca de las manos, arroja al suelo el brevaje, i posa un dedo sobre sus labios, para indicar que debe guardar silencio.—Admiración de Pedro.—En este momento el príncipe se retira, porque la noche se acerca.—Las Bayaderas se alejan, arrojando tiernas miradas a los franceses cuyos ojos se cierran lentamente.

Pedro, Mateo, los marineros i luego la Estrella.—Poco a poco todos los marineros caen embriagados sobre los cojines. En este momento entra la Estrella cubierta con su velo. Explica a Pedro el peligro que corre con sus compañeros, a quienes el Príncipe hará asesinar durante su sueño.—Al efecto le conduce hácia el fondo i le muestra las guardias que se deslizan en la sombra.—Ella induce a Pedro a mostrarse valeroso i tener fé en su Estrella que vela sobre él.—En seguida desaparece.—Es la hora de media noche. Pedro se esfuerza inútilmente en despertar a sus amigos.—Viendo que no puede conseguirlo se arroja sobre un cojin i se finje dormido miéntras el príncipe aparece con sus guardias.

Los mismos, Príncipe, guardias.—Se introducen en la escena con precaucion; luego indica el Príncipe a sus guardias, las víctimas que deben herir.—De repente Pedro se levanta i tira un pistoletazo que despierta a sus compañeros.—Empéñase un combate.—Vese entónces correr a los solda-

dos de marina, que toman por la espalda a los indianos. Estos se rinden, i en lugar de la bandera del Príncipe que Pedro acababa de arrancar se enarbola en el fondo el tricolor de Francia.—En este momento brilla una estrella en el cielo negro del fondo.—Pedro la advierte i manifiesta su reconocimiento hácia su protectora.

Cuadro Tercero. Una gruta salvaje a orillas del mar. Una noche de tempestad, truenos, relámpagos, a lo léjos un navio batido por la tormenta.—Retumba de repente un trueno mas violento que los otros, un rayo vibra en los aires i el navio desaparece.—Un momento después, una ola arroja a la playa un marinero sin sentido, i al mismo tiempo aparece la Estrella en el cielo.

Pedro, luego la Estrella. Pedro vuelve en sí poco a poco... Se incorpora i se admira de haber escapado al naufragio; él aperece aun su Estrella, i vá a prosternarse cuando esta se esconde; i al mismo tiempo, saliendo Maria de atras de una roca, se acerca a Pedro.—Este le atestigua su reconocimiento, su amor.—Ella le hace comprender que una dicha mas grande aun, le está reservada, i le señala el camino para salir de la gruta; en seguida le dice adios, para remontarse al cielo.—En efecto, desaparece al travez de la roca, en el momento en que Pedro, ébrio de amor, va a seguirla, reapareciendo instantaneamente en el cielo.—Pedro obedece entónces la orden de su querida Estrella; i con la vista clavada en ella, sigue el camino que le ha indicado.—Sale.—Cambia la decoración.

Cuadro cuarto (la misma decoración del primer acto).—Todos los paisanos están agrupados sobre las rocas i miran hácia el lado del mar, ajitando sus pañuelos. Entre ellos se divisa a la anciana madre de Pedro.

Los mismos, Pedro, Mateo, marineros.—Están ya de vuelta.—Alegria jeneral, se abrazan.—Pedro i Mateo miran con inquietud hácia todos lados sin descubrir a sus queridas.—La madre indica a Pedro la capilla i le refiere que Maria está allí rogando por él. Pedro se lanza hácia ese lado en busca de su amada.—Entónces la madre atormentada por Mateo que pregunta donde está su novia, le muestra una choza, haciéndole señal de hallarse allí.—Mateo corre a ella, golpea; salen sucesivamente tres o cuatro chiquillos, en seguida un gordo pescador i luego Nanette. Ella se ha casado durante la ausencia de Mateo.—Decididamente él tenia una mala estrella.—En este momento, Pedro vuelve corriendo con su querida Maria! Mañana será su esposo, porque ella le ha sido fiel. Pedro tenia una buena estrella.—Diversión jeneral.

(Traducido para la SÍLFIDE.)

EL DIOS Y LA BAYADERA,

Grande ópera en dos actos, música de AUBER.

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.	
Brama, bajo el disfraz de un desconocido.....	<i>Sr. Emon.</i>	
Olifour, Gran Juez.....	<i>Sr. Desveaux.</i>	
El Tchop-Dar.....	} <i>Sa. Guillemet.</i>	
El Jefe de los Guardias.....		
Un Eunuco.....	<i>Sr. Roland.</i>	
Ninka, Bayadera.....	<i>Srita. Anita.</i>	
Zoloé id.	<i>Srita. Dimier.</i>	
Fatmé id.	<i>Srita. Soldini.</i>	
Bayaderas.....	} <i>Srita. Gladi.</i>	
		<i>Srita. Landelle.</i>
		<i>Srita. Coralie.</i>
		<i>Srita. Pereda.</i>

Coros de Bayaderas, de Hombres i mujeres del pueblo, Guardias del Visir, etc., etc.

ACTO PRIMERO.

Plaza de la ciudad de Cachemira. En medio de la plaza un sitial en forma de tribunal. El pueblo está agrupado en torno esperando impaciente desde el alba, al gran juez Olifour.—Aparece Olifour seguido de esclavos, celebrando el vino i la buena mesa que acaba de dejar. El pueblo lo rodea pidiéndole justicia. Olifour se hace sordo i los despide condenando en general a culpables e inocentes.—En ese momento salen de una pagoda Ninka i Zoloé precediendo a un grupo de bayaderas que cantan i bailan en derredor del Tribunal. Olifour que ha prohibido a estas introducirse en la ciudad, manda arrestarlas; pero las bayaderas continúan bailando i moviéndose de las guardias. Seducido Olifour por los encantos de Zoloé la interroga, Ninka responde que Zoloé es extranjera i que ignora el idioma de los hijos de Brahma. Olifour se arrodilla a las plantas de Zoloé i le ofrece sus tesoros; esta le vuelve la espalda haciendo una pirueta; luego se le acerca dándole a entender que es demasiado viejo i feo. El juez le pregunta bajo qué forma podia agradarla. Zoloé echa una mirada en torno i la fija en un desconocido, designándole a Olifour. Exasperado este, ordena a sus guardias aprehender al desconocido. Zoloé se echa a las plantas del juez pidiéndole por la vida del preso i ofreciéndole en cambio aceptar sus homenajes. Olifour entra en su palacio despues de haber mandado a sus esclavos, conducir a los pies de la bayadera todas sus joyas. El desconocido i Zoloé quedan solos. Aquel ofrece a la Bayadera un brazaletes en testimonio de gratitud. Ella lo rehuza, pero Luego lo coje vivamente estrechándolo sobre su

corazon.—Los esclavos de Olifour depositan joyas a los pies de la jóven. El desconocido mira esos regalos con tristeza i trata de alejarse. Zoloé lo detiene i ofrece a Ninka i sus compañeras las alhajas de Olifour, reservándose solo el brazaletes del desconocido.—Aparece un heraldo anunciando que existe en la ciudad un extranjero cuya cabeza está puesta a precio. Veinte mil sequies se prometen a quien lo entregue i la muerte a quien lo asile. Zoloé adivina que es el desconocido de quien se trata i le ofrece esconderlo en su propia casa; Olifour llega con sus esclavos i convida a Zoloé a subir sobre el palanquin a su lado. Pero llega un esclavo que dá a Olifour un firman; es una orden de presentarse al punto ante el gran Visir. Mientras Olifour lee el firman, Zoloé hace una seña rápida a sus compañeras i al desconocido que se desliza dentro del palanquin. Zoloé se coloca delante de él, lo oculta estendiendo su velo, i hace con la mano un saludo gracioso a Olifour que manda a sus esclavos conducir al palacio la belleza que adora.

ACTO SEGUNDO.

Cabaña indiana. El desconocido i Zoloé entran con precaucion. Zoloé le enseña su modesta habitacion, dándole a entender que es cuanto posee i su felicidad en ofrecérselo. El desconocido se siente desfallecer, agobiado de cansancio i hambre. Zoloé lo ayuda a sentarse, i luego tendiendo una mirada en derredor, ve con desesperacion que nada puede darle para calmar su hambre i sed; pero divisa un cofrecillo i hace un signo de alegría. Son sus halajas que extrae del cofrecillo, i manifiesta la determina-

cion de venderlas para procurarse alimentos. El desconocido se opone; pero Zoloé, indicándole el brazalet, contesta que aun le queda la mas preciosa halaja. El desconocido queda solo; deplora el destino que lo encadena: ¡Él, Brama! él, Dios que el Indostan adora, experimenta las necesidades, los placeres i los dolores de la naturaleza humana! Mortal, padece i conoce las lágrimas. Decaido de su poder, no puede remontar a la eterna mansion sino despues de haber encontrado en la tierra un cora animado por él de un inmortal amor. Ha recorrido todos los harems del Asia; adoró los atractivos de cien bellezas; i en todas partes solo ha encontrado orgullo, vanidad i perfidia, i se pregunta si seria solo en una Bayadera donde encontrase un sentimiento puro i verdadero.—Entran Zoloé, Ninka i Fatmé trayendo provisiones.—El desconocido ha notado la mirada dulce i tierna de Zoloé, pero para asegurarse mejor de su amor, quiere ponerlo a prueba con el desprecio i el desden. Se sientan a la mesa. Todas manifiestan alegría, excepto Zoloé, que no come i queda triste i pensativa. Ninka canta, el desconocido admira la voz de Ninka que invita a Zoloé a bailar. Zoloé rehusa. Fatme baila. El desconocido, encantado de la gracia de Fatmé, se dirige a felicitarla; pero Zoloé, desgraciada i zelosa, le dice “espera hai quien baile tambien como ella.” Baila con Fatmé. El desconocido finje aplaudir a Fatmé i ni siquiera mira a Zoloé. Entónces Zoloé se desanima. . . . sus rodillas se doblan i agobiada de dolor se retira llorando a un rincon de la cabaña. Ninka dice en voz baja a Fatme “creo que nos prefiere a ella, pero partamos para no aflijir a nuestra amiga.” El desconocido pregunta a Zoloé la causa de su llanto; esta le contesta que padece porque él ama a Ninka, mas que a ella, i en fin, confiesa que

ella tambien lo ama, pero que no es mas que una pobre bayadera a quien él debe despreciar; sin embargo, le ruega no la rechase, i consienta en que le sirva como una esclava. El desconocido al verla a sus pies, apenas puede contener su emocion; hace un movimiento acia ella, pero se detiene diciéndole con frialdad. “Basta! levántate.”

Dá algunos pasos i se siente repentinamente acometido por el sueño. Tiéndese en una hamaca. Zoloé imaginando que duerme, se acerca en puntillas, lo mira con amor i se pone a llorar. El desconocido mueve la cabeza; Zoloé espantada, creyendo haberlo despertado, se arrodilla pidiéndole perdon. El desconocido no pudiendo ya resistir, estrecha a Zoloé en sus brazos. En este momento Olifour introduce la cabeza por la ventana, i arroja un grito de indignacion al ver a Zoloé en los brazos del desconocido. La jóven se lanza a cerrar la ventana, i oculta a su amante en un subteraneo. Derriban la puerta, i Olifour penetra en la cabaña seguido de sus guardias, del pueblo i bayaderas; rodean a Zoloé, exijiéndole declare donde está escondido el jóven, amenazándola de quemarla viva. Zoloé nada teme, i se considera mui dichosa de morir en su lugar por salvarle. Los soldados derriban, por órden de Olifour, los tabiques de la cabaña, con cuyos escombros levantan una hoguera en donde colocan a Zoloé. Retumba el trueno; resplandece el relámpago; Zoloé, rodeada de llamas va desfallecer, cuando Brahma revestido de esplendor, aparece cerca de ella, la sostiene en sus brazos, diciendo: “que la hoguera se transforme en lecho nupcial! que tu amor se purifique en el seno de la divinidad: me disteis la vida yo te doi la inmortalidad.”

Traducido para la SILFIDE.

LITERATURA.

COSTUMBRES.

NOVELAS.

POESIA.

EFEMERIDES.

BELLAS ARTES.

PINTURA.

MUSICA.

TEATRO.

MODAS.



LA SILFIDE.

REVISTA TEATRAL.

La Estrella del Marino.—El Dios i la Bayadera.—La Villalba.



Nué decir de esta pobre semana lirica.— Que es una foja en blanco para el libro dorado de la compañía francesa; una lágrima de dolor vertida por el arte sobre el recuerdo de mas felices noches. Cual sea la causa de esa triste inconsecuencia, preguntadlo a las nubes, al sol, a todos los elementos que influyen i pesan sobre nuestra vida, imprimiéndole su voluble inconstancia, su sofocante laxitud, su matadora inercia. Os habeis cansado de aplaudir?—Sentis agotados vuestros ociosos caudales?—Habeis apurado ya los placeres del alma hasta el disgusto?

Pero a quién pedir justicia contra las in-

justicias de un público juez i acusado de lesa-majestad danzarina? Morireis pobres hijas del aire condenadas a la soledad i al silencio? Oh nó, mil veces no: la *Silfide*, vuestra hermana, combatirá por vosotras hasta vencer o morir, i si vuestra estrella es tan desgraciada como la *Estrella del Marino*, enlutará sus pájinas al ménos.

Dimier, Soldini, *perdonadlos*, que no saben lo que hacen; ellos vendrán a buscar a vuestros pies la absolucion que la *Revista Católica* les niega. *El Dios i la Bayadera* será vengado i ocupará al fin su sitio, sobre vuestra senda de triunfos.

Entre tanto que la monotonía de los salones aristocráticos i el pálido atractivo de las haciendas arrebatan la palma al teatro principal, el arte dramático hace furor en poder de la Villalba, sobre la escena democrática. Mil i tantas personas asistian al beneficio de esta actriz en la noche del jueves.

Conoceis a la Villalba? Es un nombre envuelto todavia entre los pesados pliegues de la comedia española, pero que mui bien pudiera brillar en el teatro moderno. La Villalba goza de tanta popularidad en las tablas de la calle de Duarte, como la Rachel en los escenarios de Paris. Todas las masas tienen sus ilustraciones, formadas por sus propios esfuerzos. Esta jóven actriz reune a su gracia natural, un talento especial, i las simpatias de la concurrencia.

Talvez a su influjo, únicamente se deben los progresos del Teatro de Duarte.

Nos felicitamos pues de tener adonde ocurrir por materias teatrales, cuando nuestra bella sociedad se olvide enteramente del baile i de la ópera.

K.

NO ES DE MUJERES EL NÓ.

(DRAMA EN OCHO RENGLONES.)

El teatro representa... lo que se le antoja al lector.

EL I ELLA.

EL—Ayer me dijiste sí

ELLA—Hoi te repito que nó.

EL—No esperé nunca de tí
Un proceder tan traidor!

(Se dan la espalda.)

Cambio de decoracion

ELLA I EL.

ELLA—Necio!.... yo nunca creí,
Que hicieras caso de un nó,
De labios que han dicho sí.

(Se acercan corriendo i se abrazan.)

Gae el telon.

EL.

EL AMOR POR PARTES DE ORACION.

Era un dia de exámenes en la semana pasada... i para abreviar la historia, omito la descripción de una extensa sala ribeteada en sus dos orillas por alegres colegiales. Los examinadores ocupaban sus asientos, i el que habla hizo otro tanto, en clase de aficionado a las ciencias i sobre todo a las niñas.

Tócóme la vecindad de dos botoncitos de rosa, que se cruzaban a media voz frases alusivas u observaciones picantes, sobre las diversas clases de expresion que animaban los semblantes de sus jueces.

—Mira qué feo, i tiene valor para venir a examinar con esa cara?

—Aquel es tonto por lo ménos, i no nos apretará.

—Qué lástima! tan buen mozo el de la izquierda, i no sabe jota de examinar.

—I aquel otro, Dios mio! que hombre tan

chinchoso!... es capaz de sacar mal, con solo mirarle.

—Yo quisiera que me examinara ese ñatito.

—I yo, nuestro vecino, que parece dispuesto a sacarnos airoosas.

—¿Sabes el exámen?

—Ni una palabra, ¿i tú?

—Ménos.

—Pues fíemos a los ojos, mas qué a la lengua, nuestro éxito.—Démosles, a entender que nos han parecido bien i saldremos a maravilla.

Una mirada del cancerbero de la inspectora les impuso silencio, pero les habia oido lo necesario para ponerme en guardia.—Desde luego empezó mi coquetuela a enviarme un fuego graneado de miradas público-atrevidas, a que contesté con valentia i firmeza, como el prefacio de nuestro próximo combate.

Se trataba de Gramática Castellana. A poco rato llegó a ella su turno, i me apresuré a arrebatar la preferencia a un comedido diciéndole a la oreja, ser la examinada mi parientita.

—¿Qué es sustantivo, señorita, i un ejemplo?

—Toda esencia espiritual o ser material como hombre, alma, corazon, pensamiento...

—Muy bien, magníficamente, (buena alhaja)—i adjetivo?

—Las calidades que posee, como hermoso, elegante, sensible, encantador....

—Oh! divinamente, diga V. un verbo.—

—De todas conjugaciones?... amar, sentir, querer, preferir, corresponder, adorar, idolatrar, no olvidar!...

—Basta, basta, qué talento, pero ha puesto V. un no de mas.

No tenga V. cuidado que al llegar al adverbio le diré sí.

—Presente de indicativo.

—Yo te amo... tu me....

—Niña! exclamó la directora, quite U. la palabra del medio, que no se le pregunta.

—Este caballero se ha saltado el pronombre, señora, yo se lo recuerdo.

—Mil gracias por la advertencia, señorita, proseguí yo; agregue U. un adverbio.

—Mucho, muchísimo, sobre manera, en extremo, tanto, cuanto....

—Yo os adoro, [interrumpí yo, analice V. esa frase.... pero el ruido de la campanilla, que daba por concluido el exámen, la envolvió sin dejarla oír de los asistentes, obteniendo solo una risueña inclinacion de la examinada que se levantó dejándome con la boca abierta, admirado de tanta capacidad gramatical.

En la noche del día siguiente me encontré en una tertulia con mi injeniosa i bella colejiala. Quise proseguir mi conquista, ya no por parte de la oracion, sino por todos los medios sóciales, a cuyo efecto repetí al oído de mi hermosa.

—Yo os adoro,

—No he estudiado la Sintáxis, caballero, me respondió la picarona; espero que a fines del año entrante, pueda construir artificialmente su proposicion de V.—I me dió muy graciosamente la espalda. He aquí, me he dicho en mis adentros, los resultados de ese pérfido método de enseñar solo partes de la oracion, i no *construccion natural* a estas malvadas chiquillas.

CRISPIN.

A LAURA.

SONETO.

Deja que te ame, o Laura, el alma mia
Con todo el fuego que voraz lo inflama;
Aí! yo te imploro! i no a mi ardiente llama
Tu menosprecies desdeñosa i fria;
Amarte; solo amarte es mi alegría,
I el bien mayor porque mi pecho clama;
Es mi amor, cual la lumbre que derrama
El sol inmenso en la mitad del día,
Que te ame, o Laura, en tu mirar airado,
Siempre conmigo, i que yo te ame deja
Aun en el polvo, que tu planta pisa;
Deja que así infeliz i desdeñado,
Yo te ame al ménos sin que amarga queja,
Brote del labio a oscurecer tu risa.

T.

PACHACAMAC.

(Conclusion.)

Marchando a lo largo del templo de Pachacamac, nuestros caballos que flotaban en la arena, se encontraron de repente sobre un terreno sólido. Nos hallábamos en un espacio en cierto modo empedrado con calaveras i huesos humanos. Estos despojos mortales mezclados con una cantidad de trozos de redes, provenian de los *tumulos* o

montecillos en los cuales los peruanos enterraban sus muertos, después de haberlos momificado, no por el procedimiento balsámico de los ejiptos, sino exponiéndolos solamente al hielo de la cordillera. Algunos de los cadáveres han sido encontrados en un estado de perfecta conservacion, a veces de pié, las mas de cuclillas. El Museo de Lima posee algunas muestras curiosas de estas momias. No tuve necesidad de preguntar de donde provendria tan grande acumulacion de funerales reliquias arrancadas a su postrero asilo.

Los cateadores de tesoros habian cometido i acostumbraban seguir cometiendo esos actos de profanacion, estimulados en su mania por la costumbre que tenian los peruanos de enterrar el difunto con una parte de sus riquezas.

Algunos de esos excavadores, han tenido la fortuna en diversas épocas i distintas necrópolis del pais, de salir ganando en este juego de azar.

Humboldt habla de un sepulcro, en la vecindad de Trujillos, que hubiera procurado a un español un valor en oro de un millon de pesos. El suceso remonta al año 1576. Hoy vemos que la tierra se encuentra demasiado removida por las pesquisas de los conquistadores e indijenas, para que no sean burladas las esperanzas de los perseguidores de tesoros, que al fin tienen todas un resultado tan insignificante como las de los alquimistas de la edad media. Pero cómo si se hubiese dicho que ningún trabajo del hombre sería estéril, la ciencia se aprovecha a veces de las decepciones de la codicia, i muchas antigüedades curiosas que sin esto habrian sido ignoradas para siempre vienen a ilustrar la mas incompleta de todas las historias, la de las tribus indijenas de la América. Los cadáveres mismos nos conducen a dar una solucion a las cuestiones largo tiempo discutidas, i talvez llegarémos un día a conocer, por la comparacion de los cráneos, la cuna de la civilizacion de los Incas.

Mr. Forster, el representante de la casa Alsop i Ca., ha enviado últimamente a New-York, trescientas calaveras recojidas en una excursion a las ruinas de Pachacamac; i es de esperar que este obsequio no ha de ser inútil en manos de los frenólogos de los Estados Unidos. Llámó mi atención la cantidad de redes semejantes a las que sirven para la pesca, derramadas entre las osamentas, i no dejé de preguntar a Casimir la razon de esta singularidad, para ver si, en su calidad de descendiente de la raza a quien pertenecian esos restos, podria responder-

me en el lenguaje de la tradicion. «Los indios, me respondió, pasaban a la otra vida con los signos de la profesion que ejercian en esta vida. Todas esas redes indican pescadores.» Un anticuario no habria seguramente [respondido] [mejor]. Sin embargo, admitiendo la asercion bajo un punto de vista jeneral, me parece imposible creer que solo pescadores morian en la santa ciudad de Pachacamac. Todos los cuerpos que se descubren son envueltos en las redes que bien pueden haber sido empleadas a guisa de sudarios sin indicar siempre un oficio particular.

Mientras estábamos ocupados de nuestra investigacion vimos, desde una eminencia, cuatro individuos que parecian ocultarse en el fondo de unas ruinas. ¿Eran cateadores de entierros, esclavos prófugos o ladrones de profesion? Nuestro guia, con su acostumbrada prudencia, no pensó en aclarar absolutamente nuestras dudas, i nos hizo pasar a alguna distancia de esos hombres misteriosos.

De la eminencia sobre la cual se estendia Pachacamac, la vista es magnífica sobre la llanura de Lurin. El contraste que existe entre la arena donde todo tiene el sello de la muerte, i la verdura donde todo nos habla de la vida, conmueve la imaginacion i colora la melancolia de un reflejo de esperanza. Antes de llegar a ser lo que ahora son las jeneraciones que han desaparecido nos restan aun dias alegres que pasar: *Carpè diem*, dice la sabiduria antigua por boca de Horacio. Pues que es preciso bajar al sepulcro hagamos este camino mas suave sembrándolo de flores.... Hai momentos, en que se comprende toda la profundidad de la filosofia del placer.

A. HOLINSKI.

CASTAÑUELAS.

DIMIER.

De las manos del Dios de los amores
Impalpable i veloz prendiste el vuelo;
Májico, al verte, levantó entre flores
Incienso, adoracion i gloria el suelo,
Ebrio le aduermes, i tras dulces jiros
Róbasle amor, perfumes i suspiros.

SOLDINI.

Sol en el nombre, i en el talle rayo
Ojos deslumbras i sentidos hieres;
Les haces ver en óptico desmayo
Deseos i placeres,
Ilusion de una noche voluptuosa
Ni eres mujer ni jenio, que mas eres
Imájen bella de la Idalia Diosa.

GLADY.

Guai! qué salero i pimienta!
Ladino pié! guai! que boca!
Anda! esa risa me tienta
De volverme el alma loca
I echártela, chica, en cuenta!

Z.

LOS ESPIRITUS DE LAS FLORES.

I.

Aua no habia pasado para mi la edad de las ilusiones i de los encantos; aquella edad en que todo lo creemos, en que nada juzga difícil de comprender la viva fantasia de un inocente. La edad de los juegos es la edad tambien de la credulidad; ojalá que tan presto no pasara! ojalá que pudiera durar tanto como duran los 'gratos e indelebles recuerdos que nos deja! Sé decir por mí, que nada me trae tan melancólicas i gratas memorias a la imaginacion, como el recuerdo de aquellas horas en que recostado sobre el hombro de mi aya, escuchaba de sus lábios aquellas viejas consejas que debian o ya conciliar mi sueño, o distraerme de algun antojo que pudiera serme nocivo, o hacer que dejase de las manos alguna cosa que pudiera deteriorar.

I aquella aya era amorosa, i con tal encanto i prontitud concebía alguna historia, i de tal manera la coordinaba i adornaba, que acaso mas de un poeta pudiera vanagloriarse si tuviera su inventiva.

— «¿Qué haces hijito? decía, ¡quitate de ese lugar: la humedad te vá a hacer daño.»

Pero el niño no se movía; algo miraba que cautivaba su atencion i sus ojos.

— «¿No me oyes, hijito? ¿qué haces ahí? piensa que la noche está mui fria i que no puedes jugar en el jardin; porque eso solo se hace de dia. ¿No me oyes?»

«El niño embebecido en lo que miraba, nada respondía. Pero sintiendo que su aya lo tomaba por la mano, para llevárselo, le dijo: Mira, ... no ves... allí entre las flores del jardín... ¡las luces!... no ves como andan, i corren, i se enlazan i juegan; así como nosotros jugamos cuando venimos de la escuela?... ¿Sabes? Antonio me dice que las flores también tienen alma, que hai unos espíritus con quienes hablan, con quienes lloran i con quienes también se consuelan! ¿Serán esas luces juguetonas los espíritus de las flores?... Son tan bonitas las flores, que también deben tener alma i sentir como nosotros! Algunas hai que tiemblan cuando las tomamos, otras se cierran, se marchitan i mueren al tocarlas solamente, i otras... ah... esas luces! viven entre las flores i juegan con ellas: esas luces son los espíritus de las flores! Déjame tomar uno para llevárselo a mamá.»

—Mira, hijito, vente conmigo; yo te contaré un cuento; siéntate a mi lado... escucha.

II.

«Hai una hora en que las flores hablan así, lo mismo que nosotros hablamos; pero ellas solas se entienden i se oyen: hablan una lengua tan dulce i tan suave, como son dulces i suaves las hojas de la rosa i del clavel: cuando se mueven no las vemos, porque nosotros no somos flores como ellas; pero también tienen sus festines, i sus danzas, sus dolores i sus goces, como Antonio te decía: en esa hora de la vida de las flores una Rosa purpurina, olorosa, recién abierta e inocente como el alma de un niño, amaba a un fragante i pintado Clavel que junto a ella había nacido i crecido, arrullado por las caricias del zéfiro i mecido por el fresco ambiente de la tarde.»

«Amaba el Clavel a la Rosa, como la rosa al clavel, i tanto se amaban que un día inadvertido se dejó el clavel cojer entre las ramas de un Arrayan que el viento empujaba arremolinado hácia su tallo: partióle por mitad sin que sus débiles fuerzas pudieran a otra mayor oponer la menor resistencia. A los ayes que daba el Clavel en su agonía, lloraba la Rosa en el exceso de su dolor i de su desesperación, derramando todas las gotas de rocío que guardaba en su tierno capullo; i con el acento mas lastimero le decía al agonizante Clavel: vas a morir... voi a perderte... pero si es verdad que me amas volverás a verme... vendrá tu espíritu a consolarme, i antes que las alas del cierzo adusto, sequen i marchiten mi existencia: antes que la

primavera pase, he de hallar en la aparición de tu espíritu, la luz de mis largas i penosas noches... júrame que vendrás a saludarme para que el resto de mis horas no sea tan amargo. Prometióselo así el moribundo, e inclinando la Rosa su cabeza, diéronse un tierno i último beso de despedida.»

«I todos debemos cumplir nuestras promesas i juramentos, i el Clavel también debía, después de muerto, recordarla i cumplirla; i por eso a la siguiente noche, cuando todas las demás flores dormían, una llama tenue i azuleja, saltando de rama en rama, de flor en flor i de hoja en hoja, vino a posarse sobre el pié del Arrayan donde se habían dispersado los restos del enamorado Clavel i a saludar i guardar la soledad de su Rosa, a quien amoroso parece que decía: no vengo a turbar con vanos prestijios la quietud de tus pensamientos: soi yo... tu me conoces, quien vengo a cumplir mi promesa, volviéndote a ver: bajo la nueva forma en que me miras, deberás conocer el último i mas puro fuego del amor que en mi encendiste... i así diciendo, la llanita palidecía i al cabo desaparecía del todo; que ya las demás flores despertaban «al canto de los pintados pajarillos que con arpadas lenguas, saludaban la venida de la nueva aurora» i se aprestaban para turbar la tranquilidad de que hasta aquel instante gozaban las florecillas.»

«Poco a poco comenzó a perder la Rosa su brillante colorido i su fresca primera, principiaron a caerse sus hojas secas i marchitas: pasaba la primavera, i con ella, el vigor, la savia que la mantenía; pero las demás flores que aun no perdían el jugo vital de que se alimentaban, aquellas que mas resistencia podían oponer a los rayos abrasadores del verano, creían que moría de tristeza i de aislamiento: la veían marchitarse por momentos, sin que ni el riego ni los cuidados bastaran a volverle su primera lozanía i su fragancia: así son las flores: una vez que comienzan a agostarse, se secan, se deshojan, inclinan los últimos restos que aun les quedan i mueren: así es la vida como la de las inocentes florecillas.»

«La última tarde en que el viento hizo caer la última de las hojas secas de la Rosa, la llama que aparecía todas las noches al pié de la tumba del Clavel, no estaba sola, porque otra había aparecido sobre la última hoja de la rosa; i ámbas revoloteando por entre los Jacintos, Nardos i Azucenas del jardín, unidas en un solo cuerpo, como si uno solo debieran formar, con mas rápidos jiros, se remontaron en brazos de las aromáticas brisas de la mañana, perdiéndose entre las últimas sombras de la noche que

pasaba i el sonrosado crepúsculo del día.»
«Esas luces, esos fuegos fátuos del jardín son los espíritus de las flores.»

III.

I el niño se dormía pensando en los inocentes amores... recordaba que las promesas deben cumplirse... que en otra vida mejor, volveremos a juntarnos los que nos hemos amado sobre la tierra, ¡¡que nada hai que perezca por toda una eternidad, cuando ha sido animado por un soplo de vida creador.

H. DE IRISARRI.

MARTORIO A PASQUINO.

Os habeis dejado cazar, amigo mío, por la miradita *traidora* de esas golondrinillas fugaces que adorais, i armado hasta los dientes os batirais con los mismos ciclopes i Titanes si sospechárais de su rendimiento por ellas, ¿no es verdad?

Fortunadamente no es esta la tierra de los Gigantes ni de los Bravos, i solo os medireis con jente de buen humor que se dá por mui vengada viéndoos cautivo en el enjambre de hebritas de seda con que esas crisálidas os tienen atado a su carro triunfal.

La historia de la mujer, señorito, es el mismo cuentito de mi tatarabuena, i desde que la primera chasquéo a nuestro padre comun, las cosas no han cambiado ni cambiarán, i vuestras protegidas, no os alarmeis, vivirán siempre en las alturas del poder. Pero cuidado, que cuanto más os remonteis os he de asestar un lente de mas alcance, i no ha de valerlas a esas cartujas ni sus lindas *cabecitas tachonadas de camelias*, ni sus *boquitas de coral*, ni los circunloquios con que su señoría las defiende. Así mal que os duela buen señor, os he de referir con todos sus pelos i señales un lancillo reservado de mis memorias.

«Antojóseme una noche de Filarmónica disponer mi espíritu de un modo a propósito para la funcion, yendo a respirar a prima hora el ambar purísimo que se percibe siempre a la proximidad de una tierna niña de 15 años.

«En efecto, presentéme de visita en casa de... ávido de emociones delicadas i seguro de contentar mi afán con una hora de ama-

ble sociedad de la preciosísima virgen que allí habitaba. Nada creí mas natural que hacer rodar la conversacion sobre bailes i paseos i fiestas, sobre todo lo que puede picar la imaginacion en un momento de holganza léjos de la severa realidad; manifestando mi estrañeza de encontrar la casa tan en paz en una noche de lucimiento para la belleza como era aquella. Decía que sé yo cuantas otras cosas sin resultado, cuando noté que mis palabras hacian un perverso efecto mui contrario a mis esperanzas. A medida que me entusiasmaba mas, la mamá se encojía de hombros i se impacientaba i me repetía en diversos tonos lo insustanciales que eran los jóvenes de hoy, que tenían el arrojito de querer reir i saltar en este valle de miserias. La chica alternaba una pequeña sonrisa con series de bostezos, i yo, corrido por mi mala estrella, me desgañitaba en valde por persuadir a la mamá i reanimar a la hijita.

«Iba desesperado a tomar las de Villadiego, cuando se presenta otro amigo de la casa, que no bien habia saludado, i dice que viene de ser testigo de un lindo... matrimonio. Palabra mágica, la mamá haciendo un jesto de complacencia i la niña *espiritual* dando grititos de alegría apremian al nuevo interlocutor para que cuente todos los pormenores sin callar uno. Yo abismado no sé que pensar de aquella jente i resolví permanecer mudo un instante mas.

«El recién venido analizó el matrimonio en cuestion bajo todas sus faces, al revez i al derecho con viva sensacion del femenino auditorio. A su vez hizo la señora una brillante reseña histórico-crítica de todos los matrimonios de la semana, del mes, del año, i luego la hijita tan tierna i delicada formó un presupuesto *matrimonial* con tanta habilidad i gracia, que se habrían quedado embobados nuestros mas acreditados estadistas i financistas.—El desencanto me asíó con sus garras i de un brinco me escapé al contajo de aquella atmósfera glacial.

«Corrí a la filarmónica, pero no sé quién habia arrojado en el salon la misma palabra prestijadora, i evaporándose habia de tal manera infestado el aire de miasmas deletéreas, que los elegantes, para precaverse de las tristes consecuencias, abandonaban la sala con sus flores i sus silfides desaladas a la apatía i al fastidio. Las bellas abusando del poder sitiaban atrozmente a los bigotes, esquivándoles toda jovialidad que no trajese un resultado positivo i serio.»

En adelante, buen Pasquino, cuando hables del espíritu i sentimiento de vuestros ídolos tendreis que señalar el *peso* i *lei* de

esa moneda para que os la admitan sin dificultad.

MARFORIO.

SUEÑO.

El amor es un sueño: — el corazón le concede la existencia, — los sentidos le forjan el blando lecho en que debe nacer i debe morir. Toda la naturaleza está de concierto para envolver la realidad con un velo misterioso, indefinido, donde la grandeza humana se desvanece en esfuerzos impotentes, en suspiros lánguidos, en exhalaciones impalpables, voluptuosas, que dejan ménos huella tras de sí que la golondrina en el espacio, que el cisne en la superficie del lago...

El sueño es la vida: en él, se entrelazan el amor i el placer como los diáfanos iris en el límpido cristal. — El sueño borra las fatales diferencias entre el pobre i el rico, entre el sabio i el ignorante, entre el desgraciado i el feliz; el sueño presta sus májicas alas a la imaginación i al sentimiento para llegar al lecho del amante, al trono de los reyes, al eden de las seductoras magas!

Era un sueño i a mis ojos veía pasar en tropel un grupo de visiones aladas, que ora voltejaban como mariposas entre las varias flores que matizan el suelo, ora encumbrando su vuelo se columpiaban en el vacío i posando allí, se escondían a mi vista entre las sombras de los árboles, entre las hojas apretadas de un tierno boton que al soltarlas hace nacer espíritus con todas las formas sensuales de la mujer! El corazón no late... la imaginación se confunde, siente atroces delirios; quiere poseerlo todo i cuando alarga la mano para tomarlo, palpa solo un vapor embriagante, un aroma divino!

Percibo a lo lejos el eco suave, dilatado de cien músicas divinas. Un aliento de armonía llega a mis oídos i siento que voi a morir: — a morir en la mansión encantada del placer i del amor! — Los ángeles forman su coro para recibir una chispa aislada de la esencia universal. — Ya oprimen mi cabeza i mi cuerpo, con guirnaldas de flores eternas... cuando al dar mi adiós a la tierra desperté — vi que era un sueño; ... que era el recuerdo de la Giselle, conocí que los espíritus eran M.^{llos} Dimier i Soldini que me acompañan en el sueño como en la vida!...

W.

LA SILFIDE.

BAILE FANTÁSTICO.

¿Qué cosa es el amor sino una cadena de dolores? Dolores sí, pero dulces: enfermedad del alma en que recae el hombre, apenas consigue entrar en la convalecencia.

I como si la mujer no fuese bastante para atormentar; como si en esa rosa de todos los deleites i de todos los perfumes, no hubiera bastante rocío para darnos un mar de lágrimas, nosotros hombres, dueños de la ciencia, imájen de Dios, naturalezas fuertes, vencedores de la materia — levantamos la imaginación a la rejion de los sueños en demanda de nuevos seres que amar.

James Reuben, así lo hiciste tú en las montañas de tu Escocia. El afecto sencillo de tu Effie, de tu prometida, de la sencilla labradora de las márjenes del Tay, no fué bastante para tus aspiraciones. Tú encontrarás el castigo de tu ambición, i Gasm que limita sus deseos a una mortal, llevará a Effie al altar, sostenida por el ánjel de los amores constantes, en despecho de tus zelos i de tu tardío arrepentimiento.

Este es el asunto i la moral de una *balata* que en uno de estos días con el título de la *Silfide*, nos contarán con ájiles jiros i con actitudes airosas, esa nube de mariposas pasajeras que se han anidado en nuestro teatro.

Qué bella es aquella historia de la *Siques* de los antiguos, en quien la metafísica ha querido apereibir el alma! *Siques* baja todas las noches al lecho del Amor, i el tálamo de infinitos deleites queda viudo a los primeros albores de la madrugada.

Amor no seas indiscreto! en el momento en que tus ojos vean a la aparición que te entloquece, volará de tu lado el jénio invencible que te abraza i te enciende en placeres.

La *Silfide* es la *Siques* de las mitología nebulosas del Norte. Es una hija de las auroras, una exhalación, un ensueño, una nada, que solo toma cuerpo i formas en la imaginación humana.

En los sueños de Reuben, la *Silfide* se le aparece siempre, le encanta, le hechiza, i le hace olvidar sus amores terrestres. ¿Cómo resistir a esa hechicera que le circunda como una ráfaga del céfiro i toca en la frente con los lábios que acaban de libar dulce miel iambrosia en las flores virjenes de las colinas de Escocia?

En el corazón de Reuben hai una lucha: dos pasiones rivales han hecho de él un campo de batalla. La *Silfide* i *Effie*, armadas de sus atractivos, disputan una palma que ha de ser la del martirio para el enamorado.

Reuben es vencido por las consideraciones del mundo. Acepta la mano de *Effie* que le presenta la madre de ésta. Pero en el camino del altar, el *mal* se interpone: la astucia de una bruja vengativa deshoja una a una las flores del azabrar, i el infierno emponzoña la mas lejitima i casta de las esperanzas.

Silfide, espíritu del aire, es verdadero tu amor, o te has conjurado con *Madge* la hechicera para perder a *James*? ¿Por qué te introduces como un rayo de luna por la ventana del aposento de las nupcias i arrebatas el anillo, simbolo de una fé de toda la vida?

—*James* Reuben no te puede resistir: te persigue, te busca, tú le huyes i al mismo tiempo te muestras celosa i desesperada. El toma un chal, que debia flotar sobre la espalda de *Effie*, te prende en las mallas de sus redes: victoria! estás prisionera! seras suya!

La *Silfide* lanza un ai! i le dice:

—Qué has hecho *James*?

—Fijarte a mi lado para siempre.

—Desgraciado! qué engaño has padecido! Perdiendo la libertad he perdido tambien la vida.

—Qué dices?...

—Mira como me pongo pálida: dentro de un momento seré objeto de tu lástima no de tu amor.

—Qué desgraciado soi!

—No, no llores: ¡cuánto te amé! Nunca pude ser tuya! ..Era feliz con tu cariño, pero nunca te hubiera hecho dichoso...Adios, voi a morir...toma el anillo de tus nupcias. Aun puede ser tiempo, busca a tu feliz prometida.

La *Silfide* se desmaya, agoniza i muere en brazos de sus compañeras, i sube al cielo en una nube de bandas de seda de mil colores. Los amorcillos la besan el pié i la ayudan a perderse en el aire, en las rejones de su nacimiento.

Miéntas tanto, la desesperacion de *James*, se aumenta viendo que su rival *Gusm* se casa con *Effie*, i se desmaya ante la huida de los dos amores i la burlona risa de la bruja malhechora.—

Amemos a una mujer, de veras, para siempre. Echemos flores a la *Silfide* encantadora, pero no la fijemos en la red de la posesion. En el fondo de esa tasa colmada de esquisito licor, hai una gota de acibar, i una espina del remordimiento.

J. M.

MALHEUR A L'HOMME SEUL!

Malheur à l'homme seul!
ÉCRITURE.

Malheur à l'homme seul qui s'en va sur la terre,
Dans la nuit du désert, pèlerin égaré; —
Las de chercher au ciel un reflet de lumière
Où pouvoir reposer son œil désespéré!

Ce n'est pas au désert que fleurit le dictame.
L'arbuste s'y débat sous un souffle empesté,
Semblable à l'homme seul et semblable à son âme
Qui, nuit et jour, se brise au vent d'adversité.

Malheur à l'homme seul, qui s'abîme dans l'ombre,
Ensanglantant sa vie aux ronces du chemin!...
Au courant des douleurs esquif perdu qui sombre...
Avant la fin du jour il craint le lendemain.

Malheur à l'homme seul, — quand il a vu sa vie
S'épanouir longtemps au jardin maternel, —
A jamais replié sur son âme flétrie,
L'amertume lui jette un refrain éternel:

« Plus d'amour! plus de paix! ton lot c'est la
souffrance:
« Les beaux jours d'autrefois ne sauraient revenir.
» Va, sur ton âme étends le linceul du silence; —
« Comme on sonde la mort, va sonder l'avenir.

« Tu laisseras ton œil, dans cette nuit profonde,
« A découvrir l'étoile, espoir du réprouvé:
« Et tu n'entendras point un écho qui réponde
« A ton cri que l'angoisse a longtemps soulevé. »

Malheur à l'homme seul qui s'en va sur la terre,
Dans la nuit du désert, pèlerin égaré; —
Las de chercher au ciel un reflet de lumière
Où pouvoir reposer son œil désespéré!

FERNANDEZ RODELLA.

¿ QUÉ SERÁ ?

De un suplicio horroroso mi primera
El nombre lleva, por su negro sino,
I mi segunda impera
Sobre el nadante pino,
Cuando al viento lo ajita el torbellino:
I es mi todo el lugar donde anhelantes
Apuran sus amores
Las purisimas aves mas amantes
Que ven del sol los claros resp'a idores.

La palabra del último enigma es PERLA.

Director F. FERNANDEZ RODELLA.

IMPRENTA CHILENA.

LITERATURA.

COSTUMBRES.

NOVELAS.

POESIA.

EFEMERIDES.



BELLAS ARTES.

PINTURA.

MUSICA.

TEATRO.

MODAS.

LA SILFIDE.

A LA REVISTA CATÓLICA.



EMOS con dolor, queridísima hermana, las páginas *sensuales* de vuestra furibunda homilia sobre los trajes de baile.

Hemos sufrido tanto mas con vuestro es-

travío, cuanto que al querer convencernos que el pudor está únicamente en las cosas corpóreas, nos habeis probado que no tenéis en el espíritu ni recato ni castidad.—

En verdad, os lo digo, hermana, «no seais sábia por demas, para no caer en estupidez.» (Escritura).

Nuestra solicitud fraternal nos obliga a poneros ante los ojos la página que nuestra mui querida hermana Sta. Teresa de Jesus escribió a propósito de trajes de baile—(o de cualquiera otra cosa).

«Miremos nuestras faltas i dejemos las ajenas que es mucho de personas tan concertadas espantarse de todo; i por ventura de quien nos espantamos podríamos bien depender en lo principal i en la compostura exterior, i ea su manera de trato le hacemos ventajas; i no es esto lo de mas importancia aunque es bueno, ni hai para que querer luego que todos vayan por nuestro camino, ni ponerse a enseñar el del espíritu, quien por ventura no sabe que cosa es, que con estos deseos que nos dá Dios, hermana, del bien de las almas, podemos hacer muchos yerros.»

En verdad os lo digo, queridísima hermana católica, cuando la pureza no está en los labios, tampoco está en el corazon.

I nuestra afliccion ha sido mui grande, creedlo, al ver derramarse de vuestra mística boca esas palabras lúbricas e insensatas.

I a fin de que el espíritu de Dios no os abandone en adelante, le suplicamos con toda la efusion del alma, purifiquéis vuestros labios i vuestro espíritu en las fuentes redentoras de la verdadera sabiduria i de la tolerancia.

Sobre todo, sed mas misericordiosa con nuestras pobres bailarinas, cuyas formas i actitudes son un modelo de castidad i de modestia al lado de esas páginas libidinosas que tanto nos han aflijido. Acordaos que vuestra mision en la tierra no es maldecir, sino mas bien consolar i fortalecer. Corred al

puerto a defender esas pobres Magdale-
nas, a las cuales, a pesar de los preceptos i
ejemplos del Salvador, se arrojan tantas pie-
dras. Id a decir a sus perseguidores que so-
lo por la mansedumbre se puede llevar al
rebaño la oveja extraviada. Repetidles lo
que me decia frecuentemente mi viejo i San-
to amigo Samuel Jonhson, (que en la materia
sabia mucho mas que vos i que yo):—«Que
los males acumulados sobre estas desgra-
ciadas criaturas debian bastar para expiar
en la tierra los crímenes de que las leyes
les acusan.»

Decidles que todas estas desventuradas
han sido si no virtuosas, al menos inocentes;
que habrian sido puras i felices si no hubie-
sen sido víctimas del egoismo i bajeza de
sus seductores.....

Que es contrario a la política i a la huma-
nidad no tender una mano caritativa a las
criaturas mas infelices de toda la creacion!

El deber de los majistrados es sin duda,
hacer respetar la moral pública; pero la
desgracia tiene derecho a la commisera-
cion del hombre honrado que jamas rehusará
una lágrima, ni una caridad, cuyo efecto pue-
da arrancar del vicio i de la desesperacion
a seres miserables i criminales.

Nos parece, querida i santa hermana, que
hemos dicho ya lo bastante para.... no con-
venceros; sin embargo concluiremos repi-
tiéndoos estas palabras de la Escritura.

«La lengua pacifica es un árbol de vida,
pero aquella que es inmoderada destroza el
espíritu.»

Sea por siempre bendito i alabado!—
Amen! Amen!

F. R.

EL CANTOR.

(LEYENDA.)

En un desierto espira
De angustia, el trovador;
I un cántico de amor
Brotó su lira.

« Adios campos floridos.
Adios bello pensil!
De mi edad juvenil,
Años queridos.

Adios limpida fuente
Ceñida de verdor!
Onda, cuyo frescor
Bañó mi frente.

Adios colina hermosa,

Adios paterno hogar!
Ya mi cruel pesar
Me abre la fosa,

Primer amor! Elvira!
Adios, blanca ilusion.
Mi triste corazon
Ama i espira.

Mientras llega el instante
Para partir de aqui,
Los ayes son por tí,
Del lábio amante.

Tú eres brillante estrella,
I es su dulce fulgor,
El suave resplandor
De tu faz bella.

Oh! sí, al morir te miro
Como otra vez te ví:
i tu perfume aquí
Anjel respiro.

Solo siento perderte....
El infeliz tembló!
I su rostro cubrió,
Lívida muerte.

¡Cuánto padezco! Fria
Mi sangre siento yá...
Menguando la voz vá...
¡Es la agonía!

Yo desfallezco! Espera
Mi cuerpo, el ataud..
Niebla mi juventud
Huyó lijera!

La noche, el cielo envuelve
En densa oscuridad!
Ai! la primera edad;
Pasa i no vuelve!

¡Mi vista languidece!
Se hiel a el corazon!....
Es mi última canción!
¡Todo fenecel!....

Dió un lánguido lamento
I exánime quedó.
El eco repitió
Su último acento!

« Adios edad dichosa;
Adios paterno hogar!
Ya mi cruel pesar
Me abre la fosa! »

El canto de su lira,
Fué un suspiro de amor!
El infeliz cantor
Amando espira!

GUILLERMO MATTA.

LA DAME BLANCHE.

ÓPERA CÓMICA EN TRES ACTOS.

LIBRETO DE SCRIBE MÚSICA DE BOIELDIEU.

PERSONAJES.

JORJE BROWN.	Mr.	EMON.
GAVESTON, mayordomo del Castillo.	»	DESVEAUX.
DIKSON, arrendatario.	»	GUILLEMET.
MAG-IRTON, juez.	»	ROLAND.
GABRIEL, criado de Dikson.	»	BOYER.
MISS ANNA, huérfana.	Sta.	ANITA.
JENNY DIKSON.	»	EMON.
MARGARITA, aya.	»	GUILLEMET.

Coros, comparsas de caballeros, damas, aldeanos, aldeanas.

La majestad del jenio no es mas que una usurpacion como la de todas las demas majestades de la tierra. La humanidad es la única soberana de la invencion. De cuando en cuando se levantan tiranos del pensamiento, i los pueblos enmudecen ante estos *Silas*, por pavor i por temeroso respeto. Byron, Shakespeare, Moliere, ¿en dónde encontraron la inspiracion de sus creaciones sino en la obra anónima del pueblo conservada por la tradicion? El marinero de los archipiélagos griegos dió al primero el tipo del *Corsario*. *Otelo* es un cuento veneciano cantado por los improvisadores de los canales al son de las aguas del Adriático. El *Convidado de piedra* es una leyenda del pueblo español, sin firma de autor conocido, como la epopeya del Cid conservada en los romances caballerescos.—El jenio es un plajiaro: el único que puede reclamar la primacia de toda invencion es el pueblo; el pueblo es el único que merece las coronas que aquel *Rei* de la imaginacion le ha usurpado.

La «Dama blanca,» no lo creais, ni es de W. Scott, ni de Scribe, ni de Boieldieu, como lo dicen las novelas i los carteles, es del pueblo escoces: es una conseja de una noche de invierno contada por algún pastor de las montañas a sus compañeros reunidos en el hogar, mientras bramaba el viento, i los relámpagos alumbraban el cielo.

Quisiéramos con Makferson haber sorprendido en los labios incultos pero inspirados, el poema de ese desconocido Oisian. Pero ya que esto no es posible, referiremos a los lectores de la *Silfide* los principales accidentes de la ópera que hemos escuchado esta semana a M. Emon, a Anita i a Desveaux, esos importadores de la ópera francesa a nuestro teatro habituado única-

mente a las melodias de la música italiana.

Todo castillo feudal tiene un eco en las cavidades de sus ruinas; un fantasma que cruza sus soledades; una tradicion que sobrevivirá a las piedras derrumbadas por los siglos. Quién no ha leído en el poema de *don Juan*, la historia de aquel «negro cenobita» cuya capucha cobijó cierta noche el atrevido i sensual amor de una castellana moderna?

El castillo de Avenel habia pertenecido a los antiguos condes de este nombre. Partidario de los Stuardos, el último de aquellos señores fué proscripto a Francia despues de la batalla de Culloden, i murió en suelo extranjero, dejando un huérfano cuya vida fué preciso proteger con nombre finjido. Este jóven ya alegre, valiente, oficial de un rejimiento de Inglaterra, es aquel Jorje que cae como llovido i se presenta para candidato de padrino en el bautismo del hijo de Dikson i de su mujer Jenny. Miétras la ceremonia se prepara, se entregan todos los labradores a los placeres de un banquete, en el cual el vino dà elocuencia a las lenguas, exalta las imaginaciones, i se refiere que en el castillo se aparece en las noches una dama vestida de blanco, rica, hospitalaria, jenerosa. Dikson la ha visto una vez: su fortuna es debida a la liberalidad de aquella pródiga aparicion.

Jorje quiere conocerla: va a pasar una noche en las ruinas, justamente en la víspera del día en que el administrador de los dominios de Avenel se dispone a comprarlos en remate, a precio cómodo, i con ellos el título i las prerogativas de los antiguos señores.

Ana ha reconocido en Jorje al verdadero heredero de la casa. Es depositaria de un secreto de la noble familia, i sabe que al pié de una estatua de la «dama blanca» que se conserva en los salones del palacio, hai una suma inmensa, suficiente para comprar en millones el castillo puesto en remate. Ana se ha criado con Jorje, le ama. Preséntase cubierta con un velo blanco, le habla i le alienta a que dispute al avaro administrador la adquisicion de los dominios de Avenel.

El día del remate llega. La oposicion se establece: de diez mil en diez mil escudos van creciendo las ofertas, hasta que Jorje es proclamado dueño de la posesion puesta en venta.

Al mediodía debe entregarse la suma: el plazo es fatal. Nada hai que temer, Ana, es poseedora de una carta de la última condesa de Avenel en que le dice: «Si alguna vez Julian (verdadero nombre del teniente

Jorje) se presenta en Escocia, dile que en el castillo de Avenel, en la estatua de la *Dama blanca*, hallará un cofre de ébano en el cual está depositada la fortuna de sus padres en billetes de banco.»—A las 12 en punto Ana, bajo el disfraz del personaje misterioso, entrega al heredero de sus señores el cofre i con él los caudales que le corresponden por su herencia.

Dicha para todos! el teniente Jorje se halla repentinamente restituído a la grandeza i a sus títulos, i Ana recibe el premio de su fidelidad con la mano de esposa del amigo de su infancia a quien ama tiernamente.

Ingenio, viveza de diálogo, estilo rápido i jugueton, todos los dotes del talento de Scribe campeon en esta preciosa ópera cómica, realzado todo con la música mas brillante que puede inventar el gusto de los franceses tan adelantados en las artes de agrado.

No hemos querido entrar en mas pormenores. Si las palabras no se comprenden, la *loca de la cosa*, llamada imaginacion, plilará este defecto. En una ópera, la música es el todo: las palabras son la tela que desaparece bajo el brillo de las flores armoniosas, bordadas sobre ella, por el arco de los violines i la aguda aguja de la fantasia del *maestro*. Un libreto largo en las manos, es un tormento inventado por los escritores. Dejad a la imaginacion de cada espectador que invente a su vez, que crie él tambien, i se aficione mas a la obra creyéndose participe de la inspiracion del autor. Lo que es regla en retórica, por qué no lo será en música?

Si estas no son razones para disculpar la brevedad de este extracto, halle excusa nuestro pereza en la cortedad de las columnas de la *Silfide*. La lei de lo que se escribe en ella tiene un solo artículo, pero inflexible, imperativo, lacónico: «NO ABURRIR.»

Entre el principio i fin de este artículo desaliñado, al ménos no hai el espacio suficiente para colocar un bostezo, por pequeña que fuere la boca de donde pudiera salir.

J. M.

A UNA MUJER.

(HIMNO MUNDANO.)

Delirio de las horas de mi vida,
Dulcísima mujer, anjel de amores,
Estrella entre celajes escondida
A quien alzo la vista en mis dolores.

Qué bella te hizo Dios! caen de tu frente
Ondeantes rizos negros perfumados,
Que al blando movimiento del ambiente
Te acarician la faz enamorados.

Qué bella te hizo Dios! Es lumbre pura
Que en noche melancólica dá el cielo,
La luz de esos tus ojos de blandura
Cuando los bajas pensativa al suelo.

Yo te amo a todas horas de la vida;
Postrada ante el altar de la oracion,
Cuando tienes el alma dolorida
Cuando brilla en tu rostro la pasion;

En medio de la danza turbulenta,
Al rayo de la luna sin calor;
Cuando cruza en los aires la tormenta
De la mañana en el primer albor.

A todas horas junto a ti bien mio
Quisiera estar sintiéndote vivir,
Quisiera darte el alma, el albedrío,
Desmayarme en tus brazos i morir!

G. z.—1840.

MEDIA NOCHE EN EL INFIERNO.

Cosa extravagante pareceria sin duda a abandonar este bello mundo i sobre todo nuestra alegre jaula de Santiago, por la rejion mas triste i lóbrega del orbe desconocido. Protesto sin embargo, contra la fuerza que me arrastró a la mansion de los condenados, i al efecto doi a luz las primeras páginas de mi cartera de viajero.

Tres noches há, cometi el pecado mortal de leer ávidamente las *memorias del Diablo*, escritas por un frances, que no ha mucho se marchó a pedirle nuevos apuntes: eran las dos de la mañana i mis ojos fatigados apenas divisaban las letras: el candil boqueaba como un moribundo: sus bostezos proyectaban en los muros, fantásticos figurones que me dieron miedo: eché mi cabeza entre las manos i arrollé el pensamiento como un ovillo a tiempo que el último ai! se escapaba de los lábios del candil; paseé entónces una mirada entorno sin abrir los párpados: la lumbre no se habia estinguido aun, i con estúpida sorpresa ví que en lugar de llamas, una lengua afilada i juguetona, lamia los bordes del candelero; un instante despues aquel miembro adquirió la forma de cuernos, luego asomó un puñado de dedos que tocaban burlescamente la flauta sobre una

nariz descomunal, i por último estiró las piernas un extraño personaje que brincando sobre las despaviladeras apagó el candil de una patada.—La oscuridad fue completa, qué horror!... si serán ciertos los cuentos de mi vieja nodriza, pensaba yo, i es el Diablo en persona quien me visita! me santigué devotamente, i haciendo la señal de la cruz dije con voz apenas inteligible *jave maria purísima!* El diablo soltó una estrepitosa carcajada que me herizó las carnes i el cabello i se puso a bailar con una coquetería verdaderamente *Soldiniana*, talarando entre dientes el estribillo del *Buen Dios*:

Si de mi alguna vez visteis detras
Ni un vijilante, cargue Satanás,
Cargue, cargue conmigo Satanás!

En efecto, el intendente del abismo, no usa ordenanzas ni edecanes para hacer miedo. —*Jesus! Jesus!* dije yo, temblando, *vade retro satanás!*—Calla, tonto, me respondió el condenado, no ves que estás hablando herejías? Deja esos embelecicos i seamos buenos amigos por esta noche. Ea! levántate i vamos a calaverear por mis dominios: te divertirás mas que en este pobre cementerio de difuntos vivos, i en fin, un viaje siempre es productivo, porque todo viajero es hombre con cascabeles para el mundo literario.—Por piedad, señor, dejadme en paz, respondi yo, anonadado por la mirada fascinadora del demonio.—Estúpidos! siempre resignados con su eterna monotonía, sin ambición, sin pasiones, sin goces, siempre la pesada materia aunque el aguijón del placer os espolee; eh! carneros, no valeis mas que el último de mis lacayos!—El demonio fue inexorable; me levantó en sus alas negras i se remontó en los aires. Yo estaba aturdido; pero a pesar de mi insensibilidad, noté que las alas eran tan blandas como un colchón de plumas, tan templadas como una noche de verano, i tan cariñosas i delicadas como el beso de una linda muchacha: sentí en mis venas el primer calor que animó la atmósfera del Paraíso, i me dejé trasportar como un niño dormido en su cuna. Qué dulces eran las alas del diablo! Qué parecidas a los brazos de la mujer que se adora!—Llegamos al infierno: no habia porteros ni guardias, i acababa de abolirse el pasaporte: penetramos sin dificultad, i mi guia me dejó caer frotándome los ojos con la punta de la cola.—Imajinaos qué cuadro se presentaría a mi vista. Lo adivináis?—Imposible. Pues bien el infierno nada tiene de rechazante ni horroroso: es simplemente una ciudad como cualquiera

otra, como Santiago por ejemplo, con la diferencia que allá se ven arder las casas sin consumirse, i aquí se reducen a ceniza, merced a la maestria de las bombas. Es verdad que los caminos i puentes son insufribles, pero es que en el infierno no hai cuerpo de ingenieros sino en el nombre, i al diablo se le metió por hacer *tuneles ingleses*, diablura que le costó chasco i medio, sobre tres mil duros de regalo. Cayendo i levantando, proseguí la ruta. Los curas deben tener otro camino para llegar a aquella morada, puesto que aseguran que el camino del infierno está sembrado de flores: por mi parte solo hallé pantanos i callejones de pedruzco.—Gracias al diablo héteme ya a los umbrales de la escomulgada ciudad. Una atmósfera cristalina i azulada reina constantemente en aquellas rejiones, pero cada uno de sus átomos tiene la propiedad de animalizar a los infelices que la respiran; los réprobos andan a tropezones como magnetizados o eterizados por los álcalis mefíticos de los acueductos. Las calles, en jeneral son tuertas, i empedradas a propósito para sacar callos mas grandes que los pies: ruinas i escombros en las aceras, taccos i derrames en las encrucijadas, u! la policía del infierno es infernal, perversa. Yo pregunté al diablo, si allí habia muchos mayorazgos i ricos aristócratas destituidos, i me respondió que mui pocos, porque casi todos iban al Limbo, que es *el infierno de los zotes*.—Desde luego visité el palacio real; deseos tenia de conocer la organizacion de los poderes tenebrosos i la fisonomía de cada magnate: figurábame un movimiento prodijioso, un sempiterno vaiven de notas i decretos para el mundo de los hombres, pero contra todas mis esperanzas reinaba un silencio tan aterrador como si el país del fuego se hallase en estado de sitio. Cada lugar-teniente de Satanás, dormia sobre su bufete, como habia visto yo dormir, años enteros, officios de peticion sobre los tapetes de los ministerios humanos.—Por fuera de los muros, todo era ruido i confusion; qué batahola! Imajinaos que a todos los diablitos se les habia metido en la cabeza hacerse *iguales* al mas encumbrado Diablo. Abajo el tirano! gritaban los aspirantes a pítanza: ¡muera el déspota asesino! clamaban los ex-empleados de las prarrillas: revolucion, a sangre i fuego! gruñia el diputado por las Fraguas; hasta que sacando de paciencia al Diablo, de un puntapié los tiró a rascarse mas allá del infierno.

—En un rincon de la sala hormigueaba un enjambre de literatos i otro mas numeroso de poetas con faz escuálida i cabellos

desmelenados, prueba inequívoca de la enfermedad canina que los había arrebatado al mundo, pululaba por los alrededores, declamando trozos patéticos. Grupos de haraganes se entretenían en leer la *Barra*, el *Corsario*, i el *Timon*, periódicos amenos que Satanás no había prohibido, aunque anatematizó al *Amigo del Pueblo* como hereje. Numerosas tropillas de beatas, vichos orijinarios de aquellas cálidas rejiones, se disputaban algunos miles de ejemplares de la *Revista Católica*, diario que hace furor allí, contando doble número de suscriptoras de los pliegos que tira. Los chismes i enredos de la jente de confesonario suscitaban ruidosas camorras, a que Belzebú ponía paz con la mansedumbre de un predicador antifilarmónico. En fin, la única lectura prohibida rigurosamente eran los inocentes *Boletines del Espiritu* por temor de que trastornasen la relijion de los diablos.—Vi en seguida el teatro, donde las bailarinas danzaban a saltitos, vestidas de sotanas. Feliz prevision del Diablo que burlaba de este modo las ménos púdicas tentaciones del mas reverendo varon de corona! Para evitar la profanacion de los oídos, como la de los ojos, Satanás pensaba ordenar que en lo sucesivo se cantase responsos i misereres en vez de arias i cavatinas.—Las demas cosas que ví en el infierno, corresponden a la relacion de las anteriores i aunque no niego las penas eternas, es mui cierto que no existen las calderas de *aceite hirviendo para freir almas* desde que aquel liberal gobierno reservó todas esas barbaridades solo para los calabozos de la inquisicion del infierno donde se hallan todos los inquisidores de la tierra.—Mucho me quedaba aun por ver, pero las primeras luces del alba, empezaban a despejar las tinieblas.—Mi cornudo compañero, me hizo entender que era ya hora de volver al mundo; dió una patada en el suelo i como por encanto se abrió el pavimento tragándonos a ambos: caimos en el espacio infinito: durante el viaje aerostático, Satanás me dijo:—Guárdate de transmitir estos apuntes a la Silfide.—No tal, repliqué yo, los transmitiré, si señor, solo por hacer rabiar a la Revista.—¡I si te escomulga?—Boberías! crees que la Revista Católica tome el nombre de Silfide? Reventaría como una rana: a vista de la Cruz revienta el diablo.—Llegamos a mi casa cuando sonaban las tres de la mañana en el reloj de la Merced, hora fatal para los espiritus malignos, i dándome un convulsivo apretón de manos, mi huesped se lanzó en los aires como un rayo.—Por un minuto mas, yo le vi todavía cernerse sobre la capital, destilando risas

sardónicas; luego desapareció en el horizonte, tapándose los ojos al pasar sobre el tejado de la Imprenta de la Sociedad.

K.

PARTIÓ.

Partiste!... así se aleja
del cuerpo el alma pura,
Gloria, placer, ventura,
Van de tu huella en pos;
Léjos de tí, ese mundo
Cuánto a mi pecho es grave,
Solo, mi bien, lo sabe
Mi corazon i Dios!

K.

EL TALLER DE DESMADRYL.

Bajo este nombre pudiéramos bautizar el tercer paseo que el buen gusto i la moda han introducido en Santiago, i por cierto, el mas agradable i pintoresco de todos; es un modesto salon colgado en torno de vistosos cuadros; obstruido en su centro por grandes telas al óleo i pequeñas estatuas de yeso, que aventaja en riquezas artisticas a nuestra escuela de pintura, i a cuyo lado los salones de exposicion palidecen los efectos de su variedad i lujo. El taller de Desmadryl es un pequeño cofre de alhajas verdaderamente reales.

Comenzad a recorrer por la izquierda, esos bellisimos gravados que por su finura i delicadeza, mas parecen ser la obra de siglos enteros, que la de pocos meses de intelijente paciencia. *La sacra familia* i *Judith* en el acto de cortar la cabeza a Holofernes, descuellan en primer lugar como las obras maestras del artista: cada figura se destaca en relieve animada con esa vida que el mas diestro buril rara vez imita con felicidad de pincel. *Moises salvado de las aguas* se eleva al nivel de aquellos, en perspectiva i trabajo, aunque no en dificultades. El *Leon enamorado* es un cuadro de un carácter distinto, los efectos de luz son sorprendentes, i la brillantez del mecanismo de las sombras i contornos rivaliza con el gusto artistico de su distribucion. Nada mas difícil que trasun-

tar al acero por medio de un ingrato instrumento, la espresion de la fisonomía, las calidades de las formas, i todos los secretos de la naturaleza física i moral que solo a los colores es dado interpretar, pero el célebre gravador no solo revela la posibilidad, sino que hace admirar el poder de su pulso, i de su inteligencia superior. Son estas, dotes que recomiendan mas especialmente los retratos de la *Emperatriz de Rusia*, *Arzobispo de Paris*, *Fanny Esler*, i otros muchos que adornan el salon.

Hasta aqui el buril; ahora el pincel, donde tropezamos con el conflicto de no saber a cual de los dos dar la preferencia. No hemos visto cuadros históricos de Desmadryl, pero a juzgar por los retratos, estamos ciertos que ningun pintor en Chile i quizás en toda América le aventaja en talentos fisionómicos, en gracia de colorido, ni en gusto académico; en prueba de ello, la inmensa aceptacion con que se acogen sus obras. Ningun hombre respectable, ninguna notabilidad científica, literaria o oceslástica ha quedado sin guardar una pincelada del hábil maestro, i aun las bellezas mas celosas del honor de su tez, han depositado confiadamente su rostro en tan diestras manos. Es este el mejor testimonio de la alta superioridad que la capital reconoce en Desmadryl.

Como litógrafo, su lapiz no cede al de Julien: los retratos del *Emperador del Brasil*, del *Arzobispo de Santiago*, de *Herz*, de la *Dimier*, son titulos que honran i justifican su mérito. I finalmente la estatuaria viene a ceñir una corona no ménos brillante sobre sus sienes.

Hemos enumerado las obras i tocado ligeramente las bellezas, pero esto no basta, es necesario visitar el taller de Desmadryl para formarse idea mas cabal de cuanto concierne a su fama.

Z.

LA NOCHE BUENA.

La Plaza de Abastos es, durante la noche buena, el *rendez vous* obligado de toda la poblacion de la capital. En su centro la democracia neta i mista forma un mar borrascoso detenido por barreras de flores i canastillos de frutas. Bellas parejas aristocráticas

se balancean por los ámbitos, empujadas, sumidas, exaltadas por compactas olas de ponchos i chupallas. Una alegre animacion de continuo interrumpida por gritos salvajes o lijeras riñas, mantiene el movimiento perpétuo i confunde en infernal armonía la retahíla de los vendedores con las maldiciones de los estropeados por la apretura. Viva la Pascua! es el grito del roto que resbala un pañuelo de las colas de un frac; viva la Pascua, grita el borracho que asienta un beso descomunal sobre la mejilla de una bella dama; viva la Pascua talarea el *siútico* entre la provocativa zanduga de la zamacueca; i viva la Pascua murmura el pobre galan que vé caer con las luces del alba, amarillas i deshojadas las rosas del rostro de su adorado tormento.

Los templos estan cubiertos de pernocantantes, ocupando la primera fila un enjambre de beatas. Allí se repite de nuevo la sofocadora estrechez i apretura de la plaza. Pero la beata aqui, como el roto allá, es el rei del local: atropella, pellizca i se abre campo a alfilerazos con la prodijiosa facilidad de accion i desembarazo moral que le imprime su conciencia i habitudes monacales.

Llegamos por último a los *nacimientos*. Hombre hai que ha gastado santamente su paciencia, tiempo, talento i fortuna en confeccionar estos similes de la creacion; i no por cierto en mira de la gloria eterna, sino por ganarse la admiracion de este pobre pueblo tan ávido de ociosos pasatiempos. — Un nacimiento es el conjunto mas fantástico que pueda la imaginacion forjar, de bipedos, cuadrúpedos, peces, lozeria, flores, frutas, todo de barro barnizado, i un niño Dios de cera o palo, tendido en medio de un buei i una mula. — Los aficionados se colocan en derredor i rezan una novena con recitado i coros: a cada conclusion de verso, rompe una música de taparse los oídos; pitos, matracas, tambores, chicharras, hacen un ruido verdaderamente desgarrador: quein remeda el canto del gallo, cual el ladrido del perro; en fin, cada uno de los devotos se vuelve un animal de la creacion i lo imita a la mayor propiedad i gloria de Dios; terminada la melodía, prosigue mui sériamente la estrofa, al cabo de la cual se repite aquella con progresivo estruendo. A la conclusion toma, una raida guitarra, alguno de los mas peritos concurrentes, o a secas, si no la hai, suelta al aire la siguiente seguidilla dedicada al recién nacido:

De Renga te traigo choclos
I unos porotos payares

Para que, con un buen pilco (1)
 Chiquillo Dios te regales
 Con Doña María
 Tu querida madre:
 También Don Chepito (2)
 Puede acompañarte.

COGOLLO.

Aquí te traigo un ponchito
 Aunque está sin acabar;
 Porque mi mamá Cuchepa
 No me prestó su telar.
 Señora Doña María
 Yo me vengo de Biluco.
 A cuidarle su niño
 Que no se lo coma el cuco.

Una hilaridad universal sucede a cada uno de estos brindis; luego se lanzan al medio de la sala varias parejas de baile, saltan i triscan perdiendo insensiblemente el respeto al altar, hasta convertirse la fiesta beleniana en una merienda de negros. Dase rienda suelta a los amorios; las intriguillas, los celos, el desden, invaden el campo, i el nuevo día viene a sorprender los despojos de toda una orjia pascual.

K.

- (1) Especie de budin campestre.
 (2) San José.

PASQUINO A MARFORIO.

¡Santa Bárbara bendita! señor Marforio, habeis por fin sacudido al aire la revelacion del gran misterio de vuestra sempiterna conjelacion?—Pecador de vos, buen caballero, que renegais de la tentacion a que nuestros primeros padres cedieron de tan buena voluntad. Qué quereis que os diga a vista de esa colosal disculpa, que circunstancias casuales os sujieren en los estrados, en los bailes, en todas partes donde vuestro órgano contemplativo está dispuesto a filosofar sobre la direccion de una mirada, sobre el movimiento de una boca, o sobre las evoluciones de un talle, deduciendo si jiran a izquierda, funestos presajios de espectativas matrimoniales? Yá! si tomara la cuestion en sentido patriótico os declararia perversos ciudadanos, enemigos del orden natural, asesinos de la mas bella mitad del jénero humano, i destructores de las primeras bases en que se apoya la existencia del mundo. Pero tal punto de vista solo es

del resorte de los curas, cuyos derechos no quiero invadir. Por toda contestacion, pues, os remito a la lectura de las siguientes lineas, trazadas en papel de almizcle por un lindo puño que os hiciera pedazos si a la mano os hubiera.

SEÑOR PASQUINO: permitidme arrojar una palabra en la ruidosa causa que sosteneis contra nuestros enemigos: ellos serán sentenciados sin apelacion, porque a nosotros incumbe su juicio. Marforio se ha manifestado en esta vez, como un marido celoso o como un pretendiente desdeñado. No nos concede ni aun la mision de haber nacido para vivir, i es capaz de afirmar que Dios nos ha dado alma, solo para pensar en el casamiento. En la série de bostezos i en las pequeñas sonrisas con que respondemos a la *febril* galanteria de nuestros cortesanos, Marforio ha sido demasiado astuto para dar distinto color a la verdad. Le volveré cuento por cuento.

«En la tertulia de . . . me fué presentado un arrogante leon, de aquellos cuya sola presencia es el terror de las mamitas, i la manzana de discordia entre las niñas. Despues de una adivinable cortesia se echó a mi lado con todo el impolitico abandono que le permite la moda. Media hora me habló, haciendo científicos comentarios sobre la monotonia del tiempo, de los paseos, de las tertulias, hasta que no pude ménos de bostezar de monotonía. Pensé que el fastidio se trasmite de la atmósfera a los hombres, i de éstos a las mujeres.—Luego tocó el tema obligado de introduccion de amorios; mis simpatias por éste, mi decision por aquél, preguntas reticentes, respuestas de intelijencia anticipada i todas las variaciones del método adoptado para conquistar un corazon por reglas. Yo me sonreí. Mal o bien interpretada, mi sonrisa fué la señal de su derrota. ¡Qué cobardes son nne-tros galanes! El desden mas mínimo de una niña nos hace renunciar a la mas grande empresa. Mi nuevo adorador empleó su última media hora en hacer el elogio de mi cara, el panejirico de mi talle, de manera que a haber sido literato, pudiera describir con tantas flores retóricas toda una heroína de novela.—Volvi a bostezar i casi me tenté a hacerme tres cruces en la boca. Aquí la derrota fué completa, i mi rendido caballero huyó despavorido, a poner en la pluma de Marforio, la deducion matrimonial de mis risas i bostezos. Adios, señor Pasquino, contad con vuestra amiga . . . »

Nada tengo que agregar Marforio, amigo, a las consideraciones de mi bella correspondencia; ved pues, si la *lei* del espíritu de

mis protegidas, está en relacion con el peso de la imaginacion de vuestros prójimos.

PASQUINO.

¿REVIENDRONT-ILS ?

Adios nido de aves, enjambre de mariposas! Adios leve i rápida Aurelia, impetuosa Soldini, cándida Anita; adios! Adios, pero no para siempre, Corali, Diana cazadora de corazones. Adios *petite* Pereda, *branche cadette* de la dinastía de política de las bayaderas. Adios Gladi, cuya boca está siempre abierta como la rosa i la madreperla para mostrar nácar i corales. Adios Landelle, la del talle esbelto i del andar caballeresco. Adios, pero no para siempre.

Aquí en Santiago, hai braseros de bronce sobre tripodes de caoba, en los cuales como rubies en plata brillan en el invierno las brasas de la madera olorosa sobre la ceniza cernida. Venid a gozar de su calor cuando la nieve de los Andes vuelva a blanquear las cimas. Volved para entonces. Os creíamos unas verdaderas Wilis hijas del misterio i las sombras; os creíamos unas Silfides del aire i de las vaporosas neblinas; os creíamos flores del aire alimentadas con luz i con rocío: Error! Os reconocemos mortales, seres de carne i hueso; no sois mas que hijas de Eva, vaciadas en el molde de todas las mujeres. Hemos examinado la direccion de vuestra ruta i hemos caído de nuestras ilusiones. El vapor que os lleva toma la direccion de Copiapó, de esa ciudad, Ninive de un desierto, edificada con piedras de plata i con el afán de los apires i del barretero. Vais a Copiapó, la pródiga, la rica, en donde las cartas de visitas son piñas de metal i los ramilletes son de plata en barra. Vais a Copiapó a deslizar los pies sobre el aro de la rueda de la fortuna, mas caprichosa allí que en ninguna otra parte! Sed felices! Pero no olvideis, artistas, que el ala de las mariposas no debe ser sino de oro finido para poder volar airosas de una en una sobre todas las flores del arte i de la vida. El oro es pálido como el aburrimiento, como la saciedad. El oro es la espina de los placeres, i todo el esplendor de sus reflejos nunca puede igualar al de la aureola de la juventud sobre las frentes de veinte años.—Nosotros

os guardábamos todavía las camelias que están por brotar en nuestros jardines, nuestras violetas dobles, nuestros jazmines amigos de los cabellos negros. Estábamos desabrochando nuestros guantes blancos para tributaros aplausos nuevos i mas ruidosos. Sois unas ingratas! Pero no importa. Nos habeis causado tanto placer que no podemos ménos que deseáros muchisima dicha, i mucho oro.

Sois unas traidoras! unas verdaderas coquetas! Habeis reservado el mayor caudal de vuestras seducciones para los últimos momentos. Nos dejais con la miel en los lábios. Nos habíamos espuesto por vosotras a los rayos de la escomunion. Habíamos librado vuestras formas del odioso disfraz que distingue al hombre de la mujer, i que no nos atrevemos a nombrar. ¡Ingratas!

I no solo lo sois vosotras, que teneis la excusa del sexo, i el ejemplo inmortal que pasa de madres a hijas desde los primeros dias del Paraíso. *Emor, Desveaux!* tambien vosotros nos abandonais, i solo nos dejais por recuerdo el eco de vuestras voces retumbando huérfano entre los bastidores!

Efectivamente. La compañía francesa nos ha dado el jueves, la mejor perla de su repertorio cantante, la *Dama blanca*, esa aparicion de las ruinas que nos desvelará todavía muchas noches, bajo la imájen inocente i pura de Anita. El Dios i la bayadera, nos dió el espectáculo nuevo para nosotros de la música i del baile unidos como dos musas por una guirnalda de armonías deliciosas. Vimos en ella disputarse el amor a un Dios, a la voz inspirada i a las seducciones de la mimica. Dimier i Soldini combatieron como dos corcillas del llano: la una quedó en el suelo sobre una alfombra de flores, i la otra desapareció a las rejiones eternas entre nubes de incienso i de aplausos. Nos habíamos iniciado en la música pura i aérea de Auber, del autor de la *Muda de Portúci*.—La *Dama blanca*, inspiracion de Boieldiu completaba nuestra iniciacion. Qué música! Con cuánta novedad e independencia se hermanan en ella la voz humana al eco de los instrumentos. Qué encantadora se presenta Anita, sabiendo las notas hasta igualar a la caprichosa valentia de los agudos violines. ¡Qué linda es como mujer, qué modesta como virjen, qué acertada i discreta como actriz! Es mas que una esperanza, la tal Anita. Es ella como la risa en su broche que el sol de unos cuantos dias bastaria para desarrollar completamente.

La compañía francesa deja en nosotros un recuerdo inolvidable: tenemos que agra-

decerles una importacion nueva, la iniciacion en misterios artisticos que no conociamos. *M. Emón i Guillemet* tambien debenn tener orgullo de haber traído a la Araucania bélica i severa un pedazo del suelo frances, i de haber suspendido un nido de aves canoras pintadas en las torres de esta ciudad abundante en templos i en monasterios.

Nos llevais el corazon; *gardez de nous souvenance*, i sobre todo volved en el invierno, cuando la soledad pasada en las haciendas i la vida perezosa del campo nos dispongan a entrar de nuevo en el bullicio i en la accion.

Dadnos palabra de volvernos a ver para que nuestro adios de hoy no sea un adios eterno.

SILFO.

LA MONJA.

I.

En el año de 1815 a mediados de Junio, un cortejo de familia, salia del convento de monjas de Santa N..., en cuyo aspecto triste i sombrío era fácil conocer la impresion del sacrificio que se habia consumado.

En el templo no se oía ya el instrumento de cien voces: parecia desierto. Pero podia verse de cuando en cuando deslizarse sigilosamente una sombra por entre las columnas. Esta sombra vacilante se dibuja al travez de los rayos que penetran por las estrechas claravoyas. Se detiene al tocar las graderias por donde ha visto desaparecer al ánjel de sus amores!....

De repente como herido por un rayo retrocede; quiere huir.... ¿pero fué ilusion? sus oidos le engañaron? oyó su nombre i un profundo suspiro que le llamaba?... Acerca el dedo a los enormes cerrojos que le separan; espera, porque la esperanza es el iman de los amantes; espera, porque daria su vida por oír su nombre de aquellos labios, que tantas veces le habian repetido «te amo!» espera, porque ahí se encierra su gloria i su amor; ahí está sepultada la luz de sus ojos, la perla purísima de su corazon; en el mundo le aguarda solo el fastidio i la muerte! En vano....

El silencio de los sepulcros fue la única respuesta a su deseo.... Me engañé, murmuró, estará ya muy lejos de mí, siendo tan desgraciada como yo!... Bajó los ojos; crueles meditaciones cruzaban por su agitada fantasia; una palidez mortal cubria su rostro i daba a su belleza varonil un tinte encantador de resignacion i sufrimiento. —Una lágrima ardiente humedeció su lívida me-

jilla; despertó del éxtasis que le enajenaba!

«Debo partir, dijo, adios Matilde, adios!... Como ántes mis días te pertenecen.... el sol me encontrará siempre en estos muros!.... adios Matilde adorada!»

En la vida, Matilde, un pensamiento adornó tus sueños, la fantasia se dilataba reproduciendo un objeto tierno i cariñoso con quien dividias embriagada los afanes del presente, i las ilusiones del porvenir. ¿El tiempo, la oracion, la naturaleza en fin, te lo harian olvidar? Quién sabe!..

II.

Hartos meses han trascurrido, i Matilde ha contado uno a uno los segundos en los latidos de su propio corazon! El tiempo no corre para los desgraciados!

Pobre ánjel de los amores, cuánto sufrirás! qué amarga será para tí la vida privada de la libertad! Por qué tus manos arrojan la flor que acariciaban?—perdió el aroma; perdió la frescura? ahí son tu imájen; tambien tú adornabas el pensil; tambien recuerdas que tu aliento era perfume, que tus palabras eran flores que embriagaban al temerario que las oía!

Pobre criatura! qué hicistes al nacer para ser tan infeliz? Acaso la belleza i la gracia fueron tu ruina? no, no: eras tan pura, tan fresca, tan angelical aquel día en que te hicieron abandonar el mundo! Se veía en tu rostro ese velo divino de inocencia i candor.... esa aurora de fuego virjinal que no puede imitarse, que es imposible fingir!....

Durante tanto tiempo, Matilde procuró extinguir su corazon con lágrimas i penitencia.—Oraba incesantemente para sosegar su espíritu; pero caía en delirios amorosos, frenéticos, que la imájen de su amante siempre presente provocaba i enardecía.

Veda en su celda, qué hermosa, qué pálida está!... Inspirada por la pasion i el sentimiento, parece la virgen de los Dolores. Sus cabellos han crecido i caen en sortijas infinitas sobre su nevado pecho que respira apénas. El sufrimiento realza su belleza; sus grandes ojos negros ligeramente sombreados despiden fuego; en su boca hechicera vaga una sonrisa fria i desdenosa; de cuando en cuando murmura palabras ininteligibles, i luego vuelve a la inaccion i abatimiento.

Al travez de la escasa luz que proyecta de una débil bujía se ve su fisonomía contraída. Una lucha interior, sorda i apagada como las lavas del volcan próximo a reventar, trabaja la imaginacion de Matilde; cansada quizá de tanta fluctuacion se resuelve a hacer algo, i se levanta majestuosamente.

—No hai remedio, dice, mi resolucion es suprema. ¿Cómo es posible que vea huir bajo estos muros, mi juventud i mi amor? Fuera de aquí toda la naturaleza sonríe!.. El placer, la felicidad están en todas partes ménos en mi corazon! Todos pueden ser felices, reír i cantar! ¿debe morir mi esperanza? Amo con todo el entusiasmo de un corazon libre e impetuoso, este amor me salvará! El mundo me abandonó cerrándome las puertas del porvenir... La tempestad respetó a mi amante, será suya para siempre!

Este cadáver que a costa de tantos sacrificios tengo en mi poder, borrará hasta la última sos-

pecha que pudiese recaer sobre mí ¡ah! no os enojeis conmigo, decia dirijiéndose a una jóven inanimada que habia sobre su lecho, vos no aumentareis vuestra desgracia, no sufrireis mas i yo os deberé todo, hasta mi salvacion eterna, no os enojeis. En ese momento el reloj daba la una. Sin decir mas Matilde, tomó una linterna i se dirije hácia el jardín por entre calles de naranjos. En lo mas retirado hai un bosque de árboles frondosos entretejido de rosas i enredaderas, camina hácia allí; ama ese sitio porque ha sido testigo de pláticas sabrosas i de melancólicas meditaciones. La claridad de la luna penetra con dificultad en la enramada, pero la brisa trae a los sentidos el ambiente de las flores i la armonia de la naturaleza que convida a amar i a confundirse en otro ser que ame i comprenda.

Hacia un momento que Matilde esperaba con ansia; a lo léjos oyese un ruido i aparece un hombre ajitado.

—La monja tiende a él la vista i esclama, Carlos, mi Carlos; por qué has tardado tanto?

—Matilde, mi bien, qué hermosa estás! cuánto te amo!

—Pero ¡ah! Carlos, qué tienes?... tu semblante... esa turbacion... tu vestido me revelan algo extraordinario!.... I yo que pensaba hacerte tan feliz....

—Matilde adorada, ángel mio, no es nada: en este instante soi feliz..... a tu lado, respirando tu aliento, oprimiendo tu esbelto talle..... cerca de tí, escuchando tu voz celestial, sintiendo el fuego de tus ojos en que se abrasa mi alma..... estoi delirante, ébrio de amor i felicidad!... Habla, mi bien ¿qué vas a decirme?

—Carlos, qué música hai igual a tus palabras! cómo seria posible verte i no adorarte! cómo siento en mis venas un fuego que devora! qué bello, qué encantador estás así, dueño mio! Débil criatura, te amé i mi amor léjos de extinguirse creció bajo estos muros! Tu imájen seductora la veia en todas partes—Mi oracion era por tí i a tí a quien invocaba!—En vano luché por tanto tiempo. La soledad avivaba mis recuerdos, i cuando todo me abandonaba, quedabas tu i mi desesperacion—Cien planes forjé i otros tantos fueron rechazados; pero tu sabes que siempre el amor me los dictaba.—Ahora mi resolucion es suprema; si tú la aceptas.....

—Ah! sí, sí; bien mio, la acepto como si viniera de Dios!

—Un proyectó horrible, espantoso, criminal: consulta tu valor!....

—Ah! ah! Esta noche es de crímenes, dijo interiormente Carlos; fuera de aquí un hombre muere de la tierra por saber mas de lo que debia.—Ella ha oido la voz que dirijió mi brazo.... Singular simpatía! Nacimos para amarnos—Estoi dispuesto a todo porque seas mia como el aire que respiro.

—No me engañaba, me amas tanto como yo te amo! Mañana en vez de venir a este sitio espérame en las puertas del convento. Allí estaré yo... De nada te asombres—La puerta estará abierta, me encontrarás cerca del altar que yo misma alumbraré. ¿Me entiendes?

—Sí entiendo, a fé mia, no faltaré, Matilde, aunque sea preciso pasar por el infierno.

Un abrazo mudo los unió por largo tiempo i se

separaron, como aquellos que pronto se volverán a ver.

La campana llama a la Iglesia i Matilde siendo la primera en llegar al coro dá ejemplo de celo i oracion.

IV.

El siguiente dia amaneció brillante con los rayos amorosos de un sol de primavera.—A la tarde pequeñas nubecillas empañaron el cielo que poco a poco se espesaban, hasta producir una noche oscura i tenebrosa, que cualquier supersticioso habria creído una señal del enojo de la providencia.

El ruido habia cesado en las bulliciosas calles de la ciudad.—Nada en la naturaleza daba muestra de vida, i mucho tiempo durara esta quietud religiosa, sino se oyese la alarma de todas las campanas a vuelo que llaman a la muchedumbre.—El grito de ¡fuego! fuego!.... comunicado eléctricamente conduce en oleadas al jentío hácia el convento N... que envuelto en llamas devastadoras parece un infierno.

Las puertas están abiertas a todo el mundo.

Un jóven se acerca resueltamente a un pequeño altar; detras de él sale una mujer vestida de negro a su encuentro.—Se miran un momento i al fin ella abre los labios i pregunta con la voz casi apagada.

—Eres tú Carlos?

—Sí, Matilde... respondió! tomando una mano de su amante, con voz firme añadió. «Estecrucifijo, en la tierra imájen de Dios, oiga nuestros juramentos! El sabe que el amor que puso en nuestro pecho ha sido superior a nuestras fuerzas! El sea testigo en el cielo de tu amor i de mi felicidad.»

—Sí, sí, dijo Matilde, huyendo arrastrada por Carlos que se confundia entre la turba de curiosos estasiados con los caprichos de las llamas que amenazan el firmamento. Nadie los sigue; en una calle extraviada toman un caruaje i a las dos horas de marcha se detienen cerca de una pequeña habitacion donde entran sin que despues ojo ninguno indiscreto los haya interrumpido en su existencia encantada i misteriosa.

Los esfuerzos humanos vencieron la tenacidad del fuego; pero ¡ah! una víctima de él se habia purificado antes de llegar a presencia del Eterno. En la misma Iglesia se celebraron los exequias de la pobre Matilde, con gran duelo de la familia i de la comunidad.

W.

Santiago Enero 1851.

JUVENTUD I VEJEZ.

El tiempo i la civilizacion imprimen en el carácter de los pueblos, cualidades distintivas semejantes en un todo a las que observamos en el de los individuos.—Ved a Paris... esa vieja capital de la Europa!—La

edad i la experiencia han endurecido su corazón de siglos, i el indiferentismo i la indolencia se han apoderado de él para siempre!

El cañon de la tiranía i las barricadas del pueblo luchan con estruendo en los barrios de San Antonio i de la Bastilla... mientras en los teatros de los *Boulevards* una multitud sedienta de emociones ficticias se agolpa con ahínco a llorar o reír!

Los enlutados penachos de un carro fúnebre atraviesan de cuando en cuando esas calles animadas i bulliciosas...! ¿Quién va a dormir para siempre al pié de los cipreses del *Père La Chaise*?—Uno de esos hombres semidiosos que parecían inmortales cuando al ruido de los aplausos elevaban su voz en la tribuna de la monarquía... o cuando sonreían a las balas austriacas en las jornadas gloriosas del consulado i del imperio. ... I la multitud ciega e indolente disputa el paso a las cenizas del héroe... i el bullicio continúa... i el movimiento de vida se prolonga... i los negros carruajes del convoi de la muerte se confunden i desaparecen entre las olas ajitadas del juego i la alegría!

Volved ahora los ojos a nuestra Santiago. =Nacida ayer solamente al aire de la libertad, las cualidades que la caracterizan participan de los resabios de esa educación servil que por tres siglos la hubo dominado!

Al presente lucha con las preocupaciones añejas como con los fantasmas de un letargo; pero tímida aun en el sendero de la vida, el menor suceso la preocupa, la mas pequeña idea absorbe su pensamiento i esclaviza sus inspiraciones! —¿Cómo explicar de otro modo esa vaguedad caprichosa i tenaz de su fisonomía moral?

Viene, por ejemplo, el espíritu mojigato a monopolizar el corazón de nuestras santiaguinas... i desde entonces no hai que contar con ellas... la sociedad viste luto!

Adios bailes i risas!.. esmeraldas i rosas, adios! La beldad os desprecia... el tañido quejumbroso de las campanas ha reemplazado para ella los voluptuosos acentos de la orquesta! —Miradla!... Sendos mantones de lana ocultan en rudos pliegues los delicados talles de la elegancia!... i si quisiérais buscarla, apénas la reconoceríais marchita i cabizbaja... allí en torno de las heladas sombrías columnatas del templo!

.....
Pero la filarmónica abre entonces sus puertas i raudales de luz i de armonías ofrecen al alma ilusiones i esperanza!

¡Ea, Magdalenas de la frente pura! alzada la rodilla... i volved a tejer vuestros cabellos de camelias i perlas! —Bravo! hijas pre-

dilectas de las gracias!... Ya el wals os embriaga en sus jiros;—i el alba viene a sorprenderos pálidas.... risueñas... todavía escuchando esas palabras de ventura... inicianse a vuestros esquivos encantos!—Ah! no cambiéis por piedra!... que son fugaces i no vuelven las horas del placer!

MANUEL BLANCO GANA.

ME MUERO DE AMOR.

Lolita la bella
chiquilla inocente,
de pálida frente,
de triste mirar,
oyó suspirar
con pérfido ardor
a un lindo embustero:
«Lolita! me muero,
me muero de amor.»

La pobre Lolita
sintióse en el seno,
quemarle un veneno
de dulce embriaguez;
postrada a los pies
oró del Señor
en son lastimero:
« Dios mio! me muero,
me muero de amor.»

El pérfido amante
burlada dejóla,
¡ai triste mi Lola
solita, qué harás?
« No verte jamás
« (decía) al traidor....!
« traedle lijero....!
« Mamita me muero,
« me muero de amor.

Así son los hombres;
su amante olvidóla,
era un ángel Lola
i un demonio era él.
Murió por ser fiel,
dictando ¡el dolor
su acento postero:
¡Ai! Carlos! me muero,
me muero de amor!

Señorita—S.

LA FLORISTA CIEGA.

Caballeros, aquí vendo rosas;
Frescas son i fragantes a fé;
Oigo mucho alabarlas de hermosas:
Eso yo, pobre ciega, no sé.

Para mi ni belleza ni gala
Tiene el mundo, ni luz ni color,
Mas la rosa del cáliz exhala
Dulce un hálito, aroma de amor.

Cierra, ciérralo el cerco oloroso,
Tierna flor, i te duele de mí:
No en quitarme tasado reposo
Seas cándida cómplice así.

Me revelas el bien de quien ama;
Otra dicha negada a mi ser:
Debe el pecho apagar una llama,
Que no puede en los ojos arder.

Tú, que dicen la flor de las flores,
Sin igual en fragancia i matiz,
Tú, la vida has vivido en amores,
Del Fayonio halagada feliz.

Caballeros, compradle a la ciega
Esa flor que podeis admirar:
Tuvo una que en llanto la riega;
Ojos ¡ai! para solo llorar,

JUAN MARIA MAURY.

UN RAMO DE FLORES.

Cuantas no vi morir hermosas todas;
Todas en la mañana de la vida!

I.

Vivimos de los recuerdos de lo pasado i de las esperanzas del porvenir. Hai recuerdos que entristecen i enlutan el alma, i sin embargo son su alimento i su existencia. El acontecimiento reciente que nos abate, i nos echa en brazos de la desesperacion i la muerte, considerado a la distancia de algunos años, ni nos lastima ya, ni hiere dolorosamente nuestras facultades afectivas. Un sentimiento de grata i suave melancolia, se mezcla al recuerdo i derrama el corazon ulcerado el bálsamo de la resignacion. ¡Léjos, pues, de empeñarnos en vestir

con el velo del olvido los sombríos cuadros de lo pasado, nos complacemos en contemplarlos, en examinarlos en sus pormenores mas desagradables, mas intimos, mas horrosos; es como si abriésemos un libro para leer despacio; uno de esos libros que nos hacen meditar, suspirar i pensar. Si, aun en padecer suele haber gozo, como le hai en experimentar ciertos tormentos del corazon. De qué, sino de recuerdos hemos de alimentar la vida, cuando hemos perdido lo que ántes hacia su felicidad.

II.

Dentro de un cartucho de papel dorado, reposa sobre el marco de mi chimenea, un ramo de flores secas. Mis recuerdos i este ramito, es todo lo que me queda. De los cortos dias de felicidad, de embriaguez, de suaves conmociones que pasé ántes que llegasen los presentes de dolor terrible i de angustia. Este ramo se compone de eliotropo, de resedá i pensamientos; ¡tal es el poderio de estas flores, que cada vez que las contemplo, me parece que de sus hojas marchitas, se exhala la imájen de una virgen encantadora que clava en mi sus ojos de inspiracion i de misterio; veo su talle esbelto i elegante; toco su mano transparente i blanca; respiro el ambar de su larga i renegrida cabellera, i siento, tras el lino cándido de su vestido, las pulsaciones de su seno ajitado, de su corazon conmovido. Oh! sueño delicioso que me acerca a la mujer que fué mi idolo, mi alegría, mi esperanza, i mi gloria!

III.

En los hermosos dias del verano íbamos, María i yo, a un risueño valle perfumado con las emanaciones del jazmin i de los claveles, i nos sentábamos, cerca de la reina de las flores, sobre un banco de césped salpicado de margaritas blancas que resaltan sobre el verde de la vejetacion como las estrellas en el fondo oscuro de la noche. Qué dulce embriaguez era la mia! La mano del ángel temblaba entre las mias, inclinaba con timidez sus miradas, i de su boca se escapaban juramentos de amor. Oh! cuán dulcemente se mezclaba su voz con el concierto entonado por la naturaleza, con la música vaga e indeterminada del espacio infinito, con el susurro de las olas que morian en la playa cercana, con la belleza del cielo resplandeciendo azul i oro sobre nuestras cabezas; de ese cielo a que aspiraba María porque estaba dotada de esa divina esencia que hace

de una criatura mortal, el ángel de nuestra guardia siempre deseoso de volver a su primitiva patria.

IV.

Al llegar del invierno, cuando los salones del opulento se abren en las noches frías i oscuras, adornados de seda, de terciopelo, de guirnaldas de flores, iluminados por cien bujías; cuando una orquesta melodiosa deja oír sus bulliciosas voces, entonces María tan elegante como sencilla aparecía en medio de las jóvenes hermosas, mas bella i mas jóven que todas i coronada a los ojos de los hombres con una aureola de amor. En aquella confusión de mujeres, de perfumes, de ráfagas de luz, María aparecía contenta: un ligero viso rojo iluminaba sus mejillas, i en sus lábios vagaba una graciosa sonrisa. En una de esas espléndidas tertulias, fué donde sintió los primeros síntomas de una enfermedad terrible: ai! pobre doncella que llevaba en sí el jérmen de la muerte, i en el baile, en ese sueño dorado de las mujeres jóvenes es donde fué a herirla el destino implacable. Pálida, desfalleciente salió del salón dándome su ramillete, de resedá, de eliotropo i pensamientos, clavando en mí una mirada de la mas inesplicable espresion: helóseme el corazón de terror.... Ramillete querido! Presajio fatal!....

V.

Volví a ver a María. Pero, ai! no era ya la jóven feliz de los hermosos días de las flores; no ya la jóven melancólica i pensativa, que buscaba la felicidad en cuanto hablaba su alma. María estaba en su lecho, pálida, abatida. Cuántos padecimientos se desperataban en mí a la cabecera de aquel ángel enfermo! Pobre María! había huido la sonrisa de sus lábios pálidos i secos; sus ojos habían perdido su brillantéz: ella padecía i sin embargo hacia esfuerzos para disimular la enfermedad, i repetía a menudo: «mejoraré para el verano». María padecía del pecho. Esta terrible enfermedad se ocultaba en su seno, como el gusano roedor en el caliz de una rosa: la pobre flor desfallece cuando debiera abrir a los primeros rayos del sol engalanando la tierra i perfumándola.—Murió María! Pobre Virjen, se fué de la vida en la mañana de su carrera. Solo la muerte al espirar su último aliento, pudo tomar de sus lábios el primer beso del amor.

VI.

Estos tristes recuerdos i este ramillete de

flores marchitas, hacen mi único consuelo i forman mi existencia. Solo por María, amaba yo el mundo i sus glorias. Por ella me parecia todo grande, noble i bello.—María desapareció, ¿i fuéronse con ella las ilusiones i las esperanzas de mi corazón. Ojalá pueda todavía caminar en el mundo sin extraviarme, ahora que mi estrella resplandeciente se ha eclipsado en el cielo. Ai!—Sin temer los padecimientos, sin esperanza i sin fé en la felicidad, quiero atravesar el desierto de mi existencia, sin que me causen espanto las tempestades, ni gozo la hermosura de los días risueños.

IMPROVISACION.

Cual navegante cuya barca empuja
Con deshecho furor ábrego i notó,
Que vé las lonas i el timon ya roto
Que vé sin norte la certera aguja;
Tiembla que el leño en la borrasca cruja
I eleva al cielo fervoroso voto,
I al contemplar los ojos del piloto
La esperanza en los suyos se dibuja:

Así cual huracan, con furia aciaga
Combate sin cesar la vida mia
I el agotado corazón apaga
El fuego que en sus venas discurria;
Mas aparece; cual divina maga,
I anima la esperanza, Rosalia.

P.

ADIEU.

A . . .

Oh! ne t'arrête pas, dans ta route fleurie
Que féconde l'espoir, qu'éclaire le bonheur,
Pour respirer, enfant, sur sa tige flétrie
Une fleur qui n'a plus ni parfum, ni couleur!

Emporte loin de moi ton trésor de tendresses;
A qui saura t'aimer prodigue tes beaux jours:
Moi, j'ai livré mon cœur aux dégouts, aux tristesses.
Au souvenir rongeur de mes folles amours.....

F. R.

Janvier 1851.

LA TUMBA DE HELOISA.

LO QUE FUE EL AMOR I LO QUE ES HOI.

Aquella lamentable historia de esos amantes, que parece mas bien una novela por la poesia

que encierra i el entusiasmo artístico, lejos de desmayar con el tiempo resplandece aun mas. No es cuento fantástico, pero tiene en nuestra edad de industria, en nuestro siglo de hierro, toda su atracción; parece mas bien un idilio filosófico ese amor tan antiguo, tan conocido; es preciso, en nuestra escasez de pasiones sinceras, ir a buscar en el pasado las huellas de nuestro corazón, la vida pura del amor: en sus ardientes inspiraciones.

Si en un dia nublado asistís al cementerio del padre Lachaise en Paris, si en un recinto de esa colina de la antigua Lutecia, lleno de gloria i de recuerdos, llegáis a una tumba cuyos ángulos parecen suspirar por las ligeras columnas que se elevan de ellos, si vagáis en torno de aquel sepulcro, cuyos delgados adornos os anuncian bien las torturas de la vida ascética, en medio de la tumba vereis aun acostados estos dos seres que inmortalizó el amor i la filosofía. Heloisa i Abelardo duermen allí; el polvo en que vivieron aun rebulle; parecen acostados sobre su misma gloria. I a la verdad descansan sobre un mismo martirio; juntos para la piedra, mas separados en el cielo como fuéronlo en la tierra. Varias coronas de siemprevivas tachonan el suelo de los desgraciados amantes. Allí el amante infeliz une su lloro al duelo del pasado; allí se impregna de amor el feliz i vuelve a su querida mas fresco i palpitante su corazón humedecido en ese recuerdo.

Una pareja pasando rápidamente por mil sombrías tumbas, temiendo la detenga alguna rama como una paloma que va a su nido, llega a la antigua tumba. En sus fisonomías inquietas no vaga un recuerdo doloroso; parecen conmovidas, cual sino, tuviesen mas que ese solo instante para deponer positivamente la ofrenda de siempre vivas. La mujer hermosa como una italiana lleva en sus ojos un mundo de amor; al verla rozar las tumbas solitarias, los muertos han debido conmoverse con sus rayos profanos; era la vida misma exuberante, fecunda, esa mujer que marchaba tan resuelta en el campo de los muertos.

Su compañero parecia admirado de la serenidad de su hermosa; entre sí comparaba el silencio del recinto al ruido de su querida que aparentaba despertar a los muertos con un beso. Ambos se amaban al parecer; ambos se creian mas inspirados que Heloisa i Abelardo; echábanles coronas como una flor de su vanidoso amor i pretendian ligarse mas presentando su ofrenda en ese sarcófago del amor.

Luego que la pareja afortunada hubo cumplido su voto descendieron la combeada colina. El nudo que habian echado a sus relaciones era una corona de siemprevivas. La mujer bajaba satisfecha; el amor se habia vuelto a encender de nuevo en su pecho. El feliz compañero bajaba la cabeza sonriendo de aquel voluptuoso cuadro apenas teñido por una vislumbre sombría. Pero aquella linda italiana cuya inconstancia le parecia ya fuera de peligro era tan interesante, tan lánguida que bien podia olvidar el porvenir.

Al salir del cementerio, una lujerísima calesa esperaba a los amantes afortunados; el dia seguia nublado. Ella subió rápidamente como temiendo enfriar su instante feliz i partió para los Campos Eliseos; si en el cementerio le aguarda-

ba su amante, en el paseo le esperaba su marido. Lo sombrío i triste del primero se llenaba de alegría con el amante; lo alegre, ruidoso i elegante del segundo eran suficientes para cubrir la aburridora figura del marido. Salía de las tumbas con nueva vida, i del paseo hermoso parecia salir con un cadáver viviente. Ella aceptaba este último como un don del destino i miraba al primero como una ofrenda del cielo. Se habian unido sin buscarse i ámbos parecian contentos de su estado i de su union. I al verlos pasar por la lujosa calle entre el arco de la Estrella i el verde maciso de las Tullerías como un conquistador en el botín a su lado, hubiérase dicho que esos dos seres volaban en el carro de la fortuna al soplo del amor i de la gloria. I sin embargo no iban en ese coche sino una mujer i un hombre, muy distantes uno de otro por sus pensamientos.

El compañero de las tumbas no se habia tampoco quedado junto a ellas. Luego que vió lejos el coche, sacó un papel de su bolsillo i volaba a otros brazos. Su inconstancia nacia de su frialdad; se amaba mas que todas para amar a mujer ninguna; su buena fortuna lo apoyaba en su vanidad; con ventajosas dotes espirituales i corporales no temia ninguna derrota; i sea su tino o la ocasion jamas tuvo un desmentido en sus pretensiones. Le era fácil engañar; su dulzura inspiraba confianza; tambien perdonaba todo a las que lo amaban, i era confiado a fuerza de amor propio. Pero si se dejaba engañar tampoco era malicioso; concedia a sus amadas todo prestigio, todo talento, las envanecía por sus lisonjas. Le bastaba la ocasion, segun creia, para ser feliz. Podian faltarle; no le importaba, su orgullo le hacia olvidar fácilmente i su buena fortuna acopiaba de antemano riquezas para sus pérdidas poco lamentables siempre para él.

Largo tiempo vivieron así estos dos seres sin jamas conocerse. Se les veia en todas partes. La italiana se acordó un dia de su país; ya ambicionaba otras conquistas.

Coqueta por educacion, sabiéndose hermosa i seductora, era tan sensible a la adoracion que la buscaba con frenesí. Al mas leve incienso del ente mas insignificante aquella hermosa se elevaba en el aire de su vanidad; ninguna lisonja llegaba a su oído sin pasar hasta su corazón; todo triunfo de cualquiera clase que fuera era una prueba de su belleza. El amor propio era mas débil que su vanidad; su amante era al contrario. Era una mujer llamada a ser la favorita del sultan, capaz de emplear toda arma para dominar, todo artificio para triunfar, toda humillacion para hacer una conquista. Su alma se aprisionaba en esas nubes de la vanidad como un relámpago próximo a estallar con la frotacion de la lisonja. Marchaba con sus grandes ojos voluptuosos abrazando los horizontes i poniendo el oído al mas débil susurro de adulacion. Jamas se acordaba de los amantes que habia tenido; el último le parecia siempre el primero. No buscaba en sus favoritos ninguna cualidad; ni el talento, ni la fortuna, apenas la belleza le dominaban. Un hombre mas o ménos humillado i lisonjero era todo su deseo.

Veda en el coche del ferro-carril. Allí está como una sílfide aprisionada entre sedas. Sus dos ojos iluminan el oscurecido recinto, silba el viento afuera, su marido duerme, otro vecino al parecer despierto parece electrizado por la veloci-

dad del vapor, o por la fascinación de los ojos de la dama. Es un viajero, antiguo conocido de esta señora, uno de esos hombres que se mueren de amor sin comprenderlo, uno de esos corazones honrados que hacen de la mujer un ángel i que vacian su alma sin engaño en el primer pecho que palpita por ellos. Figurábase esta mujer una cosa anjelical, i cada vez que se miraban i se tocaban todo un mundo de ilusiones parecia romperse de felicidad al fuego del amor. I sin embargo sabia lo que era esta mujer; mas a su lado sus recuerdos perecian; su existencia principiaba en ese momento, su amor adquiria en ese instante una eternidad. Aquel continuo viaje era para él el de la fortuna i marchaba al porvenir en brazos de la felicidad encantado por esa silfide, esa salamandra fascinante. Este hombre era con todo el único que la habia amado, era el único que no la traicionaba, el que a un beso habia renacido como para un paraíso de ensueños. Pero ella veia solo un hombre, e interpretaba su amor como una cosa pasajera, como todo lo que necesitaba para no guardar jamas gratitud.

En las costas de Francia detúvose algun instante el viajero i la dama; poco despues volaba ella para Nápoles, sin pesar, sin remordimiento. Dejaba al mismo tiempo a su amante del cementerio, a su favorito de un viaje i se lanzaba al mar en busca de otras presas como un pirata inatacable.

¿Creeis que allí nada le agradaba? Al contrario enamoróse de un hombre comun, de una especie de mercader cuyos cumplimientos eran servicios domésticos. Abandonóle con el vapor i en la hermosa tierra de Nápoles, donde todo es molicié, donde el mar i el volcan convidan a la meditacion, su hermosura májica adquirió mas esplendor. Los caprichos del sepulcro, del ferrocarril, del vapor: todo habia derretidose al influjo del sol napolitano; la Luna, las estrellas, el aire todo pareciendole nuevo habia transformado su ser, habia por lo ménos envuelto su pasado en un velo de olvido e indiferencia.

Su vida inconstante i voluptuosa no tenia límites, se elastizaba como una cuerda sonora sin romperse jamas. Cuanto la tocaba la hacia dar májicos sonidos i a su son el corazón de esa mujer se dejaba llevar de la embriaguez del momento.

Su cuerpo todo parecia formado para la ansia de gozar; se veia en él la musculacion del placer i cubria sus venas el tejido mismo de la voluptuosidad. En Nápoles su sociedad era buscada por todos i todos sacaban parte de ella; una vez un cantor, otra un hombre de mundo, las mas algun novicio seductor eran sus conquistas. I si por casualidad os presentan en un perfumado retrete vereis a los cuatro adoradores devorándose entre sí; devorados por ella. No ama a ninguno, ninguno tampoco la ama; el goce los atrae, i ella sola parece no satisfacerse jamas en esa vida de aturdimiento, de goces materiales, sin ensueños, sin esa sinceridad del corazón que lejitima toda falta, que enaltece el alma, que armoniza la pasion i corona la vida con una aureola de amor.

No pensaba esa cortesana del gran mundo en los dolores que dejaba, en la ingratitude que la seguia, en el desprecio que inspiraba i en los engaños de que era víctima. Su alma pasaba de

mano en mano, como una moneda de oro gastándose poco a poco sin perder de su valor en apariencia. Le sucedia siempre amar la mentira, tomaba por verdadero amante al mas finjido. La verdad parecia huir de sus abrazos; el que la amaba de veras era perdido. Coqueta i voluptuosa aprovechaba su vida i derramaba por las sendas comunes su ardiente corazón. Pero dejemos a Nápoles; pongamos un largo paréntesis a esta línea de conquistas; la hermosa no por eso deja de estar en el vigor de su juventud; nada le cuesta el amor, la virtud mucho ménos. Pero su estrella la empuja sin cesar en el horizonte del placer. No la creais por eso mala; os engañará sin duda, pero no puede torcer su ruta: su destino es gozar sin amor, o amar gozando sin límite a impulsos del capricho o instigada por la ocasion.

Veré's de nuevo en el mismo cementerio entrar la conocida pareja, ámbos volviéndose a estrechar despues de mil inconstancias i creyéndose fieles; el amante que dejaba otra querida, ella que volvia de su viaje con una mala de inconstancias e infidelidades. Séanos permitido olvidar en este rápido viaje mil favoritos i escenas de otros puntos; este cuadro es un bosquejo solamente de ese amor. Solo uno de ellos atravesará el cementerio sin ver a la pareja favorecida que como ántes vuelve a llevar una corona de siemprevivas a la tumba de Abelardo. Pero este convidado silencioso llevaba otra mujer a su lado; la muerte. Aquel amigo que despidióse en el camino de Viena, habia tomado el de las tumbas al soplo del cólera. Era el único que la habia amado, el único que habia llorado a ese ángel caído que su "inteligencia" no habia podido volver al cielo. Nadie preguntó su nombre. A un lado caia un cadáver i al otro sonaba un beso.

Santiago Enero 15 de 1851.

¿QUÉ SERÁ?

A mi primera doblada
 Cíñe una triple diadema,
 Si es que me cortas los pies
 Me encontrarás de madera,
 Sin la cabeza me saca
 Hombre que rifa no pierda,
 I por mi entera principias
 La carrera de las letras.

La Palabra del enigma anterior es PALOMAR.

Director F. FERNANDEZ RODELLA.

IMPRENTA CHILENA.